

FAUNA NOCTURNA

Javier
Morán

POLICIACO

83

LETRAS CUBANAS

FAUNA Javier
NOCTURNA Morán



EDITORIAL LETRAS CUBANAS,
LA HABANA, CUBA

Fauna nocturna retoma momentos de la azarosa vida de Leonardo Velasco, agente de la Policía Judicial del régimen de Batista y a la vez infiltrado por el Partido Socialista Popular en la CIA en la turbulenta década del 50. El asesinato del Redactor Jefe del periódico El Crisol, y la designación de Velasco para crear el Buró de Represión de Actividades Comunistas (BRAC), sirven de base argumental para tejer una interesante trama novelesca donde se entrelaza lo estrictamente policial con el panorama de corrupción política y moral de la época, en el que la actividad de nuestro agente constituye un símbolo de la labor de muchos hombres que, dentro de aquella sociedad en ruinas, decidieron luchar contra la injusticia.

Esta es la tercera novela de Javier Morán, donde continúa la línea policial y de contraespionaje de sus dos primeras: **Preludio a la noche**, 1983 y **Medianoche enemiga**, 1985.

COLECCIÓN: RADAR 83



Javier Morán

FAUNA NOCTURNA



ePub r1.0
ePub2.0

Edición / Margarita Canet
Cubierta / Régulo Cabrera

© Javier Morán, 1989
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1989

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba

Editor digital: WeaR&WaZ
Colaborador: Ángel Ferro
ePub base r2.1





—ewya_#043(26)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de escritores cubanos, fundamentalmente; pero también de obras literarias de autores extranjeros, publicadas por editoriales cubanas...

WeaR&WaZ®
©RiverDry 22.05.2022

¡Síguenos en redes sociales!



t.me/p_ewya



[@EWYAProyecto](https://twitter.com/EWYAProyecto)



[@proyecto_ewya](https://www.instagram.com/proyecto_ewya)



[@EWYA_Project](https://www.facebook.com/EWYA_Project)

Para Andrés Erasmo Cortés Barceló

Era una época curiosa.

Noches plácidas, de suave brisa marina meciendo las copas de los árboles, gente tranquila conversando en los sillones del portal, las chancletas despegándose de la planta de los pies con el balanceo hacia atrás y tornando a oprimirlas al descender hacia el piso en busca de apoyo al nuevo impulso y rrruummm, seguir meciéndose escuchando los quejidos suaves de la madera, algún radio lejano, “Osvalditoooo..., ¡acaba de entrar, muchacho!”, el comentario del cónyuge, el bocinazo de un auto en la avenida; olfateando el Gran Olor, combinación de jazmines, plátanos fritos, gasolina combustionada, talco Paramí, café fresco colado en manga, salitre, perro callejero y lluvia cercana: observando el móvil juego de sombras que sobre el asfalto hacen las hojas del álamo por la influencia combinada del viento y el farol municipal, las iluminadas ventanas de otras viviendas, aquel trozo de luna que se fuga bajo el alero, la chica (o el chico) buenísima (o buenísimo), la (o el) que vive en la casa de enfrente, “qué barbaridad, si mi mujer (o marido) se imaginara lo que me gusta esa chiquita (o chiquito), me parte la cabeza...”

Noches desesperadas, de hambre y ansiedad; de sólo tomar borra antes de irse a la cama, porque el peso hubo que gastarlo en comprar un certificado médico para que el doctor Guerra, “Caballero, ¡pero mira que ese médico es bueno!”, lo llenara diagnosticando anemia perniciosa y úlcera estomacal avanzada, porque así en el juzgado posponen el desahucio quince días,

porque no ha podido pagarse el alquiler del cuarto, porque hace cincuenta y siete días que se acabó la “pega” en la obra, porque la cosa está mala; “menos mal que Felicia tiene esta lata de leche para darle desayuno a los muchachos por la mañana”. Calor, aunque afuera estuviese relativamente fresco, los tres muchachos durmiendo atravesados sobre la colchoneta puesta encima de la mesa de comer, con las espaldas sudadas; olor a jabón de lavar, a ropa planchada, a orine —porque el baño del solar está a tres metros de la única ventana— y adormecerse así, escuchando a lo lejos, en la victrola de la esquina, cómo el Benny aclara que nació en Santa Isabel de las Lajas, no en Vertientes, según aseguraba Titín.

Noches intensas de alcohol y pasión en salones propios para gente intranquila. Danzas, con música lenta y cadenciosa, propiciando que los cuerpos se estrechen, rocen las ropas, facilitando el deslizamiento de senos sobre pechos y muslos sobre muslos, olfateo recíproco de perfumes, palabras entrecortadas, ese mareíto del whiskey, “muchacha, prueba, que es riquísimo”; “no, no”; “anda, chica”; “¿qué es?”; “¿no lo ves?, un polvito”; “¿cómo se llama?”; “coca”; “no, ¡qué va!”, la iluminación debilísima, sitio en que ningún rojo es brillante, ningún blanco radiante, ningún azul metálico, con humo de cigarrillos corrompiendo la mezcla de perfumes; una que se fija en el modelo de otra para copiarlo, el advenedizo que no disfruta por la angustia de pensar si le alcanzará el dinero, la gradual retirada de los que ansían soledad, el vómito súbito y pestilente en la mesa de al lado, camareros haciendo trucos a dueños y parroquianos para buscarse un par de pesos extra, el saxofonista tuberculoso que sabe cómo rascabuchar en el tocador de damas...

Noches en campo triste, con el taburete de fondo roto recostado al horcón, la oscuridad chupando los rayos del quinqué que

escapan entre las tablas de palma; manos hinchadas de esfuerzos, reposando ahora sobre los muslos, tranquilas después de arrancar el gajo de albahaca y colocarlo entre la oreja y el parietal, para que el aroma ayudase a desterrar la mala suerte y el olor a mierda de gallina, leña quemada, sudor y fango; escuchando a la mujer poner los platos de latón esmaltado a escurrir, viéndola con los oídos sacar la ceniza para restregar los cacharros, echar las sobras a Leal, quitar la caña brava de la tendedera y descolgar la ropa limpia; esa buena mujer, treinta y un años de edad y diecisiete junto a él, cuatro vejigos que le tumbaron los pechos a chupones, y ni una queja, no señor, cuantimás dura la candela más janeá al bohío. como ahora mismo: don Calixto diciendo que hay que irse, que quién ha visto levantar un bohío al pie del Camino Real si se sabe que van a ensancharlo para que entren los camiones grandes, esos que ahora van a tirar la caña, y que hay que irse. Ibáñez, el dueño de la tienda mixta, ya no fía ni harina, el entierro de la vieja el mes pasado que se llevó los cuatro pesos que tenía; y ella nada, como si con ella no fuera, sonriéndole de oreja a oreja cuando él llega, como si en vez de ser Vicente Abreu llegara Jorge Negrete, el mexicano ese que canta bonito y tiene mucha plata, y no por guanaja, ¡cuidaíto con eso que de boba no tiene un pelo!, sino para levantarle el ánimo, logrando que la vida le sonría un pedacito de día, “pero yo me anivelo, yo me anivelo, carajo; le tumbo el cayó de marabú a don Calixto y son, por lo menos, treinta pesos y luego desmocho unas cuantas palmas y compro tabla y levanto otro bohío..., ¿pero dónde, desgraciao, dónde?...”

Inolvidables noches juveniles en que el **dinner jacket**, de inmaculada blancura, reposa suavemente sobre los anchos hombros, fortalecidos así por la natación, las pesas, los remos, en aquellas tardes deportivas del club, inferiores en magnificencia, no obstante, a esta fiesta vespertina, cuando se deslizan los pies sobre

el pulido granito al compás de Bill Halley y sus Cometas, separando y acercando a July según lo exigiera la coreografía de la pieza, respirando su contrastante combinación de extracto francés y chiclet de menta, admirándola rutilante en su perfecto tono de piel, dorada por el sol y besada por la brisa, atisbando en su giro la blancura del seno, sintiéndose inflamar con el deseo de poseerla. Papá le había asegurado que terminando el año próximo le regalaría el viaje de luna de miel a Niza, donde por fin iba a desquitarse la tortura de tantos meses, de verla llegar al muelle con shorts blancos envolviéndole aquellas nalgas, “dios mío, qué nalgas”, y tener que limitarse a sonreír como un comemierda, porque a bordo del yate estaba el doctor Clemente, su futuro suegro, quien había aclarado muy bien en un aparte de la petición de mano que entre familias de distinción y alcurnia no caben inmoralidades, y antes del matrimonio no irían solos ni a la esquina, “qué viejo más cabrón. La Habana entera sabe que tiene queridas e hijos bastardos en dos barrios distintos!”; pero claro, esa era su hija legítima, July Tarafa y Mendieta, riquísimo melocotón que él se iba a comer, con el favor de dios, el día menos pensado...

Noches amargas de bazofia, barrotes en la ventana, chinches en la colombina, matándose la vista con aquel bombillito da 25 watts, encaramado a tres metros de altura intentando leer a Rousseau, la concentración fugándose por escuchar al ratón que algo roe bajo el camastro, el choque de bichos contra el cristal del foco, el libérrimo olor del mar cercano; por tratar de olvidar, tratar, ¡coño!, que la memoria entierre aquellos dulces y ensoñadores ojos de Abel, el más puro, el más noble, los ojos que le arrancaron las fieras, para enseñar la pulpa sanguinolenta a su hermana, también compañera, también presa, también marcada para toda la vida; pero entonces suena el timbre, lejos, en galeras donde otros hermanos conviven, y el bombillo se apaga y “me cago en su

madre”, poner el libro en la banqueta, virarse para tratar de dormir, y cuando el sueño se aproxima viene acompañado de los mosquitos más ladinos, ladinos por adultos, que esperan la oscuridad total para volar junto al oído y... a prender la plasta de mierda de vaca que a real vende el cabo Rivas, porque si no es imposible dormirse con el zumbido, el ronroneo de las tripas, los ojos de Abel, la ausencia de lucha y futuro...

Noches en que se saborea éxito y poder, enfundado en bata de seda, con pantuflas de piel de antílope, reclinado en un butacón hecho a la orden en Modern Age, saboreando el cognac Napoleón en copa de Baccarat; olfateando estrenos, olor a ropa nueva, perfume recién importado, resistencia de cocina eléctrica, pintura de vinil, crema de Helena Rubinstein; admirando todavía, después de un año, la magnificencia de su propia arquitectura, de él, señor Ministro de Obras Públicas, que personalmente seleccionó el terreno en Alturas del Country e hizo el proyecto de su residencia definitiva, ah sí, definitiva, porque allí moriría de viejo, en esa, su obra maestra, con dieciocho piezas, seis habitaciones de dormir, baños de mármol de Carrara, cine propio con sólo doce anchos y espaciados butacones, pista para el aterrizaje del helicóptero al final del patio, alfombraje total, aire acondicionado central, piscina, ¡todo, coño, todo!; orgulloso hasta de los detalles, como el salón de música de la niña, donde ordenó a los repelladores dar concavidad a las esquinas que unen paredes y techos para que al tocar ella el plano hubiese acústica perfecta; eso, lo perfecto, nunca conformarse con algo inferior...

Sí, era una época curiosa.

Según el enfermero de la casa de socorros, sita en San Lázaro entre Gervasio y Escobar, el hombre parqueó el carro, descendió, avanzó

hasta la puerta y dijo, “llamen al médico, estoy herido”, aunque la frase era innecesaria, porque la mano que oprimía su estómago no alcanzaba a ocultar una mancha de sangre que tenía la blanca camisa. Cuando franqueó el umbral, se desplomó.

El galeno, de unos cincuenta años, pelo entrecano, dedos manchados de nicotina y ojos insensibles, declaró que la herida parecía estar ocasionada por un proyectil de arma de fuego que penetró el abdomen a nivel de epigastrio, con inclinación descendente derecha que hacía temer perforaciones hepática e intestinal, por lo cual dispuso su inmediato traslado al hospital de Emergencias.

El policía de guardia nos entregó la billetera del herido, algunos documentos de identidad, menudo, una cadena de oro con medalla y una llave colgando, y dos llaveros. Por la licencia de conducción me cercioré del nombre, pero la billetera sólo tenía dentro cinco pesos, así que llamé hacia una esquina desierta al ilustre agente de la autoridad, mientras Pepe Luis iba a echar una ojeada al auto. Era molesto el punzante olor a desinfectantes que emanaba de una escupidera junto a la cual me detuve.

—Óigame, vigilante, vamos a ver si hacemos un arreglito.

—Usted dirá, capitán.

—El herido este es un hombre pudiente.

—¿Ah, sí?

—Sí. En caso de que se salve, esto hay que devolvérselo, y si muere hay que entregárselo a la familia.

—Claro, claro.

—Como usted hará constar en acta, que me entregó sus pertenencias, va a parecer que yo me cogí el dinero.

—¿Qué dinero?

Miré hacia el techo, chasquéé la lengua y giré el cuello hacia la izquierda. Cuando volví a observarlo, sus ojos estaban un poquito

intranquilos.

—Esta posta en la casa de socorros es un fenómeno, ¿verdad? Hay que estar oliendo la peste a creolina, pero no hay que caminar, no hay que darle toletazos a nadie, no se busca uno problemas; al cabo del tiempo se acostumbra el olfato y ni eso nota. Sería una lástima perder una peguita suave como esta, y que lo trasladen unas cuantas cuadras más arriba, a la zona de la Universidad, donde cualquier día sale una manifestación de revoltosos y le parten la cabeza de un ladrillazo, ¿verdad?

Al tipo se le alteró más aún la mirada. La amenaza surtía efecto, pero con seguridad una dosis de indignación se le revolvía dentro, por la certeza de que yo me cogería la plata. Metió la mano en el bolsillo superior izquierdo de su camisa azul, sacó un paquete de billetes doblados al centro y me lo alargó. Dos de cien, tres de veinte, uno de diez y otro de cinco. Los devolví a la billetera del herido, sonreí todo lo luminosamente que mis torcidos dientes permiten, palmeé el hombro del policía y salí del sitio.

El auto era Dodge 54, novísimo, bien cuidado, limpio, excepto por unas escasas gotas de sangre en el borde izquierdo del asiento delantero. Del cenicero empotrado en la pizarra, Pepe Luis había sacado algunas colillas de cigarrillos que guardó en un sobre, pero ni en el resto del interior ni en el maletero había otra cosa interesante. Cerramos las puertas con cerrojo, fuimos en mi auto para Emergencias, más, lo estaban operando y nada podía hacerse. Tomamos entonces la ruta más corta para llegar al apartamento, la calle Espada.

A las diez de la mañana había sonado el teléfono directo, aquel que poca gente conocía y que personalmente contestaba. La atropellada voz pertenecía a Humberto Vilá, administrador del periódico **El**

Crisol, informándome que el redactor-jefe, Manuel González Rebollar, estaba herido de bala e iba rumbo a la casa de socorros. Trabajador de periódicos desde su adolescencia y periodista de profesión, Vilá no necesitó muchas palabras para exponer lo fundamental. González Rebollar se acostaba con una española, amante de un acaudalado comerciante de igual nacionalidad, y al parecer esa mañana le habían sorprendido. El negociante disparó sobre la pareja y se dio a la fuga; el herido tuvo fuerzas para enviar a la española al hospital Calixto García en un auto de alquiler, llamar a Vilá, anunciarle lo ocurrido y su propósito de ir a recibir asistencia médica. Se me pedía aplacar el escándalo, proteger al redactor, velar porque la policía no embrollara el problema y, de ser posible, coger al atacante. Anoté en una hoja la dirección del apartamento, el nombre de la dama y del español; calmé a Vilá y colgué. Era una porquería más, pero si usted fungía como capitán de policía en La Habana, limpiar la mierda posibilitaba ampliar influencias y amistades, extender contactos, ganar en agradecimientos; todo lo cual facilitaba otras tareas no policiacas.

José Luis Henríquez había descolgado la extensión a una seña de mi mano y escuchó la conversación. Al colgar hizo una expresión facial, con el meñique y el índice de la mano izquierda hizo los cuernos, coronó su frente, dijo “pum, pum” y se derrumbó en el sofá.

—¿Vienes? —le pregunté,

—Dame una razón lógica.

—No pasar el resto del día dentro del puñetero edificio, no escuchar alguna sugerencia imbécil del jefe sobre el caso de la joyería Cuervo y Sobrinos, enterarte bien del chisme, incorporar...

—Basta con tres razones lógicas. Vamos.

El tiempo necesario para trasladarnos por las calles de la ciudad en nuestro recorrido hospitalario lo empleamos, además, en intercambiar lo que cada uno sabía sobre González Rebollar. Hijo de papá, heredó el suficiente dinero para vivir de la renta, pero desde la Universidad demostró carácter, inteligencia y una dosis de romanticismo que lo hacía propenso a calentar en las páginas del periódico las causas cívicas. Cívica era, por ejemplo, una Comisión Pro Monumento al Padre las Casas, una cuestación de la Liga contra el Cáncer, a veces una denuncia sobre los avances de la prostitución o del contrabando, la pincelada de mercurio en la herida con gangrena. Presumía de valiente, retó a duelos en su juventud y ahora metía un piñazo a cualquiera sin meditarlo dos veces. Pepe Luis creía recordar que era casado y con hijos, masón y miembro del Club de Leones; lo había visto varias veces bebiendo y jugando cubilete en la Tasca Española, extrovertido, alegre, regalando un peso a cualquier limosnero. “Mucho ruido y pocas nueces”, sentenció mi amigo cuando nos embayamos en Espada y San Francisco.

Anduvimos hasta Infanta y 25 sin prisa, observando dos espléndidas mulatas que esperaban artistas a la salida de Radio Progreso, porque uno aprende que es inútil apurarse por cerrar la talanquera después que la vaca se fugó. La naturaleza bulliciosa y concurrida del lugar hacía pasar inadvertido el carro patrullero arrimado a la acera de la calle P, su portezuela derecha abierta y un policía dentro abanicándose con el periódico del día. Subimos las escaleras del edificio de apartamentos situado en P y 25, y en el azuloso corredor del tercer piso hallamos al encargado bayeteando para desaparecer gotas de sangre seca. Tocamos el timbre de la puerta 31, abrió otro policía, nos identificamos y permitió el acceso.

En lo que echábamos una ojeada inicial, nos informó que ya los técnicos de Medicina Legal habían hecho su rastreo y que esperaba a la gente del Juzgado para el selle. La inspección detallada puso de manifiesto que todo había sucedido en la sala, así que fue preciso concentrarse en ella. Era amplia, fresca, de balcón enfrentado a P, con un juego compuesto por sofá, dos butacas y mesa de centro, lámpara de pie, cortinas en rosa, una marina en el testero mayor y algunos adornos bonitos de cerámica fina. El sofá, frente y a la izquierda de la puerta de entrada, tenía en su tapizado respaldar algunas manchas rojo oscuro que aparentaban haber sido ocasionadas por dedos ensangrentados y otra mancha, todavía húmeda, en el asiento.

—¿Y esto? —inquirí al vigilante de posta.

—Orine. Dice la gente del laboratorio que alguien se meó. De miedo, supongo yo.

—Seguro que fue la mujer —especuló Pepe Luis.

Ahora a eso le llaman machismo. En la mesa de centro había una foto a color de una rubia bastante bonita, de sonrisa agradable y dentadura pareja, con un mundo de picardía en las pupilas.

Se sintió el campanilleo del timbre y llegaron dos alguaciles del juzgado que venían a sellar. Colaboramos en el cierre de puertas y ventanas, presenciamos el engomado de los sellos, su fijación a marcos y hojas, el acuñamiento y firma. Retornamos al auto, y en corto viaje llegamos al hospital Calixto García, pero María Luisa Pereda tenía prohibidas las visitas. El interno de la sala aclaró que la herida no era grave, pues el proyectil interesó el muslo derecho sin grandes destrozos, pero la habían sedado para neutralizar el shock y no debía interrogársele hasta el siguiente día.

Fuimos a ver a Vilá. Estaba genuinamente apesadumbrado, fatigado y ojeroso a esa hora de la tarde en que, por la naturaleza nocturna de su trabajo, debía estar durmiendo. Según lo poco que

González Rebollar le había contado en las infrecuentes ocasiones que hablaban sobre temas personales, Manuel Balceiro era un próspero comerciante de la calle Monte, pasado de los cincuenta y cinco años, enamorado como un imbécil de una joven española recién inmigrada. Le alquiló un apartamento, lo amuebló, la vistió y calzó, pero parecía que la chica aspiraba a continuar ascendiendo los peldaños burgueses y divertirse algo en el proceso. Conoció a González Rebollar, empezó a acostarse con el tipo y a lo mejor Balceiro se enteró.

—No, Velasco, si yo te digo que los hombres somos unos comemierdas, compadre. Y yo se lo dije, ¡yo se lo dije!: "Manolo, no te metas en las patas de los caballos. Va y se lo dicen al gallego..." Pero él se reía, me decía que nada iba a pasar, que no me preocupara. Y ya tú ves.

—Tú sabes que la cama estaba tendida, el cuarto en orden, así que en la cama no los cogió. Parece que el gallego les tiró estando ellos sentados en el sofá.

—¿En el sofá?

—Umjú. Y a menos que estuvieran haciendo el amor allí, o conversando desnudos, o algo por el estilo, es raro que les disparara si su visita fue accidental. De haber estado vestidos, conversando de manera normal, cuando Balceiro entra, lo lógico es que pregunte, si es muy celoso que se faje, pero no que les entre a tiros. Por eso me parece que... aquí hay algo extraño.

—¿Tú vas a prender a Balceiro?

—Casi seguro que no. La gente de la cuarta estación lleva el caso, porque los vecinos avisaron; a esta hora deben estar enterados de casi todo y a lo mejor ya cogieron a Balceiro.

—Ven acá, ¿qué podemos hacer para que esto se maneje como es debido? Manolo tiene dos hijos, la mujer es de oro... ¿Cómo hay que entrarle al capitán de la Demarcación? ¿Cómo...?

El timbre del teléfono estaba sonando. Vilá extendió su mano y levantó el auricular. “Oigo. Es el que habla. ¿Cómo? Alabado sea dios...; pero, ¿cómo fue eso, doctor?” Había ido poniéndose de pie y palideciendo y por haber visto lo mismo tantas veces, tuve la corazonada. “Qué barbaridad, caballeros, sí, sí, yo me encargo de eso, voy para allá, voy para allá, coño.” Colgó y se derrumbó en la silla giratoria.

—Manolo murió.

No había terminado Vilá de articular la noticia cuando abrí el maletín, saqué tres hojas con el membrete de la Policía Judicial, dos papeles carbón y empecé a preparar el juego. Mi compañero comprendió, fue hasta la cercana máquina de escribir, le alargué las hojas que insertó en el rodillo y con una velocidad increíble para sólo dos dedos, comenzó a teclear. Vilá, tratando de ponerse un ajado saco gris, quedó congelado de la sorpresa.

—¿Qué rayos? ¿No entendieron? Manolo murió.

—Entendimos, socio, y no sé qué decirte porque sé el aprecio que le tenías. Pero ahora esto es un asesinato y necesitamos ampararnos en los pasos que ya hemos dado y en los que debemos dar a partir del próximo minuto. Pepe Luis está levantando un acta con tu denuncia de los hechos para que podamos actuar oficialmente con entera libertad. Nos la firmas y te vas.

—Ahh...

—Sólo tomará unos cinco minutos.

—Está bien. ¿Y qué le digo yo a esa mujer, caballeros? ¿Y a los niños?

—¿A qué hora, Pepe Luis? —indagué, descartando a Vilá.

—A las diez y quince.

—¿Dónde?

—Aquí. Vinimos porque nos llamó a las diez.

—Perfecto.

Por la guía telefónica obtuve los números y direcciones de la Casa Balceiro y del domicilio del presunto asesino. Sería inútil la visita a ambos sitios, pues el encargado del edificio donde sucedieron los hechos, había dado a la policía el nombre del español, toda vez que fue él quien alquiló el apartamento de María Luisa, de manera que si se hubiera personado en uno de los dos lugares, ya estaría preso. De todas formas, en el trabajo policíaco se aprende a no dar nada por sentado, así que cuando Vilá leyó y firmó, abandonamos las desiertas oficinas rumbo a ambas direcciones.

En su negocio de la calle Monte no se había presentado; un agente de civil lo esperaba dentro y otros dos fuera. La bonita mansión viboreña tenía enfrente una camioneta panel, aparentemente desocupada, en cuyo interior dos policías aguardaban mirando por una discreta hendidura.

Comimos apresurados sandwichs en El Niágara y debatimos qué hacer. Cuando un delincuente habitual comete una fechoría, uno echa a andar la red de informantes, reclutada entre otros tipos de su calaña, y cuenta con algunas posibilidades de echarle el guante; cuando delinque un hombre común, sólo puede buscarse información entre familiares, compañeros de trabajo, amigos y similares relaciones que casi siempre encubren o ignoran su paradero. Llamé a un colega de la Policía de Turismo y confirmé que el nombre y la descripción física del peninsular se había enviado al aeropuerto de Rancho Boyeros, al de Columbia y a la Policía Marítima, "...espérate un momentico, deja ver una cosa..., exacto, me acaban de traer la foto del tipo para enviarla a Boyeros y los otros lugares; oye, chico, ¿qué hizo este?" Respondí que robarle la capa a Supermán y el socio colgó.

Enfilamos para la Judicial con el interés de poner en marcha el mecanismo: abrir el expediente, nombrar oficial investigador,

enviar personal a entrevistar gente, y esperar. Pero la posta de entrada me detuvo.

—Capitán, el oficial de guardia lo ha estado localizando con urgencia.

Guiñé el ojo a Pepe Luis y respondió con una sonrisa. Claro. Gente de dinero enredada en tarros y balaceras, oportunidad dorada para salir en la prensa, buscarse pesos por ocultar evidencias, hacer registros donde puede aparecer algo pequeño y valioso que con facilidad se desliza en el bolsillo; en fin, un hecho sonado y prometedor que sería ferozmente disputado entre grupos policíacos. Caminando despacio, en voz baja dije a Henríquez:

—Asienta la denuncia, haz el informe de hoy, autodesígnate oficial investigador bajo mi firma. Toma el maletín, saca de ahí la billetera y las demás cosas de González Rebollar, y haz el acta de ocupación. Trata de tenerlo todo listo antes de una hora, a ver si jodemos a los cabrones en el casito este.

La urgencia provenía de una llamada hecha por Santiago Rey Pernas, influyente político del régimen, de quien se esperaba una designación como Ministro tan pronto tomara posesión Fulgencio Batista en el ya cercano 24 de febrero de 1955. Doblé el telefonema, fui hasta mi oficina, me quité el saco, puse el Colt en la gaveta y tomé asiento. Era un pez demasiado gordo. Si solicitaba pasar el caso a otra Unidad no podría negarme, máxime cuando desde que lo conocí, tres años antes en el bufete del doctor Varela, le estaba ofreciendo mis servicios, para lo que gustara mandar, cada vez que nos encontrábamos. A través de la puerta que comunicaba nuestros despachos, escuché a Pepe Luis tecleando furibundamente en su Royal. Me dio pena, pero no se subordina la estrategia a la amistad, así que disqué el número, dispuesto a ceder.

—Bufete del doctor Pernas, buenas tardes.

—Buenas tardes. Habla el capitán Leonardo Velasco.

—Oh, sí, capitán, el doctor desea hablarle. Un segundo, por favor.

Aflojé la corbata y zafé el botón del cuello. Avanzaba por el cuerpo ese suave cansancio que sigue al relajamiento de la tensión y encaramé los pies en una esquina del buró para favorecer la circulación en las piernas.

—¿Qué hubo, Velasco?

—¿Cómo está usted, doctor?

—Bien, chico, bien.

—¡Cuánto me alegro!

—¿Y tú, cómo andas?

—Con un poco de trabajo.

—De trabajo quiero hablarte.

—Pues venga. Usted sabe que yo estoy para servirlo.

—¿Seguro?

—Caramba, doctor...

—¿Te gustaría trabajar conmigo?

Respondí al instante, “desde luego que sí”, pero bajé los pies del buró y me incliné hacia delante. ¿Trabajar con él? ¿Qué carajo era esto?

—Mira. Velasco, el General me ha pedido que colabore con él en su obra de gobierno y yo no puedo negarme. Fulgencio Batista es como si fuera mi propio padre. Para mí es el hombre más grande que ha nacido en Cuba.

—Y a quien ojalá tengamos en el timón de la República durante muchos años.

—Eso deseamos todos. Él quiere que yo me haga cargo de la cartera de Gobernación.

—¿De veras? Lo felicito sinceramente.

—Gracias. Tú sabes que ese es un organismo complejo: policía, prisiones, licencia de armas, cartera dactilar, ¡el copón

bendito!, y quiero buscar algunos buenos colaboradores. Voy a proponerte una actividad nueva, algo que se inicia, de gran importancia, y para la que has sido recomendado por la gente que más sabe de eso.

—Bueno.... yo..., la verdad...

—No digas nada ahora. Mira: mañana a las once de la mañana, aquí en mi bufete, voy a reunirme con algunos correligionarios, para analizar un proyecto de decreto que se ha elaborado siguiendo instrucciones precisas del General. Quiero pedirte que estés aquí a las diez, mi secretaria te pasará a un despachito donde lo podrás leer, y a las once, cuando lleguen los demás, lo debatimos. Luego, tú y yo almorzamos juntos. ¿Está bien?

—Será un honor, Ministro.

—Así me gusta. Te espero mañana.

—Sin falta.

—Bueno, que la pases bien.

—Que tenga buenas tardes. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Puse el auricular en la horquilla y quedé mirando el disco. Algo nuevo, de importancia, proyecto de Decreto, subordinado a Gobernación. Podían ser mil cosas distintas, pero lo de haber sido recomendado por “la gente que más sabe de eso”, daba una señal clara: yanquis. De principios a finales de 1953 había cursado estudios en una escuela de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, ubicada en Rockville, a unos cuarenta y cinco kilómetros de Washington. Entonces se me explicó la idea de constituir en Cuba un órgano especializado en la lucha contra el comunismo que tendría, como instituto adjunto, una escuela superior de inteligencia y contrainteligencia que se propondría al gobierno cubano estuviese bajo mi dirección docente. La idea era expansionar gradualmente la composición del alumnado hasta

llegar a “educar” en ella, criminales y asesinos de todas las policías latinoamericanas. Cuando de regreso a la patria conté el proyecto a Ernesto, aquel hombre anciano, pausado y sereno, se levantó del asiento e inició un baile con giros, bombeo de brazos y cuanto aspaviento pudiera imaginarse. Las perspectivas eran acopiar datos sobre los hombres que a mediano o largo plazo llegarían a encabezar la represión anticomunista en toda América, implicaba la puntualización precisa de quién era quién dentro de la Policía de cada país, cómo se le había enseñado a operar, principales rasgos de su personalidad, especialidad que dominaba; todo lo cual permitía vigilancia secreta, acercamiento, ajustes tácticos y, tal vez, salvar la vida de camaradas. Pero la euforia se nos fue aquietando a medida que decursaron los doce meses de 1954 sin que algo ocurriera. A fines de septiembre, en la entrevista mensual con el oficial de la CIA que me atendía, George B. Payne, agregado de prensa de la Embajada norteamericana, toqué el tema y respondió que se trabajaba en esa dirección, pero sin algo concreto inminente.

Ahora, la llamada de Rey Pernas podía indicar que el engranaje había echado a andar. Durante todo el período preparatorio de las elecciones generales con que Batista quiso vestir de democrática su tiranía, los politiqueros habían estado ocupados en la necesaria coreografía de mítines, pasquines, talles, juegos y contrajuegos, que posibilitaban acercarse a las arcas estables; el presidente en ejercicio, Andrés Domingo Morales del Castillo, antiguo y futuro secretario de la Presidencia y del Consejo de Ministros, situado como obediente monigote gobernante para el período pre y poselectoral hasta la toma de posesión, cumplía precisas instrucciones para promulgar toda la legislación abusiva que no se habían atrevido a elaborar por temor a su impopularidad. Se entendía que lo aprobado en tal marco no podría achacarse

directamente a Batista al estar rubricado por su testafarro, infantil lavado de manos, pues cualquier adolescente notaba la endeblez del argumento. Días antes, el 27 de enero, había sido firmada la ley 1975, descomunal represión anticomunista, que pretendía aplastar por los siglos de los siglos el avance de las ideas marxistas.

Corrían los primeros días de febrero, el 24 sería la formal ceremonia en que el Congreso investiría a Batista como presidente electo, y tal vez las cosas se aceleraban. Rumores mencionaban como seguros ministros al propio Santiago Rey, a Nicolás Arroyo, José Suárez Rivas y Santiago Verdeja; como probables a Carlos Saladrigas, Justo García Rayneri y Raúl Menocal, siempre con Jorge García Montes de Primer Ministro, puesto —en aquella época— más que todo ceremonial. Acababa de recibir confirmación sobre la verosimilitud de mis fuentes.

Pepe Luis aplastó las meditaciones con su entrada, el expediente preparado, las primeras fojas cosidas, su designación para investigar el caso lista para mi firma. De pronto, el caso de González Rebollar me pareció insignificante y no reaccioné con la premura y embullo que mi amigo esperaba. Me observó de hito en hito.

—¿Qué, hubo que ceder?

—¿Ehh?

—¿A quién hay que pasarle el caso?

—Ah, no, no, el caso es nuestro.

—¿Y la urgencia por localizarte?

—Era Santiaguito Rey; para otra cosa.

—Ohh..., ¡Santiaguito! ¿Cómo estás avanzando, mi socio! Yo quiero ver qué te va a pasar a ti el día que tumben a Batista. Te arrastrarán, como a Inciarte.

—Sí, pero tú vas a estar atado a la misma soga. ¿O es que ya se te olvidó lo que has hecho?

—¡Solavaya! Un día vamos a tener que hablar de eso.

—¿Qué dice el horóscopo?

—En serio, compadre. Ya es mucha la gente que nos clasifica de perros batistianos. A mí qué carajo, pero por las mujeres y los muchachos debíamos mudarnos de barrio, agachar un poco la cabeza. Cualquiera día se forma la jodedera y no vamos a enterarnos ni de dónde salieron los tiros.

—Ya hablaremos de eso.

Firmé los papeles, recogí y salimos juntos, pero él tomó su auto y yo el mío. Subí por Reina, Carlos III, Zapata y bordeé el cementerio. No le recomiendo cruzar por esos lares cuando se sienta amenazado de morir, por cualquier causa, en el momento menos esperado.

Era un bufete con mayúsculas. Grandes estantes de cedro, olorosos a pulimento y ausentes de polvo, llenos de libros jurídicos, muebles confortables tapizados de cuero genuino, aire acondicionado intenso, alfombras espesas, dos o tres abogados conocedores del oficio que lo hacían todo, y un propietario que firmaba y atendía las relaciones públicas. El ejercicio exitoso de la abogacía, desde el punto de vista monetario, estaba en relación directa con las influencias que el letrado tuviese entre jueces, fiscales y secretarios de juzgado. A su vez esto se lograba de dos formas: mediante un paciente y extenso trabajo que tomaba decenios o a través de una rápida adquisición del poder real en el Gobierno de turno. Salvo honrosas excepciones, los jueces sentían una fuerte inclinación por fallar a favor de la parte representada por un jurista que era ministro, senador o representante a la Cámara, que podía promover o apoyar ascensos a una instancia superior y, además, hacía buenos regalos de manera discreta.

Santiago Rey, desde el 10 de marzo de 1952, había emergido de la penumbra en que su mediocridad le situó y como resultado natural le empezaron a llegar buenos clientes. Sociedades anónimas, centrales azucareros, compañías de seguro e individuos adinerados que buscaban su representación legal y pagaban requetebién. La suntuosidad de sus oficinas era un reflejo del éxito, la hermosa secretaria de su buen gusto en cuanto a damas, y el documento que me entregaron de su ideología política.

Sentado a solas en un saloncito anexo, abrí el sobre y comencé a leer.

Decreto No. _____

POR CUANTO: Las Leyes-Decretos números 1170, 1456 y 1975 de 6 de octubre de 1953, 3 de junio de 1954 y 27 de enero de 1955, dictadas al amparo del Artículo 37 de la Ley Constitucional del Estado y su concordancia con las resoluciones y acuerdos de la Novena Conferencia Internacional Americana celebrada en Bogotá en 1948 y de la IV Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores celebrada en Washington en 1951, se declaró ilícita por atentatoria al régimen de Gobierno democrático de la República y a la plenitud de la soberanía nacional, la acción política e injerencista del comunismo internacional, declarándose prohibidas las organizaciones estén o no constituidas como personas jurídicas o cualquiera que sea la naturaleza de su constitución como tales en caso de estarlo que secunden o propicien, o que hayan venido propiciando o secundando en Cuba, la referida acción política injerencista; incluyéndose en dichos textos legales otras disposiciones para cumplimentar esa declaración del Gobierno de la República, que fijaron claramente su posición democrática frente a cualquier intento de gobiernos, organizaciones o individuos extranjeros, encaminado a subvertir el

orden político o social o quebrantar la solidaridad de los pueblos de América.

POR CUANTO: Dicha Ley-Decreto 1975 de 1955, además de conferir al Ministro de Gobernación las necesarias facultades para el debido cumplimiento de sus disposiciones, declaró igualmente, que la actividad comunista en cualquiera de sus manifestaciones era incompatible con el servicio público y las funciones dirigentes o deliberativas de las organizaciones patronales y obreras, instituyéndose un procedimiento para hacer efectiva dicha incompatibilidad mediante la separación del que estuviera en dicho caso, pudiendo el Ministro de Gobernación decretar en cualquier momento la suspensión de las funciones ejecutivas o el derecho de tomar parte en las Asambleas Deliberativas a la persona de que se trate.

POR CUANTO: La propia Ley-Decreto 1975 de 1955, en su artículo VIII ordena al Ministro de Gobernación dictar las instrucciones y disposiciones permanentes a los fines de evitar la entrada en el territorio nacional de los agentes y propagandistas extranjeros del comunismo internacional; disposición esta que se encuentra en plena vigencia y reproduce textualmente la que sobre la materia contiene el Artículo III de la Ley-Decreto número 1456 de 1954.

POR CUANTO: El cumplimiento cabal de las disposiciones y textos legales a que se ha hecho mérito precedentemente y la necesaria gestión activa de la Administración a ese fin, hacen de todo punto indispensable la adopción de medidas reglamentarias y complementarias sobre la materia, de la índole de las que se insertan en la parte resolutive de este Decreto.

POR CUANTO: Se estima indispensable para una práctica y efectiva gestión del poder público frente a la acción peligrosa del injerencismo comunista, crear en el Ministerio de Gobernación con

el carácter de permanente, un organismo investigador y represivo del comunismo internacional, con las funciones de asesorar al Ministro de Gobernación en las labores de estudio e investigación de las actividades comunistas y de sus tácticas y métodos de injerencia y penetración en las instituciones del Estado, Provinciales o Municipales y organismos que de las mismas dependen, o autónomos y en las organizaciones patronales y obreras de la nación, y con las demás atribuciones y deberes que se consignan en la parte resolutive de este Decreto.

POR TANTO: En uso de las facultades que me están conferidas por la Constitución y las leyes vigentes, a propuesta del Ministro de Gobernación y asistido del Consejo de Ministros,

R e s u e l v o

PRIMERO: Dictar para la debida ejecución de la Ley-Decreto 1975 de 27 de Enero de 1955, el siguiente

R E G L A M E N T O

ARTÍCULO I.—Se crea en el Ministerio de Gobernación con el carácter de permanente, un organismo nacional que se denominará Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (BRAC) que asesorará al Ministro de dicho ramo en las labores oficiales de investigación y represión del comunismo internacional en todas sus formas y de sus métodos, procedimientos y tácticas de penetración en las instituciones o dependencias del Estado, las Provincias o Municipios, en organismos autónomos, en las corporaciones o instituciones de crédito público y privadas, en las organizaciones patronales, u obreras de la nación, así como en las empresas cuyas actividades por su importancia, o cualquier otra razón, trasciendan al interés público, tales como la radio, televisión, publicaciones y propaganda, a cuyo efecto propondrá las medidas necesarias para asegurar el debido cumplimiento de la

Ley-Decreto 1975 de 27 de Enero de 1955, de las disposiciones vigentes sobre la misma materia que le precedieron y de las que en lo adelante se dicten.

Practicadas las investigaciones, el Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (BRAC) propondrá al funcionario o autoridad competente la medida que, a su juicio, debe adoptarse, como resultado de dichas investigaciones.

ARTÍCULO II.—El Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (BRAC) será presidido y estará bajo la jefatura del Ministro de Gobernación y quedará integrado en la forma siguiente:

- a) Por un Oficial General del Ejército que tendrá el cargo de Vicepresidente-Director y será designado por el Presidente de la República.
- b) Por un Secretario-Administrativo, que será un Oficial Superior del Ejército, nombrado por el Presidente de la República a propuesta del Ministro de Defensa Nacional, mediante recomendación al Jefe del Estado Mayor del Ejército.
- c) Por el Jefe de la Policía Secreta Nacional.
- d) Por un delegado del Ministro de Estado designado por el Presidente de la República a propuesta de dicho Ministro, que tendrá el carácter de oficial de enlace auxiliar entre el Ministerio de Estado y el Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (BRAC), y
- e) Por un letrado encargado de los asuntos legales, designado por el Presidente de la República a propuesta del Ministro de Gobernación.

Los Jefes Militares que integren el Buró estarán a las órdenes del Ministro de Gobernación a los fines que este Decreto persigue.

El Secretario-Administrativo actuará bajo las órdenes del Ministro de Gobernación, por conducto del Vicepresidente-Director y tendrá a su cargo las oficinas de la organización, los libros de acta de dicho organismo, los registros correspondientes y demás documentos.

El Jefe de la Policía Secreta Nacional tendrá a su cargo la Sección Técnica de Investigaciones bajo la dirección inmediata del Secretario-Administrativo y la superior del Ministro de Gobernación, ejercida por medio del Vicepresidente-Director. El Registro funcionará en el local donde radique el Servicio de Inteligencia Militar y estará bajo la custodia del Jefe de dicho Servicio.

ARTÍCULO 111.—El Secretario administrativo, el letrado encargado de los asuntos legales, los Jefes de la Policía Secreta Nacional, el Buró de Investigaciones de la Policía Nacional y el Jefe del Servicio de Inteligencia Militar, presididos por el Vicepresidente-Director, formarán la Comisión Técnica que asesorará al Ministro de Gobernación como Presidente y Jefe del Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (BRAC).

ARTÍCULO IV.—Las autoridades civiles, militares y políticas, así como sus agentes, deberán auxiliar al Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (BRAC) realizando las investigaciones y ofreciendo las informaciones que dicho organismo solicitare para el mejor cumplimiento de sus funciones.

ARTÍCULO V.—Las autoridades civiles, los cuerpos de seguridad y fuerzas armadas en general, así como los particulares, bien sean ciudadanos o bien residentes en el país, están obligados a poner en conocimiento del Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (BRAC) todo hecho, actuación o antecedentes de que tengan noticia en relación con actividades comunistas o de cualquier modo atentatorias al régimen de gobierno democrático

de la República y a la plenitud de la soberanía nacional. Se considerará contraproducente a los fines que este Decreto persigue y contrario a la dignidad nacional y a los sentimientos patrióticos, toda conducta consistente en suministrar tales informaciones, rumores y otras especies a organizaciones, agencias o personas extranjeras, a no ser mediante la aprobación de autoridad competente.

ARTÍCULO VI.—El Ministro de Gobernación organizará, con sus auxiliares, las secciones, oficinas o agencias que estime necesarias para lograr la mayor eficacia en los fines que persigue el Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (BRAC): designará, de acuerdo con el Vicepresidente-Director a los Delegados o Agentes que exigieran el servicio de esta Organización en todo el territorio nacional, y para el cabal cumplimiento de sus fines, prestarán su cooperación a los jefes del Ejército, de la Marina de Guerra y de la Policía Nacional, así como los demás cuerpos investigadores o de represión.

SEGUNDO: El Ministro de Gobernación y demás autoridades a que se refiere este Decreto, quedan encargados del cumplimiento del mismo, que comenzará a regir desde el día de su publicación en la Gaceta Oficial de la República.

Dado en el Palacio de la Presidencia, en La Habana, a los _____ días del mes de _____ de 1955.

Fulgencio Batista
Presidente

Jorge García Montes
Primer Ministro

Santiago C. Rey
Ministro de Gobernación

Estaba sudando, pero no de la forma copiosa y normal que sigue al ejercicio físico o como consecuencia de un calor sofocante; no, era un sudor frío en la frente y palma de las manos que se hacía más desagradable aun por el aire acondicionado. Releí el documento, despacio, observando detalles, imaginando el organigrama, apreciando algunas inconsistencias de puntuación que bien podían ser deliberadas para facilitar interpretaciones según la conveniencia del momento. Al concluir la segunda vuelta sentí una solitaria gota resbalando por el interior del brazo, de la axila al codo, antes que algún doblez en la tela de la camisa la absorbiera.

Batista odiaba al comunismo y lo había demostrado mil veces encarcelando compañeros, clausurando **Hoy**, desplazando por la fuerza de las pistolas a cualquier dirigente sindical de quien se sospechase la menor inclinación izquierdista; todo al amparo de leyes como las mencionadas en el primer Por Cuanto, la última de las cuales databa de un par de semanas atrás, pero la creación del BRAC obedecía sobre todo a la orden yanqui para legalizar la represión en frecuencia perfecta con el macartismo. Volví a leer el Artículo I: "...en las instituciones y dependencias del Estado, las Provincias o Municipios, en organismos autónomos, en las corporaciones o instituciones de crédito públicas y privadas, en las organizaciones patronales u obreras de la nación, así como en las empresas cuyas actividades por su importancia, o cualquier otra razón, trasciendan el interés público..."; el comunista afiliado o cualquier partidario se moriría de hambre, no tendría dónde trabajar para ganarse un peso. Y desde luego, sí cogían a alguien como yo..., adiós Lola.

Sacudí la cabeza y traté de imaginar qué papel se pretendía que desempeñara en esto. No había mención de escuela o centro de entrenamiento alguno, casi todos los cargos dirigentes

explícitamente mencionados, escapaban a mis posibilidades: no era oficial del Ejército, no pertenecía a la Secreta ni al Buró, no era letrado, no laboraba en el Ministerio de Estado; sólo quedaban las posibilidades que abría el Artículo VI: "...designará, de acuerdo con el Vicepresidente-Director a los Delegados o Agentes que exigieran el servicio de esta Organización en todo el territorio nacional"; sí, por ahí podía ser. Pero..., ¿para hacer qué?

Dejé vagar la vista por el interior de la pequeña oficina. "¡Qué clase de rollo! A ver, ¿por qué yo no nací guajiro en el medio del monte, pescador de Batabanó, obrero de un central o carretillero de la Plaza del Vapor? ¡Mira que a mí me ha tocado tragar bilis en esta vida! Tener que sentarme ahora con estos degenerados a discutir la salvajada esta, reírme, mostrar satisfacción por tratarlos, ser consultado; todo mientras debiera estar corriendo para llevarle estos papeles a Ernesto, no, llevarle los papeles no, los fotografías siguiendo todas las reglas y luego le entrego el rollo para que lo revele. Bueno, suponiendo que me dejen esta copia. ¡Qué hijo de perra es el Batista este! Y nada. Después del Moncada nadie le ha tirado un golpe. Está duro, no hay quién lo tumbe. ¡Qué mierda soy! ¿Cómo no va a haber quién lo tumbe? Deja que salgan de la cárcel los muchachos esos. Nos unimos con ellos, con los de la Universidad, hasta con la gente de Prío me uno yo si hace falta, aunque esos son otros hijos de..."

—¿Qué hubo, Velasco?

Intercambiamos saludos. Rey bordeaba los cincuenta, más, su faz era lisa, sonrosada, y los verdes ojos tenían el brillo alegre de la autosatisfacción adornándolos. El pelo casi blanco, canas derrotando las últimas tonalidades de gris, era abundante, peinado hacia atrás. De estatura media, el cuerpo tenía en algunos sitios

abultamientos de grasa que no rebasaban el canon de la silueta convencional, sin barriga voluminosa. El traje color gris carbón, cortado a la perfección, enmarcaba la corbata azul pálido y la fina camisa blanca. La amatista que el dictador obsequiaba a sus más allegados colaboradores, destellaba en el dedo anular de su mano izquierda cuando algún gesto de brazos enfatizaba una expresión. En resumen, un agradable hijo de la Gran Puta.

Había sido electo para un curul del Senado por la provincia de Las Villas, pero el marco institucional cubano permitía que un legislador formara parte del Poder Ejecutivo como Ministro de Gobierno, simultaneando ambas funciones. La prensa lo calificaba de versallesco, pues aprovechaba cualquier oportunidad pública para teatralizar una oratoria rococó, empalagosa y densa, que alcanzaba viscosidad de caramelo al hacer discursos. “Así como las olas del mar envuelven en su espuma la línea costera de tan bella patria, el pueblo cubano abraza la idea de un gobierno sólido, irremediablemente comprometido al quehacer democrático en un clima de paz, trabajo y progreso.” En sus inicios dentro del marzato se ganó algunas sonoras carcajadas de correligionarios, más, a medida que los burlones apreciaron su gradual ascenso en los favores que dispensaba el tirano, las sonrisas pasaron de divertidas a satisfechas, y sus demagógicas parrafadas se aplaudían hasta el delirio.

Su vicio era el juego. Nunca se sabrá cuánto pudo robar del erario público Santiago Rey en los seis años, nueve meses y veintiún días de tiranía batistiana, pero no menos de la mitad lo dejó en mesas de ruleta y póker. Un día, personalmente pude observarlo perder treinta mil pesos en el casino del hotel Sevilla-Biltmore, después de lo cual firmó un pagaré por otros treinta mil para intentar el desquite. Dejé el lugar, salí al Paseo del Prado, respiré hondo y me encaminé al auto. Un chiquillo de unos diez

años, harapiendo, embadurnado de betún y tinta para calzado, descalzo, me abordó. “¿Limpia, señor?” Me le quedé mirando, estremecido hasta lo hondo por el choque brutal de aquellos dos mundos tan distintos, creo que inclusive atontado, incapaz de responder. “Cinco centavos nada más, señor.” Metí la mano en el bolsillo, saqué un peso que alargué al muchacho, monté en el auto, arranqué y lo dejé con sus negros ojos brillando.

Este era el paladín anticomunista que enfrentaba, el demócrata, el cristiano, el senador, el futuro Ministro de Gobernación de aquella puñetera República, y yo, perfecto degenerado, le sonreía, le estrechaba la mano, en vez de meterle el cañón del Colt por una oreja y vaciarle los seis tiros en su cabrón cerebro.

—¿Qué te parece el BRAC?

—Muy necesario, doctor.

—Esta idea surgió hace un año más o menos. El Ministro de Estado recibió un día al embajador americano y se habló del asunto. El General la calorizó enseguida, pero vino la convocatoria a elecciones generales y el asunto se durmió un poco. Después de la abrumadora mayoría que obtuvimos, había un mejor marco democrático y rápidamente elaboramos la Ley-Decreto 1975, que es una declaración de principios en la lucha anticomunista, pero hace falta un brazo ejecutor de la política y ese es el rol del BRAC.

—En eso estaba meditando cuando usted entró.

—Ese proyecto lo leyó hace unos días el primer secretario de la Embajada y al devolverlo dijo que tú habías pasado un curso con el FBI, que abarcaba tácticas de lucha anticomunista. Recuerdo que en el 53 desapareciste del mapa y un día Varela habló algo del curso ese... con el FBI, ¿no?

El abogado, en la entonación de la voz y el destello burlón de la mirada, daba a entender su sospecha y certidumbre de que era otra la organización norteamericana que me había entrenado

durante un año. Era conveniente, por las puertas que abría, que de modo paulatino y gradual a la gente necesaria se le filtrara mi condición de hombre de la CIA, de manera que sonreí, guiñé un ojo y respondí.

—Sí. Con el FBI.

Rey también sonrió y se dejó caer en un butacón. De nuevo tomé asiento, puse los codos sobre las rodillas y quedé expectante a lo que seguiría.

—Tú te educaste allá, ¿no?

—Sí, Ministro.

—Mucho tenemos que aprender de ellos, mucho. Pero bueno, a lo que iba. Es evidente que la Embajada desea tu participación en el BRAC y creo que colaborando directamente conmigo servirías no sólo como un buen oficial, sino que además garantizo en tu persona un canal directo con la Embajada y me mantengo al tanto de lo que allá se piensa. ¿Nos entendemos?

—Perfectamente.

—Pedí tu expediente a la Judicial. Llevas años allí.

—Veintiuno.

—Y estás de segundo jefe ahora.

—Correcto.

—¿Cómo verías tu traslado de allí?

—Bueno, desde su llamada ayer he estado pensando en eso. En primer lugar, quisiera pedirle que hable con el Brigadier General.

—¿Salas Cañizares?

—Anjá. La Policía Judicial se subordina al Ministerio de Justicia, pero mi participación en el Movimiento del 10 de Marzo fue posible gracias a que conocí y traté, a través del doctor Varela, al Brigadier General. Le tengo gran consideración y no debo moverme de allí sin su consentimiento.

—No te preocupes, yo hablo con Salas.

—Esto, Ministro..., usted sabe que ese hombre, tan valeroso y decidido, no tiene tiempo para percatarse de algunas cuestiones.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo, que yo colaboro con la Embajada.

—¿Tú no se lo has dicho?

—No. No ha sido necesario hasta ahora y no es mi costumbre restregarle eso en la cara a otros compañeros. Parecería un alarde..., no sé.

—Ya caigo.

—Tal vez si usted le aclara eso, él comprenda mejor y no se irrite pensando que he hecho gestiones a sus espaldas.

—Entiendo.

—En segundo lugar...

Se sintieron unos toques en la puerta, giró el picaporte y la despampanante secretaria, a pesar de deslizarse en silencio, no pudo lograr una entrada discreta, no con aquel vestido y su mejor sonrisa. Anunció que había llegado el primer participante y esperaba al doctor en el salón de conferencias, así que pasamos a un local más amplio.

Yo abrazo a poca gente. En aquella época a Victoria, las niñas, Ernesto y Pepe Luis, y a estos últimos sólo cuando estábamos meses sin vernos. Pero los politiqueros se abrazaban cotidianamente, con fuertes palmadas en la espalda, girando la cara hacia un lado, para no meterle el tabaco en los ojos al correligionario, riendo, “¡pero viejo, qué bien estás”, arrugándose la ropa, demostrando una alegría tan falsa y hueca como la de las hienas en el festín. Esta vez no fue excepción. Camacho Covani estrujó a Santiago Rey, quien a su vez exprimió a su tocayo, Santiago Verdeja Neyra, quien en su oportunidad había apretado a Carlos Saladrigas, y así hasta completar la ronda. Cuando

estábamos sentándonos llegó el general Francisco Tabernilla y se repitieron palmadas y abrazos.

La secretaria abrió la puerta a un camarero que empujó un carrito-bar muy bien surtido, sirvió lo que cada quien pidió, puso un estuche de exquisitos tabacos al centro de la mesa y se retiró halando el cachivache. Las bromas y risas fueron aplacándose, los demás notaron que yo permanecía en el lugar sentado a la izquierda de Rey, y comprendieron que no era su secretario. Tabernilla me miró, cambió la vista hacia mi futuro Jefe y espetó:

—Santiaguito..., ¿el señor?

—Me place presentarles al capitán Leonardo Velasco, de la Policía Judicial.

Me puse de pie, coloqué la sonrisa servil de ocasiones especiales, y fui de uno en uno estrechando sus manos. Entretanto Rey aclaraba.

—Velasco tomó la Judicial el 10 de Marzo. Es un hombre de Salas Cañizares, experto en la lucha contra el comunismo, formado en los Estados Unidos y me ha sido recomendado por la Embajada.

Todos fueron felices, desapareció cualquier reserva, revivieron las sonrisas, y el último en darme la mano, Camacho Covani, recordó cuando nos conocimos un par de años antes, también en el bufete del invaluable Varela. Retorné a mi asiento y bebí un sorbo del **high ball** de whisky Catto's ordenado para congraciarme con Tabernilla, legendario consumidor de aquella marca.

—Bien, señores —comenzó Rey—, es de todos conocidos el texto del Decreto. Esta reunión pretende conocer las observaciones que puedan tener las carteras de Justicia, Defensa y Estado, representadas por sus futuros titulares, así como de las Fuerzas Armadas, aquí presentes en la persona del general Tabernilla. Agradeceré mucho cualquier sugerencia.

Se debatieron detalles, agregar una frase aquí, suprimir una palabra allá, nada a fondo. Rey tomaba notas en el margen del ejemplar que tenía enfrente. Saladrigas creyó prudente hacer el resumen ideológico.

—Señores, en el propio seno de los Estados Unidos el senador MacCarthy puso de manifiesto la extensión que en esa nación habían alcanzado los tentáculos del pulpo rojo; la reciente experiencia de Guatemala demuestra las amplias posibilidades de maniobra que el comunismo tiene en América. Cuba, la llave del Golfo, tiene que estar en la mira de los jefes del Kremlin y documentos como el que discutimos hoy, al gestar los órganos apropiados de lucha...

—Magnífico, Carlos —interrumpió Rey con una sonrisa—, te aseguro que esas palabras tan bien expresadas, recogen el sentir de todos. Pero, ¿pudiéramos pasar a cuestiones de índole práctica? ¿A quién designarás como delegado tuyo?

Después de dar el nombre de su representante, Saladrigas quedó neutralizado; Rey quiso liquidar con igual prontitud al general, y fue un error. Tabernilla era uno de los cuatro hombres más influyentes del régimen, como Jefe del Ejército podía hablar con Batista a cualquier hora del día o la noche, vivía consciente de su jerarquía y no le gustaba que se la rebajaran ni por un segundo, mucho menos en presencia de un auxiliar de limpieza como yo.

—Espérate, Santiaguito, vamos por partes. Yo, no traigo nombres.

—Pero, general, en mi carta le pedía...

—Tú pides lo que quieras, pero yo doy lo que quiera.

—Claro, general, pero...

—Nada, chico, que esto está muy verde todavía. Los papeles dicen muchas cosas, pero después no se cumplen. Yo quiero saber si el BRAC este va a ser un aparato represivo de verdad o si será

un grupito de gente cobrando cheques que una vez al año ocupan diez ejemplares de **El Estado y la Revolución**. Porque si la cosa es al duro, pongo gente dura; pero si vamos a estar en el botelleo y la verraquería, no voy a desperdiciar oficiales valientes y decididos en eso.

—General, usted sabe de quiénes partió esta idea.

—Sí, sí, pero también sé otras cosas.

—Por mi parte, puedo aclararle que el General Batista ha instruido trabajar con toda seriedad en el nuevo organismo, para acabar de partirle la columna vertebral al clandestinaje comunista, vamos a recibir asesoría técnica de los americanos...

—Está bien; lo pensaré.

Se hizo un silencio desagradable. Rey había perdido algo de su confianza interna y hojeaba las páginas mecanografiadas ganando tiempo, con la cara un tono más rosado que momentos antes.

—Si no hay más observaciones quiero decirles que, sujeto a posterior aprobación del Señor Presidente, y siempre que mi ilustre colega Camacho no tenga inconveniente, pienso nombrar al capitán Velasco, mi Delegado en el manejo cotidiano del BRAC. Agradeceré cualquier colaboración que los subordinados vuestros le brinden en el desempeño de sus funciones. Señores...

La reunión se disolvió entre apretones de mano, despedidas y pasos hasta la puerta del bufete. En la acera, cada guardaespaldas se acercó a su amo, los choferes arrancaron los autos y Rey fue diciéndoles adiós con la mano en alto a medida que los vehículos se alejaban. Su propio auto, un esplendoroso Cadillac nuevo, se deslizó en silencio ante nosotros y frenó. El guardaespaldas abrió la puerta trasera y mi nuevo jefe dijo: “vamos a almorzar”.

Después de un par de copas de vino y un plato de fabada en la Zaragoza, Rey pareció olvidar el disgusto con Tabernilla. Estábamos en un salón privado, envueltos en los mil deliciosos

aromas de la cocina que, a pesar del hermetismo impuesto por el aire acondicionado, lograban penetrar el recinto, avivando el apetito. Llegó el lacón y fuimos devorando la exquisita carne en silencio, tal vez diciendo frases breves, “está riquísimo”, “qué clase de vino. Ministro”, “Manuel”, “diga, doctor”, “trae otra botella”. El postre fue cubano, coco rallado en almíbar con queso, como el café, pero el licor nos devolvió a España: Carlos V, Solera extra. El abogado limpiaba sus dientes con el palillo cuando el camarero retiró el servicio y nos dejó a solas con dos copas y el ilustre emperador en el centro de la mesa.

—Habíamos hablado de Salas.

—Ah, sí.

—¿Qué nos queda?

—Le sugeriría pasar a trabajar en comisión de servicio a Gobernación. Es decir, seguir cobrando por la Judicial para no desvincularme por completo. Eso le sería de conveniencia, porque tengo cierta influencia allí, somos el único cuerpo policiaco que no se subordina a su Ministerio y a veces llegan asuntos que usted puede tener interés en resolver con el mínimo de bulla. Ayer mismo...

Hice un recuento del caso de González Rebollar. Rey había leído algo en los periódicos matutinos, pero le dije lo no publicado y traté de convencerlo, por la naturaleza del asunto y las personas involucradas, que convenía eludir el sensacionalismo. Con asentamientos de cabeza expresó aprobación.

—La crónica roja tenemos que dejarla para los infelices. Cuando un suceso involucra gente de sociedad, negociantes, políticos, debe tratarse discretamente. Pero, Velasco, este caso ya salió en la prensa, González Rebollar era muy conocido, ¿cómo podrás acallar el escándalo?

—No, no puedo acallararlo, pero no echaría más leña al fuego. El miedo mío es que la gente de la demarcación haga una declaración nueva todos los días para salir en el periódico; usted sabe cómo es eso, el capitán interrogando a la querida junto a su lecho hoy, haciendo preguntas a los empleados de Balceiro mañana, pasado mañana inventan otra más, el asunto es seguir cogiendo publicidad gratuita.

—Claro; no, encárgate tú de eso.

—Además, te decía en comisión de servicio porque los primeros meses, cuando organicemos el BRAC, habrá que dedicarle mucho más tiempo al asunto; después, el engranaje funciona solo y no es necesario estar todo el día supervisando.

—Depende. ¿Qué te parece la idea de constituir delegaciones provinciales?

Estuvimos alrededor de una hora intercambiando opiniones, pero aceptó el semitraslado. Expuse la idea de la escuela sólo en su dimensión nacional, porque la Agencia había expresamente prohibido revelar en aquellos momentos al Gobierno cubano la futura proyección continental que poseería; dije que en Washington se priorizaba la preparación teórico-práctica de los agentes, y Rey calorizó el asunto, pero tuvo preocupación por los cuantiosos fondos necesarios. Jugué entonces la carta de triunfo al sugerir que tal vez la Embajada, cuando supiese que yo estaba al frente, tomara en consideración una propuesta mía para que se nos ayudara con el dinero necesario. El batistiano quedó observándome con profundo respeto, como si pensara: “coño, este tipo tiene más punch con los yanquis de lo que imaginé”, y a renglón seguido dijo:

—¿Tú crees que darían la plata?

—Tengo razones para pensar que sí.

—Chico, Velasco, a ti hay que ascenderte.

—Bueno, Ministro...

—Y hay que darte la Orden al Mérito Policiaco de Primera Clase.

—Yo no merezco eso. Mi interés es ayudar al General Batista, al Brigadier General, a usted...

—Déjame a mí. Te voy a mejorar.

Eran las tres y media de la tarde cuando regresé a la Judicial, el cerebro, congestionado por los abundantes alimentos y generosos licores, funcionando a ritmo lento. No cabe la menor duda: para pensar claro hay que tener el estómago vacío; ¿qué genio de la Humanidad ha sido glotón? En el baño me lavé la cara con agua bien fría, la sequé con papel-toalla y pasé a la oficina de Pepe Luis.

Estaba furioso porque a media mañana lo había llamado el jefe de la cuarta estación de policía para solicitar el traslado de las actuaciones en el caso de González Rebollar. Ante su negativa, media hora después llamó al comandante jefe de distrito, Larraz, quien al parecer hizo gala de la grosería y abuso de fuerza que le habían ganado el apodo de **La Rata**, en musical y acertado juego de palabras con su apellido, pero tampoco Pepe Luis cedió. Por el contrario, fue a la morgue para recoger copia de la autopsia practicada al cadáver, y el empleado, disculpándose lo mejor que pudo, dijo tener instrucciones de no dar dato alguno a la Judicial. En el Calixto García se personaron un médico y un abogado, ambos de renombre, que solicitaron y obtuvieron autorización para trasladar a María Luisa Pereda hacia una clínica privada. La oficina de admisión, con parecidas disculpas, negó a Pepe Luis la dirección del sitio. Mi socio estaba frenético y no contribuía a calmarlo la sonrisa que tironeaba mis labios.

—Chico, ¿y esa risita?

—No la cojas conmigo.

—Es que te veo una diversión del carajo.

—Llama a Larraz, vamos a ver si lo convengo.

Fue a decir cualquier comentario, como “no te sobrevalores” o algo por el estilo, pero la sonrisita jodedora lo frenó. Se animó, levantó el teléfono y en el cuarto intento localizó al comandante y me pasó el aparato. Tuve que esperar unos cinco minutos antes que el roedor respondiera: táctica del encumbrado para recordar al inferior su insignificancia.

—Oigo.

—Buenas tardes, Larraz, ¿Cómo tú estás?

—Ven acá, chico. ¿Quién es el mequetrefe tuyo ese que no quiere pasarme las actuaciones en el crimen de 25 y P?

—Es el primer teniente José Luis Henríquez.

—Bueno, pues dile bien quién es el comandante Larraz, para que no vaya a volver a comer mierda conmigo.

—Claro, se lo diré.

—Ah, bueno.

—Oye Larraz, ¿tú sabes a quién va a nombrar Ministro de Gobernación el General?

—¿Ehh...?

—Que si tú sabes a quién va a nombrar Ministro de Gobernación el General.

—Bueno..., no sé, la verdad.

—Al doctor Santiago Rey Pernas.

—Ahh..., sí, cómo no, yo lo conozco.

—¿Hace tiempo que no lo ves?

—Como un año, por ahí.

—Yo almorcé con él hoy y estuvimos hablando de muchas cosas. Santiaguito quiere que lo ayude en un asunto, me va a ascender, en fin, echamos cerca de tres horas en La Zaragozana y

masticando no estuvimos más de cuarenta minutos. Entre algunas cuestiones de poca importancia, pidió que me encargara del caso de González Rebollar y yo le dije que sí. ¿Qué iba a hacer? Entonces, cuando llegué aquí horita, el teniente Henríquez me dijo que tú quieres el caso y te llamo para ponernos de acuerdo, porque si te complace ahora mismo te mando las actuaciones. Pero eso sí, llamo al doctor y le digo que tú insistes en llevar el caso; aun después de saber que él quiere que yo me haga cargo. Porque tú comprenderás que no le voy a prometer una cosa al Ministro a las dos de la tarde y a las cuatro voy a echarme para atrás sin decirle nada...

—Bueno...

—O mira, podemos hacer otra cosa. Yo te doy el teléfono de su bufete y tú le explicas por qué no quieres que la Judicial lleve el caso.

—No, si el problema no es que...

—Espérate; tenemos otra posibilidad. Vamos juntos a ver al Brigadier y le pedimos consejo. Aunque sé que a Salas no le gusta que lo jodan por mierdas.

—No, no, claro.

—Bueno, tú dirás qué hacemos.

Pepe Luis estaba tapándose la boca para que no fueran a oírse sus carcajadas por el teléfono. Larraz estaba meditando quién sabe qué, pero le costaba trabajo. Esos individuos subnormales que sólo ascienden en el marco que provee una tiranía, son rápidos a la patada, al culatazo, al disparo, pero no al pensamiento. Plánteeles una situación que requiera un mínimo de funcionamiento neuronal y los verá debatirse en la agonía de la insuficiencia. Supuse que la disyuntiva valorada era no enemistarse con el nuevo Ministro sin perder prestigio ante sus subordinados con la cesión del caso; conociéndolo, era de presumir el escándalo que habría formado

ante ayudantes y oficiales subalternos cuando Pepe Luis se opuso a entregar nuestro expediente, personas que quizás estuvieran a su lado en ese mismo instante. Decidí ayudarlo ante la persistencia de su silencio.

—Mira, Larraz, vamos a hacer una cosa. Piensa en lo que te he dicho; si tú no estás de acuerdo en que nosotros llevemos el caso, llama a Santiaguito o a Salas y exponles tus puntos de vista. Si te parece que nos conviene a los dos complacer al Ministro en una cuestión tan insignificante, me mandas para acá, mañana, las actuaciones de la cuarta estación, se unen a las nuestras y en caso que surja cualquier duda, la despejamos juntos. Yo lo que no quiero es perder tu amistad, viejo; en definitiva estamos juntos en el mismo barco y por una porquería así no debemos pelear. Pero comprende que yo no voy a quedar mal con Santiaguito un par de horas después que me ha prometido un ascenso, la Orden de Mérito Policiaco de Primer Grado y un futuro mejor del que tengo ahora. Qué va, mi hermano, qué va.

—Yo te llamo después.

Efectivamente, el hombre lo que deseaba era zafarse de oídos indiscretos. Pasamos a mi oficina para esperar su llamada y durante media hora estuve imponiendo a Pepe Luis de lo ocurrido en el bufete de Santiago Rey y de la conversación durante el almuerzo, pero antes de concluir sonó el teléfono.

—Mira, Velasco, la verdad es que yo, por tratarse de ti, voy a pasarte el caso. A mí, el Santiaguito este ni me va ni me viene. ¡Yo soy un hombre del General! Los civiles estos hablan bonito y se meten muchos pesos en el bolsillo, pero a la hora del cuajo, cuando hay que salir a batirse contra los insurreccionales, vamos nosotros y ellos se cagan en los pantalones.

—Claro, viejo, claro. Eso es así; pero tú sabes que... hay que sobrellevarlos, pues nos pueden ayudar. Yo estoy seguro que

cuando le explique a este hombre tu cooperación, cómo no vacilaste cuando supiste que era un interés de él, se alegra y en la primera oportunidad te pone la buena, lo mismo con Salas que con el General.

—¿Tú crees?

—Seguro, compadre. Es lo que te decía horita, todos estamos en el mismo barco.

—Es verdad.

—Mira, como yo ahora voy a estar bien plantado en Gobernación, cuando te haga falta cualquier cosa allí, me llamas y asunto resuelto.

—Gracias, chico, gracias.

—De nada. Bueno, ¿entonces tú me mandas mañana temprano las actuaciones de la cuarta?

—Sí, seguro. Pero..., Velasco, cualquiera que pregunte...

—Le decimos que fue una orden de arriba.

—Anjá. Yo siempre cumplo las órdenes.

—Claro. Bueno, comandante, un millón de gracias y hasta luego.

—Hasta luego.

Pepe Luis me observaba, muy serio ahora, con algo de pena en la mirada.

—¿Tú has leído sobre la doble personalidad?

—Sí, un poco.

—Tú eres un caso, Leonardo. Un señor caso. Quien no te conozca se come tremendo “cake” contigo.

—Tengo que hacerlo. Si quiero ayudar, tengo que hacerlo.

—Pagarás un precio, mental y físico, por hacerlo.

—Bien mierdero es ese precio al lado del que han pagado otros.

—Tienes razón. Vete para la casa y descansa. Yo me quedaré aquí.

Pero fui para el estudio fotográfico de un amigo que se ganaba la vida retratando vecinos de la calle Águila. Pedí usar algunos equipos y un cuarto durante media hora con privacidad, aceptó murmurando algo sobre lo que joden los socios policías tan misteriosos y fotografié la copia del proyecto de Decreto con iluminación perfecta, cámara alemana y rollo fresquecito. Tuve que tomar una cerveza con Fernando antes de retirarme en busca de un teléfono público.

—Oigo.

—Hablan de Aerovías Q. Tenemos un paquete para usted.

—Ah..., está bien. Déjelo en su almacén; lo recogeré mañana.

Manejé entonces hasta el parque Manila, me senté en un banco y, tras él, dejé caer una arrugada caja de cigarrillos que dentro tenía el rollo. Fingí leer durante cinco minutos el periódico de la tarde, y cuando vi a Ernesto entrar al parque por la calle convenida, pude al fin ir para casa.

El caso del periodista asesinado se arrastraba penosamente. Al peninsular se lo había tragado la tierra, y cuando Pepe Luis hizo el interrogatorio formal a la españolita en la clínica privada, estuvo flanqueada por un médico y un abogado criminalista. La habían preparado bien, tan bien que era insultante la desfachatez.

...ciudadana española, vecina de la calle P número 120, apartamento 31, mayor de edad, de estado civil soltera, de raza blanca, quien declara que el día de los hechos recibió en su domicilio, a las nueve de la mañana aproximadamente, la visita del señor Manuel González Rebollar, redactor jefe del periódico **El Crisol**, conocido suyo desde año y medio antes

cuando buscó empleo en dicho rotativo, habiéndole expresado González Rebollar el referido día de los hechos que estaba vacante una plaza de secretaria que la declarante podría ocupar. Que estando discutiendo los detalles de dicha plaza, hizo su entrada en el apartamento un desconocido, quien procedió a disparar en una cantidad de ocasiones que no recuerda, momento en que perdió el conocimiento al sentirse herida, no recuperándolo nuevamente hasta encontrarse hospitalizada en el centro médico Calixto García Ñíguez, por lo que ignora lo sucedido con posterioridad a los susodichos disparos, toda vez que por prescripción facultativa no ha tenido acceso a prensa radial o escrita. — —

A preguntas del Oficial Investigador la declarante afirma: —

- 1° Conocer al señor Manuel Balceiro, ciudadano español radicado en Cuba, desde unos tres años atrás cuando era recién llegada al país, quien como compatriota hubo de auxiliarla en diversas ocasiones realizando múltiples gestiones a su favor, con cuya amistad se honra. — — — —
- 2° Ignorar cómo pudo llegar a manos del atacante desconocido una llave que le permitiese abrir la puerta de entrada de su domicilio. — — — — — — — — — — — — — — — —
- 3° No tener vínculo amoroso de tipo alguno con los señores Balceiro y González Rebollar. — — — — — — — — — —
- 4° Ignorar el estado actual del señor González Rebollar. —
- 5° Ignorar el paradero del señor Balceiro. — — — — — — — —
- 6° Ignorar por qué el señor Balceiro no ha venido a visitarla luego de lo acaecido. — — — — — — — — — — — — — — — —
- 7° No poseer empleo regular alguno en firma privada o institución pública cubana. — — — — — — — — — — — — — —
- 8° Ganar su sustento mediante el ejercicio del oficio de modista particular. — — — — — — — — — — — — — — — —

Para constancia de lo cual firma la presente...

Era necesario, por tanto, hablar a solas con María Luisa Pereda. Localizamos a un ex empleado de la clínica que, descontento por su despido, aclaró la más discreta vía de acceso a la habitación ocupada por la objetivo y estuvo de acuerdo en avisarnos, por medio de una enfermera amiga, la primera oportunidad en que la española se hallara sola. Fue al día siguiente, pues por ausencia de familiares cercanos, sólo el abogado la visitaba.

Abrí la puerta un par de pulgadas y la primera impresión no pudo ser más reveladora. Un hombre joven, muy bien parecido, de rizado cabello negro y ojos verdes encandilados de pasión, se inclinaba sobre la paciente acariciando con su mano los senos ocultos bajo la sábana. La rubia sonreía y pasaba sus dedos sobre la mejilla del galán.

—Con permiso.

—¡Jesús!

Asombro, veloz recompostura; más, al tipo se le notaba una prominencia en la tela del pantalón que no dejaba lugar a dudas sobre la naturaleza no terapéutica del masaje mamario. Vestía todo de blanco, hasta los zapatos, aunque la ausencia de apellidos bordados sobre el bolsillo superior de la bata revelaba al estudiante de medicina, no al profesional graduado.

—¿La señorita Pereda?

—Servidora.

—¿Y el señor?

—Este..., yo soy el doctor Corzo.

—¿Doctor?

—Bueno..., yo... lo seré dentro de dos años.

—Salga, por favor. Soy de la Policía Judicial y vengo a hablar con la señorita.

El muchachón salió de prisa, normalizada la simetría en la sección inferior del vestuario. Indiqué a Pepe Luis que era mejor su permanencia en el pasillo, entré y cerré la puerta. Calculé que como máximo dispondría de cinco minutos antes que el estudiante avisara a la Dirección y alguien viniera galopando al rescate.

—¿Hay algo más imbécil que el macho, María Luisa?

—¿Cómo?

—Uno muerto, otro desaparecido, los dos por causa de tus encantos genitales, y tú disfrutando la vida, ¿eh?, apretando rico con un pollito, ¿eh?

—Oiga, usted se equivoca.

—Con todo lo imbécil que sea Balceiro una cosa demostró: que está dispuesto a matar. ¿Qué te parece si cuando lo encontremos le digo que a pesar del abogado que está pagándote, de esta clínica, de la plata que a lo mejor te manda por trasmano, le estabas pegando los tarros otra vez, aquí mismo, con un estudiante de Medicina..., Corzo, ¿no?

—¡Jesús!

La chica no palideció, pero puso una mano sobre los labios y abrió los ojos. Tal vez recordó la cara del amante cuando rompió el fuego, quizás el dolor del plomazo en el muslo.

—¿Dónde está Balceiro?

—No sé. Le juro que no sé.

—¿Por qué disparó si tú y González Rebollar estaban vestidos, sentados en el sofá conversando?

—Por celos. Estaba loco de celos...

Se detuvo. Quedé en blanco durante algunas fracciones de segundo porque esperaba más que aquello, pero continué de inmediato.

—No seas tan parca en tus respuestas, chavala. La Habana entera sabe que eras amante de Balceiro y te acostabas con

González Rebollar. La Habana entera sabe que fue Balceiro el que les disparó a ustedes. Hay cien testigos, hasta en el propio edificio en que vives: además, tu periodista no murió de inmediato, hizo declaraciones.

—Pero el doctor Miró me dijo...

—¿Qué te dijo?

—Nada.

—Mira, muchacha. Estoy seguro que en algunos campos del saber humano me superas ampliamente, pero en otros puedo enseñarte algo. Miró Nogueras es un buen abogado criminalista que aparenta representarte a ti y que en realidad protege los intereses de Balceiro, porque es el que tiene los miles de pesos necesarios para pagarle. Miró Nogueras tiene más sabiduría en la punta de una uña que tú en el cuerpo entero, y está haciéndote declarar lo que le conviene para que Balceiro salga libre, deportado o en el peor de los casos con una pequeña condena. Tú no cuentas, ¿entiendes? Y en la medida que hagas todo lo que ese abogado te diga, estarás trabajando en contra tuya y a favor de Balceiro que, dicho sea de paso, ya una vez te pegó un tiro.

—¿Quién es usted?

—Un oficial de policía. Piensa bien antes de responder porque esta pregunta es para ayudarte. ¿Balceiro te ha mandado el recado que te perdona, que se casará contigo, que irán juntos a otro país a iniciar una nueva vida?

—Pues..., sí, más o menos. De irnos a otro país no ha mandado a decir nada.

—Te engañan. Una fuente mía informa que ha jurado matarte tan pronto pueda.

—¡Jesús!

El limitado vocabulario cristiano-exclamativo de la española estaba aburriéndome un poco y no quedaba mucho tiempo, de

modo que apuré la cosa.

—Lo mejor que puedes hacer para cuidar tus propios intereses es decir la verdad. Afuera está el oficial que te tomó declaración el otro día, lo voy a hacer pasar y...

Estaba escuchando una discusión en voz alta en el pasillo e imaginé lo que ocurría: Pepe Luis frenando a alguien. De pronto, se abrió la puerta y entró un médico canoso, delgado y narizón, de unos sesenta años, con un espléndido saco negro por encima de la imprescindible bata blanca, quien airado me increpó.

—¿Con autorización de quién ha entrado usted en esta habitación?

—Con la del Ministro de Justicia.

—¿Ehh?

—Lo que oye.

—Pero esto es una clínica privada.

—Que tiene un horario de visitas dentro del cual nos encontramos y le aseguro que entré por la puerta principal sin romper ventana alguna.

—Identifíquese, por favor.

Saqué chapa y carné, leyó lo necesario, empezaron a bajársele los humos. Pasó la lengua por sus labios, levantó la cabeza y el tono fue conciliatorio.

—Escúcheme, capitán Velasco. Esta paciente no está recuperada aún. Cualquier interrogatorio requiere...

—¿Cómo es su nombre, doctor? El saco no deja leerlo, si es que está bordado en la bata.

—Arellano.

—Mucho gusto.

—El gusto es mío.

—Decía usted que cualquier interrogatorio requiere...

—Pues..., previa autorización del facultativo que la atiende.

—Ah..., ¿sí?

—Sí, capitán.

—Mire, doctor. Antes de venir aquí consulté con los especialistas necesarios. Esta paciente, la naturaleza de su herida y los informes que poseemos sobre su evolución posterior, han sido analizados. No conozco bien la terminología, pero creo que un disparo calibre .38 en un muslo, que no interesa la arteria femoral ni fractura huesos, debidamente atendido antes de la hora de ocurrido, con todos los recursos médicos disponibles, no es razón que impida quince días más tarde hacer unas preguntas a la paciente. ¿Estamos equivocados?

—La señorita todavía está adolorida.

—No me diga.

—Presenta depresión nerviosa.

—¿De quién es ese diagnóstico? ¿Del estudiante Corzo? Yo creía que estaba prohibido que un estudiante de Medicina trabaje en una institución privada. Pensaba que hay un Decreto por ahí disponiendo que toda la práctica docente debe ser en hospitales estatales.

—Mire, capitán, vamos a arreglar esto.

—A ver, ¿cómo lo vamos a arreglar?

—Acompáñeme a la oficina; no conviene a la paciente el debate en su presencia.

—Tan pronto tomemos una declaración de ella, con mucho gusto. Teniente...

Pepe Luis colocó la máquina de escribir portátil sobre una mesa, la abrió y empezó a preparar los juegos de copias. María Luisa estaba pasmada y Arellano miraba inquieto hacia la puerta, cuando sentí un frenazo de automóvil en la calle y supe que había perdido la partida. Antes de sesenta segundos, justo al sentarse mi

compañero frente a la Royal, hacía una entrada algo apresurada el doctor Miró Nogueras.

—¡Pero mira qué casualidad! Pasaba por aquí cerca, se me ocurrió llegar a ver cómo sigue María Luisa y me los encuentro a ustedes. ¿Qué tal, Velasco? ¿Qué tal, Henríquez? Gente buena y del comercio.

Presioné al máximo, pero el abogado insistió en hablar a solas con su cliente. Salimos al pasillo, dirigí una mirada espeluznante a Arellano y al cabo de quince minutos, Miró nos invitó a regresar a la habitación con la mejor de sus sonrisas. No, su cliente no deseaba modificar deposiciones anteriores; no, su cliente había entendido mal las preguntas; no, su cliente estaba nerviosa y le había rogado expresarse en su nombre.

Salimos de la clínica acompañados de Miró, quien, antes de abordar nuestro carro, puso su mano sobre mi brazo.

—¿Qué es eso, Velasco? Aterrorizar así a esta galleguita infeliz.

—Vete al carajo, Miró.

—Ehh..., ¿pero estás cabrón?

—Vete al carajo, Miró. Y cuando le agradezcas a Arellano el rápido mensaje de los dos hombres malos que interrogaban a Caperucita, recuérdales que marineros somos y en la mar andamos.

Habíamos activado nuestros “micrófonos” particulares en la ciudad en busca de indicios sobre Balceiro. Curiosa mezcla de seres humanos que comprendía, desde unas pocas personas ejemplares hasta ciertos delincuentes habituales, pasando por todo un espectro de parqueadores, sastres, vendedores ambulantes, telefonistas, bodegueros, peluqueras, apuntadores de terminales, guías turísticos, limpiabotas, putas, taxistas, abogados, carpeteros de

hotel, médicos, agentes de seguros; en fin, cualquier profesión, labor u oficio cuyo ejercicio implicase entrar en contacto con otros individuos.

Era una red valiosa, cultivada con esmero a lo largo de muchos años mediante el intercambio. Con pocos, la base era “me dices y te digo”, otros funcionaban por el más general patrón “me dices y te resuelvo cuando haga falta”, la mayoría estaba compulsada por aquello de “si no me dices, voy a acordarme de la vez que...” e inclusive, había contados casos en que debíamos sacar una pequeña cantidad de dinero, casi siempre del presupuesto familiar, para pagar la confidencia.

Desplegarla ocasionaba la impresión de ser una araña, ubicada en el centro de la bien tejida tela, al acecho, viajando rápido al sitio donde hubiera una vibración, capturando la presa o —en caso de error— retornando al centro a reanudar la espera, pero siempre revisando los puntos débiles, fortaleciendo los hilos, ampliando el diámetro.

Al siguiente día —domingo, naturalmente— funcionó la de Pepe Luis, quien salió a verificar si el soplo tenía valor. Un carpetero-marihuanero del hotel Bruzón, cuya afición respiratoria era ignorada por la administración, informó que desde dos días antes se hospedaba allí un hombre con la descripción física de Balceiro; no abandonaba la habitación ni para estirar las piernas, daba cuarenta o cincuenta centavos diarios a la camarera para que no limpiara, encargaba alimentos españoles típicos, hablaba con suave acento de las c y las z y se había registrado con el nombre de Wilfredo Martínez. Mi socio jamás había conocido a un peninsular nativo con tal patronímico, así que mandó buscar tres colegas, apostó dos al frente y uno detrás, cogió su auto y, claro, tocó en la puerta de casa cuando, agotados de la fiesta infantil a la cual habíamos llevado a Migdalia esa tarde, nos preparábamos para la

cama. A pesar del afecto que le tenía, Victoria estaba haciendo unas expresiones faciales a Pepe Luis cada vez que llegaba de noche a buscarme, que hubieran sacado de quicio a cualquiera.

—Oye, gordi, el trabajo nuestro es así.

—Mira. Pepe Luis, estáte tranquilo. ¡Yo no sé! En este país ningún delincuente actúa de día. De noche siempre. Y los fines de semana se desbocan.

—Pero, gordi...

—¿Gordi de qué? Horita tu mujer está más gorda que yo y tú le dices Flaqui.

—Es verdad.

—Ah, bueno.

Escuchaba sonriendo desde el cuarto, mientras me abrochaba los zapatos. Igualito ocurría cuando era yo quien iba a buscarlo de noche a su casa. Araceli se encrespaba, traía tibio el café, sonaba algún portazo y cuando nos marchábamos, Victoria y ella nos arrancaban por teléfono todas las tiras del pellejo, consolándose recíprocamente por los disgustos que sus maridos les ocasionaban. Claro, hasta cierto punto era comedia y mecanismo de autocompensación. Comedia porque eran muchos años unidos para ignorar que los dos carecíamos ya de vocación donjuanesca o virilidad sobrante, autocompensación porque lo anterior debe ser un poquito decepcionante para cualquier mujer. Tal vez sea difícil acostumbrarse a ir viendo cómo la tensa piel juvenil va cuarteándose con los años, que el arrollador fuego pasional de los primeros tiempos disminuye sus llamas, que el cabello encanece en las sienes y el pecho, que otras mujeres hermosas ya no miran con disimulada codicia al hombre propio. Ay, este largo aprendizaje de ser cada vez menos con cada día más.

Efectivamente, era Balceiro. Pepe Luis tocó en la puerta y yo me agaché junto a ella, hacia el lado que abría, con un tolete en la mano. Tal cual sucede en las peores películas, cuando el español preguntó quién era, mi compañero dijo ser el carpetero con un mensaje que había dejado una joven rubia. Abrió la puerta el mínimo indispensable, pero el tolete cupo entre el marco y la hoja a nivel del piso impidiendo cualquier cierre brusco, Pepe Luis empujó con el hombro, entró y lo encañonó, mientras yo retiraba el tolete, pasaba y cerraba.

Empezó por negar su identidad, se hizo el ofendido, amenazó con llamar al Cónsul, dijo que personalmente se encargaría de que nos expulsaran de la policía, mientras registrábamos su cuerpo y habitación, pero cuando fue agotándosele la energía y aumentándole el susto notó que no respondíamos e hizo silencio.

—¿Ya? —dijo Pepe Luis.

El infeliz quedó perplejo, luego asintió con la cabeza y, por último, rompió a llorar. Feo espectáculo ese de un hombre mayor llorando como un niño. Antes de medio minuto se controló, sacó un pañuelo, sonó su nariz, guardó la tela en el bolsillo y levantó el rostro.

—A su disposición, señores.

—¿Dónde está el arma, Balceiro? —preguntó Pepe Luis.

—La tiré en una alcantarilla.

—¿En qué calle?

—No recuerdo. Creo que fue por Santos Suárez.

Habíamos acordado dilucidar eso primero que todo, en los momentos iniciales de la sorpresa, antes que volviera a ser dueño de sí. El técnico en balística se encargaría de probar que el proyectil extraído del cuerpo de González Rebollar provenía del revólver o pistola propiedad de Balceiro, y chirrín chirrán. Pero

bastaba mirar los ojos del detenido para saber que en verdad no se acordaba del sitio donde la arrojó.

—Haga memoria.

—Palabra de honor que no recuerdo.

Eso ocurre; la persona queda en tal estado de confusión mental cuando se le enfría la sangre y comprende la barbaridad cometida, que olvida lugares donde estuvo, tiempo transcurrido y personas que vio. Es un curioso fenómeno psíquico que puede durar cinco minutos o tres días, con frecuencia observado en crímenes pasionales.

—¿La botó el mismo día de los hechos?

—Sí,

—¿A qué hora?

—Por la tarde... o tal vez estaba anocheciendo.

Nada significaba aquella implícita aceptación verbal de culpa, mientras no se lograra la firma de una confesión, y nos trasladamos de inmediato a la Judicial, aunque sin mucha fe en lograrla. Los minutos transcurrían y Balceiro recuperaba la compostura. Ya en el auto pidió hablar con un abogado, al llegar a mi despacho renovó la solicitud y cuando tratamos que declarara, se negó rotundamente. Yo gritaba y gesticulaba en el papel de malo, Pepe Luis le razonaba en voz baja actuando de bueno, pero Balceiro negaba con la cabeza a toda pregunta que significara reconocimiento de delito.

—¡Usted le dijo al teniente que había botado el arma en una alcantarilla de Santos Suárez!

Negativos giros de la testa a derecha e izquierda.

—¡Pero, ¿me va a decir que soy un mentiroso?!

Idénticos movimientos. Tenía un cuello fuerte, tallado a hachazos sobre hombros sólidos, ya recubierto de la grasa que el ocio coloca, capa a capa, sobre músculos poderosos en la juventud.

Poco cabello quedaba en su cabeza, cara clásica para la nacionalidad, ancha, rellena en los pómulos, de espesa barba bien rasurada, con mandíbulas y mentón cuadrados. Casi seguro uno de aquellos inmigrantes que llegó adolescente a principios de siglo y conjugando trabajo fuerte, habilidad mercantil y falta de escrúpulos, hizo fortuna.

—Escuche, Balceiro —intercedía “el bueno”—, no es prudente complicar innecesariamente su situación. Hay testigos, declaraciones, evidencias; le conviene exponer su apreciación de los hechos.

—Con un abogado delante.

Como no podíamos oponernos, llamé a la casa de Castélliz Govín que —oh, coincidencias de la vida— era el socio de bufete de Miró. Lo pusimos en la celda, retorné al despacho y empecé a llamar por teléfono a todos los cronistas policiales de periódicos matutinos.

Antes de darles la noticia, exigía el compromiso de publicar no más de una columna en página interior, con titular de primera plana que no excediera las dos columnas en tipo pequeño. Aceptaban porque peor era indisponerse con una fuente y sólo entonces decía lo imprescindible. Con **El Crisol** la bronca fue de ampanga y tuve que ceder, pues era ilógico que siendo el asesinado un redactor de aquel órgano de prensa, la noticia tuviera similar destaque que en los demás. A todos convencí para que emplearan siempre el calificativo presunto antes de **culpable, asesino** o cualquier otro adjetivo. A la mañana siguiente llamó Salas para felicitarnos y pedir detalles, fuimos alabados en un par de editoriales y trasladaron a Balceiro para el Castillo del Príncipe.

Así son casi todas las verdaderas historias policíacas que no involucran delincuentes profesionales. Un acto irreflexivo, fuga, soplón, captura, encausamiento y juicio. Nadie descubre al

culpable recogiendo un polvito que el zapato del criminal dejó bajo la jaula del canario; ningún tío de la víctima hace una labor deductiva probando que fue el corredor de bolsa arruinado quien ató un cordel a la escopeta de caza colgada sobre la chimenea, para apoderarse de las joyas. Si no te gusta, bota esto y lee a la señora Christie.

—El 8 de enero pusieron una bomba en la peletería de Neptuno y San Nicolás: se desbarataron las vidrieras, de cuatro comercios. El día 9 hubo una manifestación en Santiago de Cuba, el 12 metieron otro bombazo en la Calzada de Vento, el 30 los mojoneros del Instituto de Santiago dijeron que estaban en huelga, sacaron cartelitos en contra del Canal Vía Cuba y... ¿quién dio tolete?: el SIM. El día 10 de este mes también fue el SIM quien prendió a Pelayo Cuervo y a Vicentina Antuña, porque los muy cabrones formaron una asociación conspirativa llamada Asociación de Latino América Libre, anoche reventó otra bombita en la calle Línea, ¡¡y la policía de este país comiendo mierda, todo el mundo bacilando, cogiéndole la plata a los apuntadores y a las putas, hay quien tiene tres queridas con casa puesta!! ¡PUES SE VA A ACABAR EL MAJASEO, COJONES! ¡AQUÍ HAY QUE PRENDER AL SUN SUN CORDA! ¡PALOS Y TIROS, COÑO! ¿O ustedes se creen que el General va a tomar posesión con bombitas reventando y manifestaciones que gritan “Abajo Batista”? ¡AL QUE NO META EN CINTURA SU DEMARCACIÓN, LO BAJO A VIGILANTE DE TERCERA, COÑO!

Salas Cañizares se detuvo a coger aire. Estaba rojo, sofocado, en su barbilla la papada temblaba de ira y tenía los puños crispados de rabia. A pesar del frío, cada vez que levantaba el brazo para

golpear el cristal de la mesa, en las axilas de la guerrera se marcaba una extensa mancha de sudor. Daba la impresión de hallarse al borde del paroxismo histérico.

—¿Qué les pasa a ustedes? Hay que acabar con la oposición, coño. Al que reparta una proclama, cien toletazos por el lomo para que diga en qué imprenta la tiró y luego..., a ir p'allá y desbaratarla completa. ¡Que no quede ni una maquina entera! Al que meta un mitin, dos culatazos de Esprinfil por la chola, para que se pase seis meses en el hospital. Y al que cojan poniendo un petardo, ¡¡LO MATAN, COÑO, LO MATAN!!

La mayoría de los asistentes a la reunión miraba la superficie de la mesa, evitando aquellos ojos saltones que giraban en sus órbitas en busca de algún discrepante. Se sabía que cuando Salas estaba en semejantes condiciones, lo mejor era hacerse el sordo.

La flor y nata de la policía cubana asistía al cónclave. La plana mayor, los siete jefes de divisiones, los jefes de distrito y todos los jefes de demarcación de La Habana. Los Piedra Carratalá, Martín Pérez, Larraz, Casals, Abejón Puñal y comparsa. Tres personas eran invitados especiales: el coronel del Ejército José María Salas Cañizares, hermano y ayudante de campo del jefe de la Policía Nacional, el teniente Esteban Ventura Novo, de la Policía Motorizada y el capitán Leonardo Velasco, de la Policía Judicial. Era el 12 de febrero de 1955.

—Oigan bien lo que les voy a decir. Mañana va a haber una manifestación en la Universidad, porque se cumplen dos años de que murió el Rubén Batista ese; quieren ir hasta la Punta con unas coronitas de flores para entonces empezar a hacer discursos. ¡¡A partir de este momento queda acuartelada toda la policía de La Habana, coño!! ¡Porque nosotros vamos a ir a la manifestación esa, y vamos a meterle tiros y palos a todo el que vaya ahí! ¿Cómo

carajo vamos a dejar que nos cojan la iniciativa en la calle? ¡La calle es nuestra, coño! ¿O qué se han creído?

Nueva pausa, esta vez para reencender el tabaco que, olvidado y frío, reposaba en un casquillo de proyectil artillero convertido en cenicero, no exento de cierta belleza artística en los grabados laterales que adornaban el metal. La gente cambió de posición en los asientos, y algunos prendieron cigarrillos.

—Hasta los delincuentes comunes están cogiendo alas. Antier trataron de forzar una ventana en casa del presidente del Shóls Manjátan, un americano que vive en el Contry Clú; todas las semanas me llegan quejas que me ponen la cara colorada. Y eso se tiene que acabar. ¡Se tiene que acabar, coño, O ACABO YO CON USTEDES! Porque el General me ha autorizado lo mismo a degradar a quien no cumpla, que a ascender a los que sepan lo que hay que hacer. Ese que está ahí es Velasco.

Quienes me conocían movieron los ojos hacia mí, los demás observaron la dirección en que se enfocaban las pupilas de Salas y deslizaron la vista hasta el puesto que yo ocupaba. El estómago dio un brinco, pero agarré fuerte los brazos de la butaca, salté a la posición de atención y miré fijo a Salas.

—Éste es el único que en estos días ha hecho algo contra el delito común, cuando prendió al gallego ese..., ¿cómo se llama?

—Balceiro, Brigadier General.

—Anjá. El que mató al periodista; se jodió dando las carreras personalmente, interrogó gente, pasó mala noche, ¡pero cerró el caso, coño! ¿Y de dónde es? De la Policía Judicial, el Cuerpo más pendejo de este país: no tienen ni patrulleros, ni microondas, ni uniformes, ni un carajo. ¡Pero tienen ganas de trabajar, coño! Siéntate, cojones, que pareces una bareta.

—Permiso para hablar, Brigadier General.

—Habla.

—Es imprescindible que mencione la valiosa colaboración del Comandante Larraz.

—Está bien. Siéntate.

Obedecí, y Salas dio una chupada al tabaco. La mirada de los demás, neutra antes de saber por qué se me había mencionado, ahora era de irritación y envidia, salvo la de Larraz, desde luego, que en medio de su euforia se atrevió a hacerme un cómplice guiño de ojo.

—Ventura.

—Ordene, Brigadier General.

—Di lo que tú me hablaste el otro día.

—A sus órdenes. El asunto es que he localizado a un hombre que llegó a Cuba hace un año, con pasaporte francés, de apellido De Jean. Este hombre es trigueño, tiene como treinta y cinco años y vino con la mujer y las hijas, pero a través de algunas confidencias, porque bebe mucho el tipo, supe que en realidad es alemán, que estuvo destacado en Francia cuando la guerra y que era oficial de la Gestapo. Sabemos que quiere poner una perfumería aquí, no comercio, sino producción de perfume, y yo creo que si hablamos con él, le decimos lo que sabemos, podemos usarlo como asesor nuestro y a cambio nos callamos su identidad y lo conectamos con el BANFAIC^[1] o el BANDES^[2] para que le presten el dinero necesario para poner la perfumería.

—Siéntate. Ahí tienen dos ejemplos, uno para el delito común y otro para el delito político. Así tiene que trabajar todo el mundo: actuando, pensando pa'lante, con iniciativa. Ustedes son un grupo de oficiales leales al General, valientes, gente timbalúa, pero se están acomodando, caballero, y se olvidan que esto tenemos que defenderlo nosotros, porque si dejamos que se desarrolle una insurrección, si dejamos que la gente que no se mete en nada se vea aterrorizada por el delito común, por los petardos y las

manifestaciones, ¡entonces sí que nos jodemos todos!, porque el que venga atrás viene al desquite pa'que lo sepan, y si por casualidad los comunistas cogen el poder, ni los negocitos que uno tenga a nombre de la familia quedan en pie. ¡La descojonación completa! Así que hay que dejarse de tanta templeta y borrachera y ponerse pa'las cosas. ¿Alguien tiene algo que decir? ¿No? Pues que se curse la orden de acuartelamiento y a garantizar una buena toma de posesión al General Batista, que es el mejor regalo que podemos hacerle. Pueden retirarse.

Lo mejor de las reuniones que citaba Salas era la brevedad. Recibí algunas hipócritas palmadas de felicitación, la fiera se retiró acompañada de su hermano e inmediatamente fui a pelarme. La frecuencia con que ejecutaba tal actividad era motivo de permanente intriga para Pepe Luis y Victoria, pues para no abusar de la fachada cuando no había algo urgente, estaba a veces mes o mes y medio sin visitar a Ernesto, desatendiendo ruegos de mi esposa y velados comentarios del amigo, “el barbero tiene hijos”, pero de pronto se ponía caliente la cosa y tenía que pelarme el lunes, al siguiente sábado y tal vez cuatro días más tarde, “Pero, pipo, ¿te volviste a pelar?”. Sí, es que pasé por la barbería y dije: “déjame aprovechar”. “Qué barbaridad”.

Ernesto me escuchó con la gravedad que los acontecimientos merecían, pero sin nerviosismo. Al concluir me abrazó muy fuerte. “Gracias, Aries, gracias. En nombre de Cuba, del Partido, de las vidas que a lo mejor salvas sin que tú ni yo lo sepamos. Gracias, hermano, camarada, comunista. Tú has hecho tu parte, deja ver qué puedo hacer yo a partir de este minuto.”

Saltando un poco en el orden de los hechos, adelanto que más o menos a los seis meses de aquello, apareció en el parque de 17, entre 4 y 6 en el Vedado, el cadáver de un hombre con un tiro en la nuca y una estrella hebrea pintada con tiza en la espalda del saco.

Dentro del bolsillo se encontraron dos documentos: una fotografía de ficha de la Geheim Stat Polizei, donde aparecían todas las señas particulares de Gerhard Wilhelm Schaffhaussen, incluyendo huellas digitales que resultaron ser idénticas a las del cadáver; y una hoja corriente de papel donde se había mecanografiado el nombre de Phillip de Jean con una dirección habanera debajo. De algún modo que ignoro, parece que a ciertas personas radicadas en Cuba les llegó un indicativo, lo comprobaron y tal vez el resultado fue que Herr Schaffhaussen estuvo involucrado en algunas matanzas de judíos franceses. La colonia hebrea cubana condenó resuelta y públicamente el hecho, negó cualquier participación en el mismo y se expresó partidaria de siempre juzgar legalmente a los criminales de guerra. Como la noticia circuló rápido, pude darle a Ventura mi más sentido pésame.

Pero el alerta que con toda urgencia se envió a los compañeros de la FEU fue desestimado. Dijeron que no dejarían de venerar a sus muertos por temor a la represión, y a la hora señalada partieron de la Colina. Recuerdo que, encasillado en mis esquemas, pensaba: “pero estos muchachos están locos; se les avisa que los esperan cientos de hombres armados, y siguen adelante”. No era más que incomprensión hacia aquella maravillosa juventud, ocasionada por la incapacidad propia para haber actuado como ellos cuando hizo falta.

Había un ceremil de perseguidoras rondando el barrio y los interceptaron en la esquina de San Lázaro y San Francisco. Disparando al aire y con los toletes policiales en la mano libre, la turba de genizaros arremetió contra la manifestación. Todavía hubo chicos tan guapos que lanzaron puñetazos y patadas antes de batirse en retirada. Los heridos esta vez fueron leves y no hubo muertos pues, según se filtró, Salas Cañizares recabó autorización de Batista para tirar a matar y el dictador la negó ante lo reciente

de las elecciones y lo cercano de la toma de posesión. “Vamos a darle un chance, Rafael”, supuestamente dijo el tirano, “si no recapacitan ma adelante apretaremos la mano.”

Entre el 14 y el 23 se registró una febril actividad con vista a preservar la integridad física del dictador y sus adláteres, el día de la formal asunción al poder. Todo el mundo quería colaborar: el Ejército, la Policía y la Marina de Guerra, el SIM y el SIN, la Secreta y el Buró de Investigaciones, de modo que traté de aislar a la Judicial envolviendo hasta el último hombre disponible en las investigaciones de delitos comunes que se hallaban dormidas o engavetadas. Pero Santiago Rey quiso empezar a flexionar los músculos del aún nonato BRAC, para demostrar que iba a ser un Ministro de Gobernación inolvidable, y me encargó la primera operación de relaciones públicas.

Su cumplimiento tuvo ribetes cómicos, porque salvo la cúpula gobernante y algunos escasos subordinados, nadie sabía a quién demonios yo representaba. El diálogo con los tenientes coroneles o comandantes que me recibían más o menos era: “¿De dónde?” “Del BRAC”, “Y, ¿qué cosa es eso, compadre?” “Es un organismo nuevo”, “Ahhh... y, ¿qué quiere decir PRAT”?, “PRAT no, BRAC, Buró para la Represión de las Actividades Comunistas”, “Ahhh...” A continuación preguntaban cuántos autos podíamos aportar al patrullaje, y yo respondía que ninguno; cuántos hombres, recibía idéntica contesta. Para entonces las expresiones revelaban que estaban pensando, aunque no lo dijeran, “pero, ¿este tipo es comemierda”; yo sonreía, informaba que el Ministro quería estar al tanto de las medidas tomadas, que dentro de unos meses sí íbamos a tener recursos y trataba de enterarme de la mayor cantidad posible de cuestiones. Después, visitaba a Santiaguito y a Ernesto, tranquilizando al primero y siendo tranquilizado por el segundo.

El 24 de febrero, aniversario del Grito de Baire, se dio el Baile del Grito. Los pasos de la coreografía fueron creados por una burguesía que aspiraba a endulzar con azúcar cubano toda la repostería yanqui; los bailarines iban ataviados con hermosas telas importadas, en diversas tonalidades, para crear fracs, chaqués e inclusive hábitos cardenalicios; las bailarinas oprimían sus flácidas carnes con fajas y ajustadores True Form que favorecieran el despliegue de preciosos modelos de Pierre Balmain o Christian Dior, hechos a la orden para la ocasión, realzados con los brillantes, esmeraldas y rubíes que decoraban gargantas, lóbulos de orejas y dedos. La música era dirigida por un señor alto, diplomático él, de sesenta y cinco años de edad, graduado en Yale en 1911, representante de la Equitable Trust Company, propietario de la Bundy Tubing Company, con residencias en Washington, Distrito de Columbia; Grosse Point, Michigan; Palm Beach, Florida y Watch Hill, Rhode Island. Nombre: Arthur Gardner. Cargo: procónsul.

Y el grito, ¡oh, el grito!, tan escrupulosamente ensayado, dicho justo en los sitios que la partitura indicaba, estentóreo, victorioso, proveniente de cientos de gargantas, irritadas faringes de guardaespaldas, criados, soldados en uniformes de estreno, deslumbrante grito por el reberberar del sol sobre los dientes de oro que aquellos ángeles corales habían logrado incrustarse en las mandíbulas, sonaba bajo cúpulas abovedadas, atronador, en su sinceridad, profundo en convicción, cristalino en pureza: “¡Que viva el General Batista!”, “¡Que vivaaaaal”

Después de la ceremonia en Palacio, al mediodía, se efectuó un desfile frente al Capitolio. En la tribuna estaban el flamante presidente y su mujer; Rafael Guas Inclán, el vicepresidente; Santiago Verdeja, el General Tabernilla, Salas Cañizares y comparsa; todos observando el cruce de la infantería, los

guardiamarinas y los tanques. ¿Quién lo hubiera dicho, caballeros? Lo invencibles que parecían entonces, con sus cascos, fusiles, carros blindados, las botas sonando rítmicamente sobre el asfalto.

Temprano entré al Hemiciclo del Capitolio, después de enseñar el pase especial en nueve lugares distintos, para ocupar el sitio que indicó Santiago Rey, encima de su escaño y detrás, al lado del palco donde se ubicaría el señor embajador, a quien debía tener bajo observación constante, no sólo para preservar su integridad física, sino para apreciar cualquier gesto aprobatorio o condenatorio que su rostro reflejara a medida que escuchase la traducción del discurso, e informarlo después al Ministro.

Hermoso salón semicircular con dos plantas, de precioso techo en alto relieve, tachonado de lucernario y vitrales, que proporcionaban una suave y difusa iluminación; columnas jónicas soportando el techo en la segunda planta, piso y paredes de mármol negro vetado en verde y gris. En la planta inferior, bancas de madera fina bien barnizadas y orladas en bronce brillante; el alto rostrum poseía detrás una amplia pared revestida en mármol, cuya sección baja contaba con un grupo escultórico a la usanza de la república romana, y en la superior, molduras de bronce coronadas con el escudo de la República. Entre las bancas y el rostrum, un engendro circular para taquígrafos con oculta escalerilla que les permitía relevarse inadvertidamente. En la planta superior, hileras de balcones flanqueados por columnas, y detrás de estos, otras gradas cercadas para el público, donde tal vez pudieran sentarse unos mil guatacas. Algunos candelabros de tres bujías complementaban la iluminación sin estridencias.

El sitio de pronto se vio colmado cuando concluyó el desfile y la expectativa fue creciendo a medida que se aproximaba la hora anunciada. Al fin, el tirano hizo su entrada y todos nos pusimos de pie para aplaudir. Vestía un traje de espléndida gabardina gris

oscura, saco con solapa de ancho prudente y tres botones, el último abierto, camisa blanca y corbata de pequeños rombros rojos sobre fondo blanco. El pelo lacio, peinado hacia atrás, era negro y abundante; los labios rellenos y la nariz algo chata, traumatizantes reveses genéticos por ocultos y renegados antepasados africanos, se distendían en una sonrisa pletórica de satisfacción, olvidado de los muertos, los presos, los hambrientos y de su hijo maricón (única gran tristeza), rebosante de salud y confianza, iniciando aquella fase de la vida que le permitiría arrasar con la quinta y con los mangos, para tener, al fin, una vejez segura y tranquila.

Su voz llegaba brillante y serena en la oración que, muy cerca del inicio, se adentraba en los aspectos internacionales:

En la sola excepción del trato internacional están la Rusia soviética y su imperio esclavizante. Cuba es —y seguirá siendo— por sus tradiciones históricas y por su firme convicción democrática, enemiga confesa del bárbaro régimen ejercido por Rusia. El pueblo de Cuba tiene echada su suerte, en el caso infortunado de una guerra de agresión, junto a las naciones unidas y, muy particularmente, a la de su gran aliada, la Nación Norteamericana, baluarte y dique que sirve de poderoso escudo contra los afanes del poderío y expansión que alimenta la Rusia comunista.

Era preciso poner el parche bien al principio, que todo el mundo conociera que la Ley Mordaza no era mero ejercicio legislativo, que en Fulgencio Batista y Zaldívar, su Nación Norteamericana con mayúsculas tenía el más rendido e incondicional títere dispuesto a encarcelar comunistas, forzar su expulsión de los puestos de trabajo, perseguirlos con saña y matarlos si era preciso. Además, esto abría la posibilidad para liquidar sin contemplaciones a quien, no siendo comunista, se

opusiera al régimen. Bastaría con calificarlo de tal y asunto resuelto. El procónsul sonreía aprobatoriamente. Más adelante hizo otra imprescindible profesión de fe.

De ahí que mi gobierno considere su deber primordial, no sólo manifestar el más absoluto respeto por la gestión privada, esencial en todo régimen democrático, sino brindar a sus inversiones toda clase de protección y garantía.

Hizo un tímido llamado a la Nación Norteamericana para que, por favor, escuchen nuestras peticiones de que el saldo de la balanza comercial no puede ser siempre favorable a ustedes, que el precio del azúcar está muy bajo y deben, si no le es molestia, subirnos un poquito la cuota de exportación, porque figúrense, el 84 por ciento de las exportaciones cubanas son de azúcar y, vaya, de palabritas y palos sólo no vive la gente, así que, si no es un gran sacrificio para ustedes, déjenos caer alguna tierrita, porque a lo mejor va y un día la gente se encabrona de verdad y esto se jode.

Alrededor de una hora consumió el discurso. Cuando concluyó Batista, el Hemiciclo se vació en la mitad del tiempo que demoró para llenarse, apresurados todos para ir a las fiestas vespertinas donde, financiado por el Presupuesto Nacional, es decir, por el pueblo de Cuba, fluirían ríos de champagne, whisky y cognac entre islas de faisanes, pavos, cerdos, caviar, langostas y cangrejos. Yo estaba agotado, física y espiritualmente, además que tampoco me habían invitado a la recholata, por lo cual marché al hogar, tomé una ducha, comí algo y me senté en la sala con una botella de Matusalén y un vaso. Victoria acostó a las niñas, encendió el televisor y se sentó a mi lado.

—¿Qué tal fue?

—¿Qué?

—Los actos, la toma de posesión.

—Vi de lejos algunas cosas.

—¿De lejos? ¿Con el mejor traje, los zapatos nuevos y la corbata que costó doce pesos? Además, yo vi las invitaciones y los pases anoche, cuando cepillaba el saco.

—Bueno, tú sabes, lo habitual. Discursos, brindis, parada militar.

—Y tiros y muertos.

—¿Dónde?

—No te hagas el ignorante.

—Es cierto, hoy no tuve tiempo de abrir un periódico, aunque, espérate, oí algo de dos muchachos que anoche les explotó una granada.

—Sí. A uno le amputaron un brazo y, al otro, tres dedos, según **Prensa Libre**.

Tomé un trago y puse de nuevo el vaso en su sitio. El licor iba aflojando la tensión nerviosa y relajaba el cuerpo. Pensé que no debía acostumbrarme a eso, pero la reflexión siempre llegaba después que había consumido tres o cuatro buches.

—Leonardo.

—Dime.

—Yo era una niña cuando el Machadato, pero tú eras ya un muchachón.

—Umjú.

—¿Cómo fue la cosa?

—Yo venía a Cuba en las vacaciones solamente, estudiaba en Boston, ¿recuerdas?

—Pero, bueno..., en esos meses...,

—Tiros, bombas, muertos, torturados. Los viejos trataban que me llegara lo menos posible, pero era imposible dejar de ver y escuchar.

—Dice mamá que fue horrible... y que ella ve las cosas tomando el mismo rumbo ahora.

—Umjú.

Victoria se puso de pie y apagó el televisor. Caminó hasta mí lado, recogió el vaso, lo rellenó de licor, tomó un sorbo y me puso en los labios el recipiente para que la imitara. Luego tornó a su sitio.

—Este gobierno no me gusta. Esta gente es mala.

—Tienes razón.

—¿Que tengo razón? Pero Leonardo, ¡¿tú dices que tengo razón?!

—Eso dije, sí, ¿por qué no?

—Ven acá, espérate un momentico. ¿Tú no tomaste la Judicial el 10 de Marzo?

—Sí, señora.

—¿A ti no te ascendieron? ¿No estás enredado hasta las orejas con los batistianos?

—Sí, señora.

—¿Y dices que esta gente es mala y que no te gusta?

—Eso mismo digo.

—Me cago en...

—Ese vocabulario no es apropiado en mujeres lindas.

Victoria sonreía en confusión y alivio, descargada de la gran angustia, los bellos ojos iluminados y un color sonrosado en la faz, pero nuevas inquietudes la fueron enseriando poco a poco. No la dejé empezar.

—Este gobierno está integrado por los peores ladrones y criminales que existen en Cuba, y no ahora, desde el mismo 10 de Marzo. Esa es mi opinión. Si esa opinión la sabe alguno de ellos, lo más probable es que me maten.

—¡Leonardo!

—Así mismitico, me matan. Te lo he dicho para no seguir viendo cómo te crece por dentro, día tras día, esa angustia de pensar que te casaste con y le pariste a uno de la misma calaña que esos sinvergüenzas. Del celo con que guardes este secreto puede depender mi vida. ¿Está claro?

—Pero, viejo..., ¿cómo tú...? Quiero decir que..., no sé, esto cada día se va a ir poniendo más malo, tú eres capitán de policía, te pedirán que reprimas, que prendas gente...

—Ese puente lo cruzaré cuando llegue a él. Vive confiada que nunca voy a hacerle daño deliberado a ser humano alguno, sea revolucionario o delincuente común, y en la medida que pueda ayudar a derribar esta tiranía lo haré, como lo estoy haciendo y como lo hice antes. En absoluto secreto, mediante gente de toda mi confianza. ¿O.K.?

—¡Qué alivio!

—Quiero que me ayudes de algunas maneras sutiles, pero importantes. Como venimos haciendo, mantener a las niñas ignorantes de mi trabajo, nunca me pongo uniforme, nunca han visto el arma, las esposas, nada de eso, así que papá es oficinista. Creo que en el barrio nadie sabe a derechas mi apellido, por esta vida aislada que mantenemos: eso hace posible la discreción y si alguien pregunta qué yo hago, la respuesta de siempre.

—Jefe clase tercera en el Ministerio de Justicia.

—Anjá. Nunca he llegado o salido de aquí en carro patrullero, ni siquiera en uno con chapa oficial, el único visitante es Pepe Luis...

—Espérate, ¿Pepe Luis está...?

—Hablo de mí. De más nadie. ¿Qué tú crees?

—Pepe Luis es demasiado hombre para tragarse a estos hijos de puta.

—Punto final.

—¡Es que Araceli está tan desesperada como yo!

—Ese problema es de ellos dos. Si algún día, sin aviso previo llega aquí algún oficial del Ejército o la Policía a buscarme y salimos juntos, a la mañana siguiente empiezas a leer los anuncios clasificados y alquilas otro apartamento bien lejos y sin decir a nadie para dónde nos mudamos. Si la cosa se pone muy mala y no puedo controlar los acontecimientos, nos divorciamos, tú vives sola con las niñas...

—¿Tú estás loco?

—...nos vemos de vez en cuando en lugares seguros y cuando se acabe esta pesadilla volvemos a la vida normal. Habría que hacerlo así en último extremo, no discutas que me diste cuerda y ahora no voy a parar. En la cuadra y el edificio, sé cortés pero remota con todo el mundo, aparenta superficialidad cuando sea imprescindible, tú sabes, la moda, el cine, los cantantes y cualquier comentario político lo rechazas con un encogimiento de hombros y dices que de eso no sabes nada.

—La perfecta comemierda.

—Te estás volviendo mal hablada, ¿vamos a dormir?

—Vamos a la cama, que es distinto, a ver si te dura la cuerda.

La viuda de González Rebollar era una mujer agradable, cercana a los cuarenta, de maneras correctas y suaves, que llevaba con dignidad su luto. No usaba maquillaje, vestía de negro, anudaba su pelo tras el cuello y los ojos grises reflejaban una genuina tristeza interior, de esas que no necesitan el alarido y el lagrimeo. Las manos, delgadas y blanquísimas, reposaban sobre los muslos, en calma casi absoluta, violada sólo imperceptiblemente cuando enfatizaba alguna expresión, algo rarísimo en esta tierra de

manoteos, donde la solidez de un argumento depende del largo de los brazos.

Vilá había llamado dos días antes, indicando el interés de la señora en dar su agradecimiento personal por la captura del asesino y la discreción con que se llevó el asunto. Decliné la invitación lo mejor posible aduciendo un gran cúmulo de trabajo y, como dicen los diplomáticos, testimoniando mi más alta y distinguida consideración. No es bueno meter sentimientos personales en el ejercicio de la medicina ni de la autoridad, además que por experiencias anteriores sabía la frecuencia con que tales encuentros concluían en ataques histéricos, súplicas para que matara al asesino por cinco mil pesos, acusaciones de estar vendido cuando me negaba y parecidas burradas.

A la tarde siguiente, recibí una llamada telefónica de la señora Graciela María Bernal. “¿Quién es esa?”, pregunté al telefonista de guardia, pero el hombre no tenía la más remota idea y puso la conexión. Se identificó, habló despacio sin temblores en la voz, me invitó a que pasara por su casa y acepté casi sin darme cuenta.

La residencia en la calle 17 del Vedado era grande sin ser majestuosa, de dos plantas y con entrada lateral a un garaje, sobre el que dormía la servidumbre. El interior era peculiar, marcado a diestra y siniestra por la dominante personalidad del periodista muerto. Una cabeza de antílope cazado en África en la sala, en la biblioteca dos pasquines de corridas taurinas mexicanas, cuadros provocativos en su modernismo, un telescopio mediano y libros, libros, libros, libros. Si aquel hombre leyó la cuarta parte de ellos, fue una enciclopedia ambulante. Graciela hizo una descriptiva introducción sobre objetos decorativos mientras tomábamos asiento, sirvió jerez en dos copas, habló de sus hijos con amor y cuando ya me estaban doliendo las mejillas ante el esfuerzo facial

que exige una fija sonrisa cortés, calló, miró sus manos y luego me taladró con aquellos grandes, tristes y grises ojos.

—Le pedí que viniera porque deseo agradecerle la manera rápida en que halló al culpable. Además, entre Vilá y usted lograron que en la prensa se tratara el hecho con un mínimo de... estridencia. Eso también fue importante; usted sabe, los niños, la escuela...

—Claro.

—Vilá lo pone a usted por las nubes. Dice que es honesto.

—Ceguera de amigo.

—Alfa coincide con él.

—¿Alfa?

—Sí. Somos amigas. Me habló de una vez que usted la ayudó. De hecho, fue ella la que me aconsejó pedirle opinión, quizás, inclusive intervención.

—¿Ah, sí?

—Sí.

La mano derecha se movió un par de veces, dos centímetros apenas, enfatizando el asentimiento. ¿Estaba surgiendo una chispita en lo último de aquellos destellos grises? Confundido, levanté la guardia.

—La verdadera causa por la que Balceiro mató a mi marido no fue la tipa esa.

Dijo tipa como quien escupe. La miré sin pestañear y ella permitió unos instantes de silencio para que la revelación trastornara bien mi cerebro.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cuál fue?

—Se lo digo si hace un compromiso conmigo.

—¿Cómo sería el compromiso ese?

—Que no puede revelar la forma mediante la cual supo la realidad.

—Mire, señora, esa promesa no puedo hacerla estando en ignorancia total del asunto. A un policía no le basta con saber algo, tiene además que probarlo; si me dice otro móvil del crimen y ciertamente es real, hay que demostrarlo ante los jueces y eso puede requerir, fíjese que digo puede, a lo mejor no, pero puede requerir revelar la fuente.

—¿En qué circunstancias habría que decirlo?

—Hay mil probabilidades. Podría estar explicándole toda esta noche y no agotaría la cantidad de variantes. No sé si usted tiene pruebas, si se apoya en una declaración verbal o escrita, de una persona o de varias, con o sin antecedentes penales, sí es un anónimo, en fin... Pero déjeme aclararle algo: el móvil no es el crimen. Si Balceiro es culpable, sea el móvil uno u otro, se le juzgará y condenará por el asesinato de su esposo, no por la causa que existiera para cometerlo.

—Pero con el móvil... aparente, quedarían limpios de polvo y paja muchos degenerados y... la tipa esa.

Esta mujer era engañosa. De nuevo escupió el “tipa” con poderosa emoción contenida y relampagueó en sus ojos el odio. Daba la impresión de ser un volcán rugiente enmascarado bajo un rígido control externo y me abochorné al pensar que tal vez el fallecido hubiera vivido inolvidables noches de amor con ella. Por una vía u otra, Graciela tenía conocimiento de algo importante respecto a la la muerte de su esposo, y cuando una mujer así decide ir al desquite..., arrasa. Había que tratar de manejar ese odio.

—Desde luego que sería injusto al extremo que otras personas involucradas en esto vayan a escapar de la ley si son culpables. Su esposo fue un periodista admirado, padre de familia...

—Que sabía muchas cosas de mucha gente.

—Seguro, esa es la función de periodistas y policías. ¿Cuál cree usted que fue el móvil verdadero?

—Supongamos que...

—Un segundo, señora. Imagino cuántas tribulaciones tiene en su mente y cuánto puede ayudarla descargar algunas con alguien. Si me escoge, me honra. Pero estoy seguro que teniendo una amiga como Alfa no va a emplearme a mí para eso. Luego, esto no puede debatirse sobre la base de suposiciones. La verdad o nada. Yo le prometo, le doy mi palabra, que si confía en mí diciendo el móvil verdadero y las razones o pruebas que posee para concederle esa condición de realidad, trataré por todos los medios a mi alcance de no revelar la fuente, pero puedo verme forzado a hacerlo si concurren determinadas circunstancias.

—Es que... hay una memoria de ese hombre que cuidar, unos hijos que preservar...

—¿Qué pasaría si se sabe la razón real?

—Un desprestigio, mayor aún, público. La prensa...

—Yo trataría que eso ocurriera sólo en última instancia. ¿O prefiere la alternativa que la tipa y los degenerados que usted mencionó sigan bailando, bebiendo y haciendo el amor sobre el cadáver de su esposo?

Quizás la tétrica imagen la conmovió algo, pero nadie podrá quitarme la seguridad de que Graciela estaba decidida, desde antes de invitarme a su casa, a revelar el secreto. La gente de carácter no se deja impresionar fácilmente; ella había pedido referencias primero, lo había pensado bien después y convencida llamó. Estaba tratando de asegurar el máximo de discreción, como es natural, pero iba dispuesta a llegar hasta el final del camino. Deslizó la mano en el interior de un bolsillo de su saya, la sacó con una llave pequeña y me la mostró.

—¿De dónde es?

—De la gaveta de ese buró.

—¿El de su esposo?

—Umjú.

—¿Usted siempre la ha tenido?

—No. Sólo había esta y siempre la tenía Manolo. Él usaba una cadena de oro alrededor del cuello, con una medalla del Sagrado Corazón, y en ella enganchaba la llave. Se bañaba con ella, dormía con ella, jamás se separaba de esta llave. Al principio yo me ponía brava, le decía que él guardaba ahí cartas y cosas de otras mujeres, pero él se reía, negaba, y una vez juró por la vida de nuestros hijos que en esa gaveta sólo guardaba papeles confidenciales. Yo di valor a ese juramento, así que me tranquilicé y no pensé más en eso.

—Y el día de... los hechos, ¿él no la llevaba puesta?

—Sí, sí, claro. Ocuparon sus pertenencias..., un momento, ustedes recogieron las cosas de Manolo, ¿no?

—Sí.

—Y..., ¿usted no vio la cadena y la llave?

—Sí, ahora recuerdo.

Me observó fuerte y despacio, irritada porque tratara de sorprenderla en una mentira. Después sonrió.

—Supongo que tiene que ser así.

—Así tiene que ser.

—Alfa me lo advirtió.

—No se ponga brava. Continúe.

—El abogado nuestro habló en el Juzgado. Levantaron un acta y devolvieron la cadena con medalla y llave, la sortija de compromiso que yo le regalé, la billetera con la foto de los niños. Los primeros días no hice nada; luego, hace como una semana, tuve la idea de usar su cadena, darle mi calor a su cadena...

Hizo silencio y bajó la cabeza. Los hombros registraron dos contracciones ligeras, se contuvo casi de inmediato y secó con un

pañuelo el borde de los párpados. Llegó a mi olfato un suave aroma de agua de colonia exclusiva.

—Pero cuando vi la llave tuve curiosidad. ¿Me entiende?

—Sí, señora. Una curiosidad normal.

—Entonces..., abrí.

—Y..., ¿qué encontró?

Graciela suspiró, se puso en pie, caminó hasta el buró, abrió con la pequeña llave una gaveta lateral y tomó un file. Cerró, devolvió la llave al bolsillo de la saya y retornó al sofá.

—Esto es... un expediente. Es... bochornoso. Manolo gastaba mucho dinero, más de lo que ganaba, pero nunca carecía. Yo... le preguntaba; él decía que tenía suerte en los caballos, en los perros... Ahora es que vengo a saber.

—Aquí está lo de la Aduana, los textileros, Balceiro, lea, lea.

Me extendió el file, abrí y comencé. Estuve quince minutos dando la primera lectura a cuatro páginas mecanografiadas a un solo espacio. ¡Mira que yo soy verraco, caballero! Me había tragado carnada, anzuelo, estay y plomada. Inicié la segunda lectura, más lenta ahora, observando detalles; los márgenes entre párrafos eran irregulares, como quien escribe un segmento, guarda la hoja y días después vuelve a meterla en el rodillo para agregar lo nuevo. Una curiosa redacción, pulida, fácil; telegráfica a veces, prolija otras. Levanté la vista, pero Graciela tenía recostada la cabeza al respaldar del sofá, los ojos fijos en el techo, las pestañas húmedas.

—Yo lo quería.

Fue sin entonación dramática, con tanta sencillez y naturalidad como si hubiera dicho “yo respiro”, y para mí, clara su verdad.

—La creo.

—Fue bueno y malo. Nadie es solo bueno o sólo malo, Podía ser áspero un día y adorable al otro, inmaduro o profundo, amante

o despreciativo, hiriente en un momento y suplicante al siguiente. Cuando reía y cuando metía un piñazo le salía el impulso desde el centro del corazón.

Quedamos en silencio. Reflexioné y luego cambié a González Rebollar de casilla en mi archivo mental. Pasó a la de los inexplicablemente adorados. Allí coloco a un tipo singular de ser humano, a quien la gente quiere a pesar de todo. Lo adoran los hijos, la esposa o esposo, los amigos y amigas, los vecinos y vecinas y... nadie sabe a derechas por qué rayos lo aman. Los hay bonitos y feos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, pero todos son autoritarios y voluntariosos, gustan de imponer su criterio, ofenden y acarician a una misma persona, a veces delinquen, hacen una genialidad cinco minutos antes de meter la pata hasta la cintura... y la gente los quiere. Tal vez sea, como dijo Graciela, porque en todo acto les sale el impulso desde el centro del corazón. De todas maneras era un bonito epitafio.

—Es curioso. Cuando leí eso, pasé horas enteras rabiando al saber la razón por la que lo habían matado. No lo juzgaba a él, creo que ni siquiera me parecía mal que hiciera ese chantaje. Ya hoy, cuando sabía que casi seguro se lo enseñaría a usted, fue que vi lo sucio del delito.

—No se justifique. Usted es distinta.

—No, no me justifico. Razono y ordeno de nuevo mi concepto de la vida.

—Le voy a recordar un refrán, pero entienda el espíritu y no se ofenda por la letra. Ladrón que roba ladrón...

—Tiene cien años de perdón. Sólo que...

No dijo más; tampoco hacía falta. El resquebrajamiento del ídolo, la evaporación del mito, comenzaban dentro de aquella mujer; aún los más agradables recuerdos del hombre amado

estarían siempre envueltos en una sucia y pegajosa niebla. Era mejor así, facilitaría el olvido.

—Hay que precisar algunas cosas, Graciela.

—Diga usted.

—¿Alguien ha visto esto, además de usted?

—Alfa.

—¿Nadie más?

—Nadie más.

—¿Qué quiere usted que yo haga?

—Todo lo que sea posible sin complicarme a mí ni a los niños, sin echar más fango sobre Manolo.

—Con esa limitación, será poco, tal vez nada, lo que pueda hacer.

—Lo que pueda hacer, hágalo. En ese marco, sin salir de él. Si yo fuera una mujer sola, sin hijos que proteger, esos papeles los publicaba mañana en la primera página de los diarios, pero el futuro de mis niños es más importante que cualquier revancha.

—O.K. Dígame, ¿en esa gaveta hay algún otro expediente parecido?

—No, señor.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Puedo llevarme este?

—Pensé en eso. Sí, puede. Todo está mecanografiado, carece de firma y, lo más importante: Alfa lo garantiza. Puede llevárselo.

Retorné a la Judicial, avisé a Victoria que llegaría tarde, y a las ocho y veinte comencé la tercera lectura.

Sábado 27 de febrero/54

En comercios de las calles Muralla, Monte, Neptuno, y San Rafael hay un amplio surtido de telas importadas, con alta calidad y precios bajos. Personalmente visité 11

establecimientos comprobando un comentario accidental de mi esposa. Posible contrabando. Llamaré a Dueñas en la Aduana.

Miércoles 3 de marzo/54

Resumen de las explicaciones de Dueñas: Desde que designaron a Llaneras, director de la Aduana del Puerto, la cantidad de mercancías contrabandeadas se ha multiplicado por cien. Zaydén, comerciante mayorista de efectos eléctricos, importa clandestinamente cantidades fabulosas de refrigeradores, ventiladores, televisores y acondicionadores de aire, vía ferry Key West. Balceiro, mayorista en tejidos, contrabandea telas en cantidades; suficientes para vestir a media Habana. Complicado jefe de la Policía Marítima: Olayón. Entre ellos el dinero corre como el agua por las calles en día de temporal, pero no “tocan” a subordinados que lo ven todo. De ahí la molestia de Dueñas y su disposición a colaborar para modificar ese orden de cosas. Aleluya.

Jueves 4 de marzo/54

Hablé con Aparicio de Comercio. Zaydén resulta impenetrable por estarle pasando 5,000 mensuales a Tabernilla, de quien es amigo desde la niñez. Rumores con mucha posibilidad de certeza dicen que Llaneras pagó a Batista personalmente 350,000 por el nombramiento de Director de la Aduana y todavía se halla recuperando la inversión, así que también es intocable. Estuvo de acuerdo en enviar inspección a Casa Balceiro, calle Monte, y que vayamos a la mitad.

Martes 30 de marzo/54

Full de ases. Almacén de Manuel Balceiro repleto con rollos de tela americana, desde encajes hasta mezclilla. No pudo

mostrar licencia de importación, facturas de adquisición o algo semejante. Afronta confiscación y fuerte multa.

Miércoles 31 de marzo/54

El viejo es un camaján, pero cuando le dije los ‘rumores’ que habían llegado al periódico y mi interés en confirmar antes de publicar, se puso lívido. Dijo que todo era un extravío de documentos, un malentendido, que el asunto se arreglaría. Expliqué el deber del Cuarto Poder en mantener informado al público y le di de plazo hasta el sábado para esclarecer con Comercio, o de lo contrario meto en prensa la historia. La fruta está madura.

Viernes 2 de abril/54

Dueñas informa que Balceiro y Zaydén no salen del despacho de Llaneras. También Olayón. Aparicio —cabrón que es— se ofendió cuando Balceiro le ofreció 5,000. Sacamos jodedera, porque yo necesito plata, pero dice que por lo menos le tumbaremos 10,000. **Dominus vobiscum.**

Sábado 3 de abril/54

Ad pedem litterae. A las 9 de la mañana llamó Aparicio y nos vimos en el Mar y Tierra. La noche del viernes el gallego soltó 10,000. 5 y 5; de lo mío 1,000 a Dueñas. A las once telefoneé a Balceiro y me invitó a almorzar a La Tasca Española. Quiere decir que me investigaron y saben que es ese mi sitio favorito. Explicó que Comercio se había mostrado conforme tan pronto aparecieron las facturas trasapeladas y enseñó una copia del acta. Me entregó 500 para que los donara a la Dirección del periódico como muestra de admiración ante nuestra responsable política editorial. Cuando concluimos el “business meeting” llamó por teléfono y, al rato, llegó una españolita que es un

caramelo: María Luisa Pereda. Magnífica forma de acallar mis remordimientos de conciencia. Tengo que dejarlo tranquilo un mes, por lo menos.

Lunes 17 de mayo/54

Publiqué un editorial sobre la necesidad de proteger la industria cubana del contrabando. Quedó bueno. Que si la desleal competencia obligaría al cierre de fábricas, que si se perderán puestos de trabajo, que “se estrangula en la cuna el esfuerzo de industrialización diversificada”, que si hay desaliento en los inversionistas extranjeros y pérdida de ingresos al fisco por concepto de aranceles. El copón bendito.

Miércoles 19 de mayo/54

Balceiro me invitó a visitarlo. Estaba cabrón, pero lo disimulaba. Ofreció 100 al mes y acepté. Por algo hay que comenzar.

Jueves 5 de junio/54

Destapé la caja de Pandora. La textilera Ariguanabo, la Concordia Textil, la casa Giralt y Westinghouse anunciándose a plana completa en el periódico y dijeron claramente que deseaban materiales combatiendo el contrabando. El dueño está contentísimo. Qué lío. Le subiré la parada a Balceiro.

Sábado 21 de junio/54

Anteayer pedí 200 mensuales al gallego. Se negó, así que tuve que sacar otra carta. Le expliqué que sus contribuciones al fortalecimiento de una prensa libre y democrática debían contar con aportes de Llaneras y Zaydén. Abrió la boca de sorpresa y al recuperarse dijo que lo pensaría. Ayer Dueñas confirmó que por la mañana los tres se reunieron en la oficina

de Llaneras. María Luisa formidable, truco nuevo en cada salida. Antropófaga, ¿o mejor penéfaga?

Lunes 30 de junio/54

Balceiro está entregando lo solicitado. 50 le paso a Dueñas. Hay que subir dentro de un par de meses.

Miércoles 29 de octubre/54

El imbécil me mandó la plata de octubre con María Luisa. En sobre cerrado, claro, pero esa chavala no es boba. Lo llamé esta tarde y pedí 400 a partir de enero. Colgó. Al borde de la apoplejía, supongo.

Viernes 7 de noviembre/54

Fui, invitado por el señor Manuel Balceiro, al despacho del señor Director de la Aduana del Puerto de La Habana, don Julio Miguel Llaneras Martínez. Por si acaso, me hice acompañar de dos guardajurados del periódico, infelices que nada saben, pero aun esperando fuera son testigos y están armados. Cuando Llaneras empezó a explicar que “aquello” no podía seguir así, saqué el revólver, me cagué en su madre y a pleno grito lo acusé de ladrón. No hay mejor defensa que un buen ataque. Rogó por lo que más yo quisiera que guardara el arma y hablara bajito. Ladrón es, pero guapo no. Me dejé convencer. Trató de explicarme que aquella posición no le había caído del cielo, describió el mundo de los negocios, habló de los pequeños márgenes de utilidades y yo... callado. Al final le dije que de no recibir 500 a partir de enero, iba a exponerle todo el negocito a Burke Hedges, quien se está perjudicando mucho con los tejidos de contrabando y es más socio de Batista que diez Llaneras juntos. Estuvieron de acuerdo en contribuir.

Mi gallega es una pantera. Si me descuido todo lo que le tumbe a Balceiro se me irá en ella.

Miércoles 12 de enero/55

Llegaron mis primeros 500. Pero el dueño me llamó ayer y dice que los negociantes que captamos con el primer editorial anticontrabando, dejarán de hacer publicidad en **El Crisol** si no mantenemos vigoroso combate contra ese mal. Al periódico le entran 6,000 mensuales por ese concepto. Voy a tener que coordinar con Llaneras. Seguro que tendré dificultades, si no con un bando, con el otro.

Así era la cosa, compadre. Y el guanajo que escribe haciendo papelazos a diestra y siniestra, mientras a su espalda se descuajeringaba de risa medio mundo. Recordé la magnífica actuación de María Luisa Pereda cuando visité la clínica, la sonrisa complacida de su abogado, la gradual recuperación de Balceiro después del arresto, al comprender por el cauce del interrogatorio que nada sabíamos sobre el móvil real, la tenacidad del comandante Larraz por apropiarse del caso y aquella curiosa pregunta que individualmente formularon dos periodistas la noche que informé a la prensa de la captura del español, pregunta que solo ahora entendía en todas sus implicaciones: “Velasco, ¿y no habrá algo más detrás de todo este lío?” “No, chico, no; el gallego este que se volvió loco por una putica.” “Bueno..., si usted lo dice.” Gente bien informada aquellos periodistas, tal vez chantajistas ellos mismos, con un mundo propio que poseía sus leyes, códigos y comunicaciones, donde lo más que podía hacerse para ayudar a un tipo que brinda una noticia publicable y valiosa era dejar caer una preguntica que parecía boba y no lo era. Los cretinos encaramados en el escenario éramos, una vez más, Pepe

Luis y yo, aunque probablemente Vilá completara el trío porque a una persona de su sencillez y honestidad le hubiera sido imposible fingir de modo tan perfecto.

Lo bonito era que de no mediar aquel documento y el ansia de venganza de una viuda enamorada, tal vez hubiera muerto de viejo ignorando el trasfondo. Capitán de policía, investigador, con cien libros de criminología en la cabeza, pero metiendo la pata con preocupante frecuencia. “Compruébelo todo”, dice una de las reglas fundamentales, pero se desobedece a menudo, a veces por exceso de trabajo, a veces por agotamiento físico, en otras ocasiones por desinterés. Porque en la ficción al investigador nada ni nadie lo perturba, pero en la realidad a veces están trabajándose dos casos al mismo tiempo cuando el jefe llama para agregar un tercero, suena el teléfono por el que la disgustada y celosa consorte informa que el hijo tiene fiebre alta, avisa López la muerte de un amigo que está tendido en la Funeraria Tal; todo ello mientras a uno le duelen los pies con cansancio y le arde el estómago por principio de úlcera, de modo que “yo sé que debiera ir al edificio donde vive la española esa y averiguar bien con los vecinos quiénes la visitan, qué hace, de qué vive, o ir a hablar con la mujer de González Rebollar para saber qué piensa ella; pero, coño, estoy más cansado que el carajo, y quería esta noche ver el juego de pelota y luego echar un... ¡me voy a casa!” Y al otro día también hay explicaciones, distintas pero de igual efecto, y aquello se va durmiendo hasta que le meten un sacudión que lo para de cabeza.

Puse las hojas sobre el buró y tensé todos los músculos del cuerpo en largo estirón. Froté el rostro con las manos y recliné la espalda para meditar despacio. Demoré más o menos media hora trazando un plan y luego marché a casa.

Concluía la tercera ronda de abdominales cuando los primeros rayos del sol empezaron a deslizarse por las ventanas de la sala. Victoria seguramente pelearía, porque una vez más el sudor del torso enchumbaba la camiseta enguatada, humedeciendo el piso con la grasa humana que le mata el brillo; los muslos, por no ser menos, dejaban su par de manchas paralelas un poco más abajo, pero no había otro sitio en el apartamento que ofreciese suficiente espacio para la mínima gimnasia matutina a la que estaba habituado. Reposé un par de minutos, tiré treinta planchas y marché a la ducha. El aroma del café fresco ya inundaba la casa cuando finalizaba de anudar mi corbata, las niñas hacían sus trajines lavatorios y Victoria ponía la mesa del desayuno en aquella preciosa rutina diaria, que algunos hombres no saben valorar lo suficiente. Parece que hay cierta relación inversamente proporcional entre el amor al hogar y la profesión. Por lo general, los que viven en mayor seguridad relativa, con pocas emociones intensas, tienen alguna propensión a hastiarse de la vida hogareña; aquellos que se arriesgan de cuando en cuando, adoran la familia y no logran saturarse en el idilio. Quizás por eso hasta ciertos bandoleros de la peor especie fueron buenos padres y esposos; después, cuando se acomodan como jefes de la banda y no se juegan el pellejo, empiezan a salir con coristas.

Llegué a la Judicial, llamé a Pepe Luis al despacho, cerré con pestillo por dentro y le di el documento. Su rostro tomó el mismo tinte de rosada vergüenza que debió reflejar el mío cuando por primera vez conocí el fondo del asunto y aprecié nuestro papelazo. Le dio una segunda pasada y me devolvió las hojas.

—¡Qué bicho el tipo! —dijo.

—Y nosotros somos un par de imbéciles.

—¡Pero eso no es noticia, compadre! Llevamos veintipico de años de vida echados en este trabajo, nunca chantajamos ni

robamos, además nos oponemos al gobierno de turno; vaya, que no hay que esperar una ocasión así para comprender que somos imbéciles de nacimiento, hijos de imbéciles, nietos de imbéciles y seguro que procreamos imbéciles también.

—Eso es masoquismo.

—Pero también es verdad.

—Entonces..., ¿estás de acuerdo en que debemos hacer algo para joder a algunos cabrones?

—Ciento por ciento. Rehusar sería negar nuestra condición de imbéciles absolutos. ¿Cómo te hiciste de esos papeles?

Explicué la llamada de la viuda, la posterior visita a su hogar y la conversación sostenida. Pepe Luis escuchó, como siempre, con la silla inclinada hacia atrás en precario equilibrio, las manos cruzadas detrás de la nuca, los ojos fijos en el techo y sin interrumpir.

—Está bien. Vamos a oír ahora qué se le ha ocurrido a tu cerebritito para batirnos con los molinos de viento.

Discutimos la idea durante un buen rato, enriqueciéndola con varios toques geniales que elucubró mi compañero, y terminamos riendo a carcajadas ante posibles situaciones imaginarias. Pero entró una llamada de Salas Cañizares.

—Ordene, Brigadier General.

—Echa pa'ca.

—Enseguida, jefe.

—Abur.

—Hasta luego.

Aquel cabrón gordo me ponía nervioso. Dejé en manos de Pepe Luis los papeles del muerto y en auto fui a la jefatura de la Policía Nacional, en Cuba y Chacón. Antes de mí, inesperadamente había llegado Francisco, **Silito**, Tabernilla Palmero, vástago de Pancho, secretario de Batista y coronel del Ejército, de modo que enfrié los

tacones en el antedespacho cerca de una hora, mientras dos ayudantes se ocupaban del papeleo. El hijo de papá era uno de aquellos despreciables jodedores criollos tan frecuentes entonces. Oportunista, ambicioso, exento de escrúpulos, pero dicharachero, cuentista, borrachín y generoso con la plata, como todos aquellos que no deben sudarla. El resultado era “un gracioso”, “un bicho”, “un buena gente” a quien nadie negaba favores y que se estaba dando la mejor vida del mundo. Había más de un González Rebollar en La Habana.

La atronadora risa de Salas se filtraba a través de las paredes cada varios minutos, parte del ablandamiento que Silito empleaba antes de pedir el favor que lo llevaba a visitar a un grande del régimen; después hubo unos quince minutos de silencio que con seguridad recogieron la solicitud y, por último, nuevas carcajadas de Salas ante la broma final de agradecimiento. La puerta se abrió, ambos salieron risueños, Silito hizo mutis luego de saludarme con la cabeza, y Salas se volvió hacía mí.

—¡Qué clase de jodedor es el muchacho este! —dijo a sus ayudantes antes de echarme el brazo sobre los hombros y pasar ambos al despacho. Tomó asiento en su descomunal butacón, dio un chupón al tabaco y sonrió. Después de todo, había convenido una visita que le pusiera de buen humor.

—Así que tú eres gente de confianza de los americanos.

—Bueno...

Dejé flotar los puntos suspensivos para ver mejor cómo valoraba aquello.

—Bueno..., ¿qué?

—Ellos escuchan algunas cosas que digo, cuando me preguntan.

—Ahh..., no jodas. Tú eres de la CIA.

—Yo..., más bien..., colaboro.

—Ven acá, chico. Y entre nosotros, ¿no hay amistad?

—Pero, Brigadier, ¿cómo no va a haber amistad? ¿Quién me ha ayudado a mí? ¿Usted cree que yo soy un desagradecido?

—¿Y por qué no me lo dijiste, eh?

—¿Por qué no le dije qué?

—Ah, carajo.

Era hora de no pinchar más al burro, porque estaba al disparar la coza y apresuré las aclaraciones.

—Bueno, Brigadier, si usted se refiere a lo de la CIA, déjeme aclararle que hace más de dos años estaba por decírselo. Yo pensaba: “El Brigadier General es un hombre discreto, así que no se lo diré a nadie, pero...”

—Pero, ¿qué?, ¡cojones!

—“Pero a lo mejor —pensaba yo—, “cree que se lo digo para impresionarlo, para que me ascienda, para que me respete más”, y el temor a que usted lo interpretara de ese modo fue lo que me detuvo siempre, porque todo el mundo sabe que a usted no le gusta la bamboya ni el figurao, y que cuando conoce a alguien así se lo quita de arriba rápido y entonces yo, vaya, no se lo decía por eso, y ahora resulta que usted pone en duda que yo le tenga amistad y afecto, y eso sí que no, porque por usted yo hago lo que sea, porque es hombre y, además...”

—Está bueno ya. Es que... me jode enterarme de una cosa de un hombre mío por otra gente. A ver, ¿por qué tú se lo dijiste a Santiaguito?

—Eso no fue así, Brigadier. Yo no le he dicho una sola palabra a Santiaguito de que trabajo para la CIA. Él se lo imagina y es verdad, pero yo no se lo he dicho.

—Coño, ¡pero él me dijo que tú le habías pedido que hablara conmigo!

—Sobre mi futura labor en Gobernación, no sobre mi condición de agente de la CIA. Mire, Brigadier: la Embajada le pidió a Santiaguito que yo pasara al BRAC, y él me llamó para cumplir la orden. Claro, ya yo estaba avisado, pero no me venía a la mente cómo decírselo a usted, que fuera a pensar que no quería seguir trabajando a su lado, y entonces se me ocurrió pedirle a Santiaguito que le explicara la razón y él estuvo de acuerdo en mediar en esto, pero yo no le he dicho que soy de la CIA. Palabra.

—A mí sí me extrañó la escuela aquella que tú pasaste.

Me encogí de hombros, levanté las cejas y observé el piso. La humildad personificada. Salas me observaba entrecerrando los ojos, sosteniendo en la boca el tabaco y haciéndolo girar en sus labios con la mano izquierda, uno de sus gestos característicos.

—Bueno y..., ¿qué piensan los americanos de nosotros?

—Están satisfechos, Brigadier General. En primer lugar con el señor Presidente; en segundo, con el general Tabernilla y, en tercer lugar..., ¡adivine quién es el tercer hombre de este país para ellos?

—¿Quién es?

—Usted.

—¿Yo?

—Usted mismo, Brigadier General.

—¿Y por qué yo?

—Parece que es porque llegan muy buenos informes sobre su manera de actuar contra la subversión y el crimen.

—¡Mira para eso!

—Por ejemplo, la reunión aquí el otro día. Cuando informé la manera en que usted presentó los problemas y la forma de afrontarlos, el oficial de la Agencia que me dirige dijo: “Ese es uno de los hombres de este Gobierno que de verdad sabe lo que hace.”

—¿No me diga, compadre?

—Así mismitico, Brigadier.

No había sido “así mismítico”. George Payne escuchó mi informe, miró al techo cuando dejé de hablar y comentó: “Es un animal el tipo ese, pero tiene razón. No se puede perder la iniciativa.” Yo doraba la píldora, pero la píldora era real.

—Está bueno, eso. Esto..., ven acá..., ¿y tú lo informas todo?

—Yo soy amigo suyo y sé lo que hay que informar.

—Así, sí. Yo creo que los americanos son la gente que más nos puede ayudar a nosotros, porque nosotros...

La voz del ayudante crepitó por el intercomunicador, interrumpiendo lo que prometía ser una pieza memorable en los anales de la oratoria contemporánea. Salas frunció el ceño, miró al aparato y presionó el botón.

—Brigadier General, hay una llamada telefónica del comandante Carratalá.

—Estoy ocupado. Teniente, ¿usted no sabe que estoy ocupado?

—Sí, Brigadier General, se lo expliqué al Comandante, pero él insiste porque dice que es urgente e importante.

—Ah, carajo. Está bien.

Salas descolgó el Kellog que reposaba junto a su mano derecha, llevó a su oído el auricular y yo, como siempre, paré la oreja.

—¿Qué pasa, Conrado?

A medida que Carratalá iba exponiendo, Salas se relajaba. Se reclinó en el butacón, puso el tabaco en la boca y los ojos en la pared más alejada; luego empezó a sonreír y yo..., en Babia porque no se oía ni jota.

—¿Y tú tienes al tipo ahí?

Después del fugaz intervalo necesario para tan simple respuesta. Salas espetó: “aguántalo, que yo voy para allá”, colgó y sonriendo me dijo:

—Vamos a ver a Conrado. Tiene una cosa de esas que a ti te gusta.

En tránsito hacia la demarcación correspondiente Salas no habló una sola palabra, pero de haberlo hecho mis oídos nada hubiesen captado. Facundo, su teniente chofer, era uno de aquellos gánsteres vestido de policía, capaces de motivar un desprecio absoluto hacia toda faceta de su personalidad, temperamento o carácter, pero manejando había que clasificarlo entre los mejores del mundo. El individuo era capaz de tejer un sendero de marcha en medio del peor embotellamiento que existiese en la ciudad... ¡a cien kilómetros por hora! Un viaje con Facundo no se olvidaba jamás. El Oldsmobile parecía elástico al eludir obstáculos por milímetros (milímetros de verdad, compañero, le doy mi palabra) a medida que su conductor hacía impecables giros del volante en el arco justo, mientras alternaba las presiones del pie derecho sobre el acelerador, con el izquierdo sobre el freno hidráulico. La mano de oro era la izquierda, porque la derecha siempre reposaba sobre la palanca de cambios automáticos, alternando low con drive, según requiriese más o menos potencia en la respuesta del motor. A estas habilidades, el tipejo añadía un instinto sobrenatural del peligro. Cuando raudo violaba la luz roja de un semáforo, nada ocurría; otras veces, poseyendo el derecho de vía, frenaba en una bocacalle sin razón aparente y ahí mismo surgía de la nada un camión gigantesco que hubiese hecho trizas a los ocupantes del carro. El jefe de la escolta, que viajaba en un segundo carro, llegaba a los lugares diez minutos después que Salas y, permanentemente, pedía por radio la ubicación del auto del patrón, pero Facundo no se molestaba en responder. Aquel Fangio tropical nunca usaba la sirena, pues para él “no tenía gracia” que el tránsito normal le abriese paso, tampoco permitía que mecánico alguno tocara una tuerca del bólido y compartía el asiento delantero sólo con su jefe

y colega de tantos años. En honor a la verdad, si alguien en este planeta se ha acercado a la perfección en el ejercicio de una labor, ese fue Facundo.

Salas Cañizares —como es natural— estaba acostumbrado, pero los que por primera vez montaban su auto, no sabían si tirarse por la ventanilla, echarse a llorar o agarrarse de algo. Ante el riesgo de lo primero y el bochorno de lo segundo, opté por lo último y el artillero que me acompañaba en el asiento trasero no ocultó su diversión ante la segura palidez que debe haber cubierto mi faz durante todo el recorrido hasta la novena estación de Policía, en Zapata esquina a C, Vedado.

Para cerrar con signos de admiración, ya frente al edificio Facundo aminoró la velocidad hasta unos cuarenta kilómetros por hora, giró el timón a la derecha y en cerradísimo corte, el auto ingresó al patio interior, afeitando los muros para detenerse a una pulgada del vigilante auxiliar que había estado barriendo el piso cuando surgió la rugiente mole mecánica. El infeliz quedó estupefacto, boca abierta, ojos dilatados, manos crispadas sobre el mango de la escoba, así que Salas y su chofer rieron de buena gana mientras descendíamos del coche.

Carratalá nos recibió con una alegría genuina para el Jefe y falsa para mí, porque evidentemente no le gustaba ni un poquito tener competidores delante cuando trataba de anotarse un punto. Pero como no podía oponerse, dio buena cara al mal tiempo y pasamos, en compañía del capitán de demarcación, a su despacho.

Allí se encontraba el señor Lino Luaces Mesa, quien según el acta era “mayor de edad, casado, vecino de la calle Nueva, número 272, Vedado, de profesión contador público y de ocupación jefe de sección del 2,75 por ciento en el Ministerio de Hacienda”. El hombre no llegaba a los cuarenta y era más bien de estatura baja, delgado sin llegar a flaco, con pronunciadas entradas en las sienes

tras las que un pelo negro algo rizado estaba peinado hacia atrás; de ojos castaños muy vivaces, poseía un pequeño bigotito que realzaba, en lugar de ocultar, su condición de lampiño. Vestía traje oscuro de excelente calidad, los zapatos parecían diamantes y la armadura de los espejuelos era de oro, pero nada de ello encubría la intranquilidad que manifestaba gesticulando, encendiendo un cigarrillo tras otro y moviendo las piernas continuamente.

En resumen, la noche antes, cuando se dirigía en auto al hogar, lo interceptaron dos individuos que le conminaron, desde el Ford 53 que tripulaban, a parquear en la calle 23. Uno de ellos, vestido de marinero, quedó de pie junto a la ventanilla del chofer: el otro se sentó al lado de Luaces sacó una pistola y se la plantó sobre las costillas. A renglón seguido le recitó los nombres de su esposa e hijos, la dirección del hogar, la del colegio al que asistían los niños, su propio centro de trabajo: en fin, el resultado de un chequeo. Cuando concluyó, el individuo exigió a Luaces treinta y cinco mil pesos con entrega inmediata o de lo contrario... El funcionario expuso no tener esa magnitud de efectivo al alcance de la mano y pidió una semana para reunirlo. Los chantajistas dieron tres días, aclararon lo que cualquier denuncia implicaría y le permitieron marcharse luego de anunciar que por vía telefónica avisarían la hora y lugar para la entrega del dinero.

Luaces tuvo la ecuanimidad necesaria para sobreponerse al susto, marchar al hogar y desde la casa de un vecino telefonar a la novena estación. Allí alguien con sesos escuchó y le instruyeron que al día siguiente saliera para su trabajo a la hora acostumbrada, más, en lugar de ir a Hacienda, debía entrar en un parqueo bajo techo situado en Aguacate y Amargura donde, en un carro particular, dos policías vestidos de paisano lo trasladarían a la estación.

Al arribar le mostraron el fichero y sin vacilación alguna Luaces identificó a Luis Vizoso como el hombre que la noche antes le amenazó, asegurando además que el marinero no se hallaba entre las fotos mostradas. Vizoso era un individuo con antecedentes penales tan extensos como un rollo de papel sanitario. Un año antes había sido absuelto por falta de pruebas en el Tribunal de Urgencia y, desde entonces, su paradero era desconocido. Según Luaces, en la actualidad el extorsionista vestía con elegancia, estaba recién pelado y bien afeitado; es decir, que no parecía un desesperado cometiendo una locura. Estábamos sentados confortablemente cuando Carratalá concluyó el resumen. Salas Cañizares sacó un nuevo y precioso tabaco del bolsillo de la guerrera. Lo encendió y se reclinó en el sofá. Todo el mundo sabía que ahora era su turno.

—Oiga, Luaces, ¿la cosa fue así como dijo el Comandante?

—Así mismo. General.

—Está bien; venga acá..., ¿su papá es rico?

—¿Mi papá?

—Sí, su papá.

—No, señor, mi papá no es rico.

—¿Y su mamá?

—Tampoco.

—¿Cuánto usted gana?

—Yo... gano 131,82 al mes.

—¿Tiene otro trabajo aparte de ese en Hacienda?

—No, señor, no.

—Está bien. No se preocupe, que a usted no le va a pasar nada, ni a su señora, ni a sus chamaquitos, estése tranquilo.

—Gracias, General, muchas gracias.

—Usted hizo lo que tenía que hacer. Nosotros garantizamos su seguridad y la de su familia.

—Gracias, General.
—Ahora, eso sí, hace falta que nos dé una ayudita.
—¿Ayudita? ¿Yo?
—¡Hombre, claro! Sin usted pasaríamos mucho trabajo para coger a esos hijoeputas.
—Bueno.... yo...
—Venga acá..., ¿su señora es rica?
—¿Ehh? No, no, mi señora no es rica.
—Ahh..., bueno. Yo le decía que si usted nos ayuda nosotros, vaya, que cuando lo citen para llevar el dinero usted nos avisa y va a donde le digan, cogemos mansito a esos dos.
—Óigame, General, yo lo ayudo, cómo no, pero nunca he sido hombre de acción. Lo mío es números y cuentas. Yo no sé nada de policía o algo parecido; además, tengo una familia que mantener.
—Yo también, compadre, yo también. Y esta gente que está aquí también. Todos tenemos una familia que mantener.
—Sí, pero es que... ustedes están preparados..., vaya que viven de esto...
—Claro, usted vive de otro trabajo y nosotros de este. ¿Su casa es propia?
—¿Ehh?
—Digo que si su casa es propia.
—Sí, es propia.
—Ah, bueno..., ¿entonces nos va a ayudar a coger a ese hijoeputa?
—Mire, General, la verdad, no se ponga bravo, pero si hubiera alguna forma para que no me vea envuelto en un riesgo grande...
—No, compadre, si el riesgo va a ser chiquitico.
—Yo quisiera, si usted me lo permite, asesorarme con un abogado, ¿ehh?
—Sí, hombre, cómo no.

—Gracias.

—No, de nada. Este, venga acá, hay una cosa que yo no entiendo bien. ¿Serán comemierdas los tipos esos?

—¿Los chantajistas?

—Anjá.

—Pero, ¿cómo van a serlo?

—Tienen que serlo, chico, porque se les ha ocurrido pedirle treinta y cinco mil pesos a un hombre que no es rico, ni tiene padres ricos, ni mujer rica y que gana ciento y pico al mes.

Luaces bajó la vista al piso y los demás cambiamos miradas y sonrisas. Yo me divertía más que con una película de Jerry Lewis y creo que a los demás policías les ocurría lo mismo. El único que no gozaba era Salas Cañizares, porque en sus ojos el encabronamiento iba creciendo por momentos.

Resultaba claro que aquel jefe de sección del organismo fiscal estaba haciéndose rico con fraudes desenfrenados, como miles de otros tipos. Lo mismo ocurría en el Ministerio de Comercio o en la Aduana, tal cual ponía de manifiesto las notas de González Rebollar, pero igual sucedía en Obras Públicas, Comunicaciones, Salubridad y las restantes entidades estatales. Plazas como la de jefe de Suministros eran codiciadísimas, porque dos maneras permitían coger dinero por debajo de la mesa. La primera era pagando precios superiores a los prevalecientes en el mercado; la segunda, aceptando entregas en cantidades inferiores a las facturadas. Cualquier organismo, por estas vías, pagaba cuatro o cinco mil pesos mensuales en exceso y esa magnitud se la embolsillaban a partes iguales el suministrador y el funcionario adquirente.

Desde luego, esos eran los peces chicos. Los ministros, subsecretarios y directores, según sus habilidades personales y el volumen de recursos financieros que manejasen, eran capaces en

dos o tres años de alzarse con varios millones. El Ministro de Obras Públicas sabía que una carretera podía construirse a razón de doscientos mil pesos el kilómetro, pero solicitaba el presupuesto por trescientos mil. Al aprobarse, la diferencia se repartía entre el Presidente de la República, los Ministros de Hacienda y Obras Públicas y determinados congresistas y subalternos conocedores del fraude. Vaya, que en una carreterita de veinte kilómetros de extensión se echaban al pico un par de millonajes.

Usted podía ser mejor chofer que Facundo, pero si no pagaba treinta pesos por la licencia de conducción, el examinador le suspendía cada vez que efectuara las pruebas pertinentes. De ese total, nuestro Santiaguito Rey recibía diez pesos, diez iban para Fulgencio, cinco ingresaban al bolsillo del Director de la Cartera Dactilar y los cinco restantes pagaban el importe oficial y legalmente establecido.

El encabronamiento de Salas Cañizares y del resto de la oficialidad policíaca no era fruto de honestidad alguna. También ellos cogían lo más posible vendiendo protección a prostíbulos, juegos ilícitos, narcotraficantes y otras formas delincuenciales. La cuestión radicaba en la profunda envidia concitada por aquellos “vivebien”, que de un plumazo se birlaban cinco mil en un mes sin levantarse de la silla, en comparación con un capitán o comandante que no rebasaba los mil mensuales teniendo que dar palos, tirar tiros y a veces recibirlos. Como es natural, cuando el burócrata requería auxilio policial, le ocurría lo que Luaces estaba experimentando.

—Bueno, General..., a veces los amigos tienen detalles con uno, agradecimientos cuando uno los sirve, boberías, ¿sabe?, pero que permiten comprar un carro, vestir más o menos, reunir algo para dar la entrada de una casita propia, vaya... y entonces...,

cierta gente piensa que uno es rico, que tiene miles de pesos, y pasa una cosa como esta.

—Ahh..., está bien. Mire, compadre, yo creo que usted debe buscar los treinta y cinco mil pesos esos. Como carnada, ¿me entiende?, para engoar a los hijoeputas esos. Anjá, eso mismo vamos a hacer. Porque yo sé cómo trabaja esa gente. Ellos van a chequearlo a usted hoy y mañana, segurito, como chequearon su casa y su familia, y si no lo ven haciendo gestiones y dando carreras para reunir los treinta y cinco mil esos, van a sospechar que usted ha denunciado el caso, ¿me entiende?, y entonces no los cogemos más nunca y va y peligra su familia, porque no le vamos a poner una posta en la puerta de su casa para el resto de la vida, así que yo creo que eso es lo mejor..., ¿usted no cree?

—Bueno..., yo...

Luaces levantó los ojos para mirar a Salas. Lo que vio en las negras pupilas debe haber sido furibundo, porque de nuevo inclinó la frente y su cuerpo tuvo un instantáneo espasmo, como el que ocurre a quien siente súbitamente frío o pánico.

—Ahora, allá afuera, el capitán va a coordinar con usted para que cuando le digan por teléfono el lugar y la hora donde tiene que entregar el dinero, usted nos avise en seguida y nosotros llegamos una hora antes y cuando sea la cosa los cogemos mansitos, mansitos.

—General, yo pienso...

—No piense, muchacho, no piense, que como usted bien dijo hace un rato, usted no sabe nada de esto. Conrado, dile a los vigilantes que lo saquen de aquí igualito que como lo trajeron y que lo dejen en el parqueo ese. Abur. Luaces.

—General...

—Abur, Luaces.

El capitán acompañó al denunciante hasta la puerta, dio las instrucciones necesarias, cerró y regresó al grupo. Salas chupaba el tabaco mientras elucubraba algo. Ni siquiera Carratalá se atrevía a interrumpir, mucho menos yo o el jefe de la demarcación, pero en la mirada del obeso general había ahora una luz fría y extraña. Estaban completándose el par de minutos de silencio absoluto, cuandoladeó el cuerpo hacia el Comandante e inquirió.

—¿A ti no te tiene jodío ya el Vizoso ese?

—Sí, Rafael. Me tiene bastante jodío.

—¿Él no era de la gente de Paco Prío?

—Él andaba con la gente de Aureliano.

De nuevo Salas calló, aspiró el tabaco, miró al techo y en esa dirección expulsó la columna de humo. Sentado en aquel sofá su barriga resaltaba inmensa, esférica, aprisionada en el azul del uniforme.

—Fíjate, Conrado. Vamos a acabar con el tipo este. Vamos a prepararle una buena encerrona el día que vaya a recoger la plata y se la arrancamos. Lleva Tónson, M2 y M-3, nada de pistolita ni revolvito. Lo quiero muerto y bien muerto antes que lleguen los periodistas con su pendejá de foticos y mariconerías. ¿Está claro?

—Está claro, Rafael.

—Tenme al tanto y avísame con tiempo, que a lo mejor yo voy al baile. Vamos, Velasco.

En el viaje de retorno a Cuba y Chacón, Facundo puso la misma película, pero yo no estaba viéndola. Presenciar una sentencia de muerte es desagradable, aun si el condenado es la más despreciable alimaña, pero aquel poder ciego, absoluto e inapelable, al margen de leyes, pruebas y códigos morales, era aterrador. Meditaba en los enemigos del régimen, en los compañeros del Partido, en cualquiera que siendo revolucionario y trabajador cayese en manos de aquellas fieras por oponerse a la

dictadura. Cuando se observan tales situaciones, cuando se conoce «al monstruo por vivirle en las entrañas», es que uno no se decide entre odiar o compadecer a quienes propugnan soluciones electoralistas, negociaciones y respeto a los derechos humanos. Ya cerca de la Jefatura miré la espalda de Salas, la grasa del cuello rebosando la guerrera, su brazo izquierdo extendido sobre el espaldar del asiento, el sudoroso rostro de medio perfil, los incisivos clavados en el tabaco. Pensé que si por casualidad me tocaba en suerte liquidarlo, seleccionaría un M-3 de acompasado pompompom, metiéndole una ráfaga corta, no más de cuatro plomos, en la panza y luego otros cuatro, un poco más arriba, en el pecho, y después, pasando el selector a disparo individual, clavarte el último en los sesos, sí señor. Es cierto que en aquellos años mi mente estaba contaminándose bastante con la de los asesinos.

Descendimos y retornamos al despacho en medio de los habituales saludos militares y presentaciones de armas que Salas Cañizares dejaba detrás como estela de autoridad. Volvió al butacón, precisó que no había mensajes pendientes y después me encaró.

—¿Por dónde íbamos?

—Hablábamos de los americanos y de cuánto pueden ayudarnos.

—Ah, sí. Pero eso tú lo sabes mejor que yo.

—Mejor que usted yo no sé nada, Brigadier General. Usted es el maestro.

—¿Te gustó la solución que le di al chantaje ese?

—Magistral. Pero..., es mejor reservárnosla, ¿verdad?

—Después que cerremos el caso, díselo a tu gente. Ahora no.

—A sus órdenes. ¿Puedo retirarme, Brigadier General?

—Está bien. Mantente localizado para que veas cómo termina esto. Yo no he pasado escuela en Guáchinton, pero me defiendo.

—A usted no le hace falta escuela. Con permiso.

Salí del sitio decidido a buscar la palanganita en que Poncio Pilatos se lavó las manos, pero me pareció una tarea ardua y terminé restregando las mías con jabón en el baño de la Judicial

Pepe Luis dijo adiós con la mano y cerró la puerta del despacho. Era temprano, las tres de la tarde más o menos, pero me sentía muy cansado, casi extenuado; apreté con los dedos la frente, con las palmas las mejillas y estiré el cuerpo al máximo. Mi amigo había concluido su parte: toda la labor de verificación. El resultado fue que el periodista asesinado no había inventado un solo nombre y tampoco había un solo hecho falso en su acusación de ultratumba. Sabíamos de antemano, por las normales relaciones de trabajo que se establecen entre las instituciones de cualquier Estado, que Llaneras era el director de la Aduana de Puerto y Olayón, el jefe de policía del propio lugar; conocíamos la existencia de Zaydén y, luego del crimen, a Balceiro y a María Luisa; pero mi compañero comprobó que Dueñas y Aparicio laboraban donde indicó González Rebollar, localizó un dependiente del Mar y Tierra, quien recordaba frecuentes conversaciones de este último con Aparicio en aquel bar-restaurant, se cercioró de que la Pereda era una conocida semiprostituta sin nexo sentimental alguno con el muerto o el asesino y, para cerrar con broche de oro, revisó todos los números publicados por **El Crisol**, luego del editorial anticontrabando del 17 de mayo de 1954 y constató el fuerte incremento en los anuncios pagados por importadores de efectos eléctricos y productores nacionales de tejidos. “Ahora me toca a mí”, pensé.

El número 1 fue Payne. Bajé hasta el café de Pancho, entré a una de las recién instaladas cabinas individuales, eché la moneda y cuando respondieron hablé en inglés.

—Hello.

—Con el señor Payne, por favor.

—¿Quién lo llama?

—El señor Richard.

—Un segundo.

Imaginaba que cuando la secretaria dijese: “el señor Richard”, sus neuronas moverían algunas ramitas y pondrían mi imagen en su cerebro. Entonces, extendería la mano hacia el equipo y sería tan lacónico como si estuviésemos hablando en pleno territorio enemigo por una línea interceptada. Profesionalmente muy capaz aquel oficial CIA.

—Hello.

—¿Qué tal, amigo?

—Bien, gracias, ¿Qué sucede?

—Necesito un favor suyo.

—¿Cuál?

—Quiero conversar mañana a las diez antemeridiano con el señor Burke Hedges, pero no tengo quién me lo presente. ¿Pudiera usted?

Pausa breve, unos segundos apenas. Entre él y yo había cuestiones convenidas de antemano, a fin de evitar explicaciones cuando la urgencia nos forzaba a emplear un medio público de comunicación. Por ejemplo, si como consecuencia de mis funciones oficiales se hacía preciso interrogar o detener a cualquier ciudadano norteamericano, debía primero avisar a Payne diciendo sólo el nombre del individuo, el lugar donde le abordaría y la hora aproximada en que esto sucedería; si la razón para hablar con un yanqui era de otra naturaleza, debía añadir que no tenía quién me

lo presentara. El conjunto establecido de contraseñas lo repasábamos una vez cada tres meses, en la aburrida sesión dedicada a lo que se denomina “enlace remoto”.

—Sí, creo que puedo.

—Dígale que lo veré en su oficina de la calle Genios.

—Muy considerado. Desde luego..., usted hablará con el señor Hedges de... ¿negocios?

—Exactamente.

—Haré lo posible. De todas formas, confirme mañana a las nueve. ¿O.K.?

—O.K. Hasta luego.

La confirmación de la mañana siguiente fue positiva y a las 10:05 estaba sentado ante el número 2, el señor Burke Hedges. Enérgico, rubicundo, era hijo de un norteamericano de igual apellido que se radicó en Cuba a principios de siglo. Dayton logró consolidar una fortuna mediante negocios que, turbios al comienzo, alcanzaban ahora mayor respetabilidad, pero por su avanzada edad llevaba años transfiriendo gradualmente el mando a Burke. Educado, como es natural, en los mejores colegios de Estados Unidos, el vástago aprendió todo lo necesario para continuar la dinastía a la vera del patriarca, se casó con una conciudadana llamada Helen Brown y tuvo cuatro hijos: los varones Dayton y James y las hembras Helen y Avis, que ya eran hombres y mujeres con hijos. Burke y su anciano padre eran propietarios de la textilera Ariguanabo, la Cubanitro y poseían otras inversiones, pero el heredero contaba con un gigantesco, aunque intangible, activo en su balance general: la amistad personal de Fulgencio Batista y Zaldívar. Bebían juntos, jodían juntos, pescaban juntos y a lo mejor juntos tenían algunas secretas cuentas indistintas en ciertos bancos suizos. Por semejante nivel de información, Hedges tal vez era el mejor agente de la inteligencia

norteamericana en Cuba y con seguridad le hacían “debriefings” con frecuencia.

La oficina era pequeña e incómoda respecto a sus posibilidades, con secretaria eficiente y fea, así que el individuo no mezclaba el negocio con la diversión. Ni remotamente Payne le revelaría mi condición de agente, y seguro canalizó la solicitud alegando una amistad superficial y cierto interés mío en los negocios, pero como tal vaguedad y el cargo de capitán en la policía no eran dignos de atuendos protocolares, Hedges me recibió en mangas de camisa, el nudo de la corbata a dos pulgadas del cuello y el saco colgado sobre el respaldo de la silla.

—¿En qué puedo servirle, captain Velascou?

—Lend me your ears for fifteen minutes and the profit may reach a million. (Escúcheme quince minutos y la utilidad puede ser de un millón.)

El hombre quedó a mediados de un gesto, plegó la sonrisa de cortesía y me observó con sorpresa. En aquellos tiempos no inflacionarios, la frase que lograba captar la atención de un capitalista al extremo de hacerlo parecer un perro de presa husmeando un rastro, debía contener la magnitud de un millón. Hizo un movimiento de mano indicándome que tomara asiento, él mismo adoptó esa posición y ahora en risueño inglés respondió.

—Por un millón le presto mis oídos al demonio durante quince días seguidos, capitán. Adelante, le escucho.

—Tengo los nombres de las personas que están apadrinando todo el contrabando que llega por el puerto de La Habana. Una parte importante de la importación ilegal es en telas, lo que a usted debe estar costándole caro, porque deja de vender parte de lo que produce su fábrica. Quien se enfrente a los malhechores tiene que reunir la doble condición de perjudicado y persona influyente en el Gobierno, porque los contrabandistas mismos tienen cierta

influencia, y entre quienes yo conozco, el único con posibilidades de llegar hasta el presidente si fuera necesario es usted.

Callé y Hedges quitó sus ojos de los míos. Estaba pensando algo a mucha velocidad y calculé que echaba cuentas. De acuerdo con mi valoración previa, ahora él fingiría tener cierto interés, pero no demasiado.

—Interesante. Sí, muy interesante. Pero si ese contrabando terminara, mis utilidades no crecerían un millón al año, capitán. No, ¡qué va!

El ¡qué va! lo dijo en español. Estaba regateando de entrada, restando importancia a las pérdidas que le ocasionaba la actividad ilegal, pero yo no estaba de humor para aguantar imbecilidades y me puse en pie.

—Lo siento, míster Hedges, sobrevaloré su afectación. Le pido excusas y me marchó.

—¡Un momento! Siéntese, capitán. Siéntese. Estoy interesado, desde luego; me gustaría conocer esos nombres pero..., ¿cuánto vale la información?

—Ni un centavo.

—¿Perdón?

—Nada, no me tiene que dar nada. Oiga lo que le voy a decir.

Lo único que oculté a Hedges fue el documento preparado por González Rebollar que me entregó la viuda. Mezclando lo que en él se decía con las actuaciones del crimen y averiguaciones de Pepe Luis, le hice la historia del pi al pa. El yanqui se estaba desayunando con todo aquello, se le veía en algunas moderadas expresiones de sorpresa que el conjunto de cejas, párpados e iris reflejaban de cuando en cuando.

—...no hay documentos, no puedo probarlo, pero la causa por la que Balceiro liquidó a González Rebollar fue la excesiva extorsión, no la puta esa. Creo que ella ni siquiera sabe por qué el

español mató al periodista. Mi hipótesis es que lo citó allí para razonar con él en un lugar que no fuese público y pidió a María Luisa que se fuera al cuarto para ellos hablar sin testigos. Trató de convencerlo inútilmente, se encolerizó, empezaron a discutir en voz alta, María Luisa debe haber salido con el propósito de aplacar los ánimos y... bang bang. A ella la hirió accidentalmente, lo demás ha sido habilidad de los abogados de Balceiro para embutir a la prensa y a la gente con el cuento del triángulo amoroso.

Burke mantuvo su vista en mis ojos unos segundos después que concluí, y luego asintió. Siguió asintiendo cuando fue al refrigerador, sacó dos Coca-Colas, las abrió y me extendió una. De nuevo tomó asiento.

—Velascou, ¿qué significa eso de que usted no quiere dinero por esta información?

—Sólo eso. No quiero dinero.

—¿Qué quiere entonces?

—Que algo mal hecho deje de hacerse. Si hay industriales extranjeros que invierten sus capitales en Cuba, en esta economía tan necesitada de nuevos puestos de trabajo, son merecedores de que juguemos limpio con ellos. Para eso es necesario que boten a Llaneras de la Aduana y eso se logra si usted convence al Presidente de lo que sucede; pídale que ordene una investigación independiente, si es necesario que arresten y le aprieten las botas a Aparicio y Dueñas, ellos lo confesarán todo, estoy seguro.

—Jesucristo, ¡creí que jamás conocería un oficial cubano honrado!

—Desde luego, tiene que protegerme ocultando mi identidad. No de Payne, desde luego, pero sí de todo cubano. Puede decir, por ejemplo, que antes de que lo asesinaran, el día anterior, González Rebollar le explicó la cuestión.

—Sí, esa sería una coartada plausible. ¿Lo pensó todo, no?

—Nadie puede pensarlo todo.

El resto de la conversación sólo tuvo trascendencia al final, cuando Hedges prometió plantear el asunto a Batista en la primera oportunidad. Salí del sitio satisfecho, agradeciéndole al periodista muerto la idea de amenazar a Llaneras con el americano, porque a mí jamás se me hubiera ocurrido semejante vericuelo. Si era cierto que Llaneras pagó a Batista 350 000 por el nombramiento, sólo un Tabernilla o un Burke Hedges podía lograr su democión, siempre que demostraran estar directamente perjudicados. En lo personal, la maniobra me colocaba muy en alza con los yanquis y en particular con Payne, a quien con seguridad Hedges informaría. Era una de esas rarísimas situaciones en que nada se pierde. Pero para llegar al paso más chévere faltaba el número 3, así que fui directo hasta Gobernación para hablar con Santiaguito.

El poder es del carajo. Hacía apenas una semana que estaba nombrado Ministro y ya lucía distinto, remoto, prodigando benevolencia paternalista del jefazo, asentado y ceremonioso en los movimientos, algo más tacaño en efusividad. Lo observaba dando instrucciones a su jefe de despacho en tanto rubricaba algunos documentos, mirando de soslayo el reloj pulsera para indicarme que alguien importante lo aguardaba y que sólo por tratarse de mí había accedido a esta entrevista súbita. Reprimí una sonrisa al presumir que el almidonamiento le iba a durar poco. Concluyó la sesión de firmas, el tracatrán se retiró y decidí divertirme un poco.

—Tú dirás, Velasco.

—¿Cómo está, Ministro? ¿Cómo se siente?

—Bien, chico, bien. Gracias.

—¿Le gusta el puesto?

—Bueno..., esto... más que todo es una colaboración con el General. Si tú supieras que económicamente... a lo mejor me perjudico porque tengo que restarle tiempo al bufete, que eso sí me da dinero.

—Claro, claro. Bueno, Ministro, cuénteme algo de lo que se mueve allá por las nubes, ¿cómo andan las cosas?

—Este..., Velasco..., estoy un poquito apurado. Tengo un compromiso.

—Ahh... No, no, disculpe. No lo sabía. Es que yo le traía un mensaje, ¿sabe?, de la gente que me recomendó. Pero se lo daré en otra ocasión, cuando no esté tan apurado y...

—Espérate, espérate. ¿Un mensaje?

—Anjá.

—¿De la Embajada?

—Sí.

—Espérate, vamos a ver. ¿Qué mensaje es?

—Bueno. Ministro, tengo que ir un poquito atrás, darle los antecedentes antes de decírselo, porque si no se quedaría con algunas lagunas. Pero primero..., usted sabe que..., vaya, en los puestos públicos todo el mundo tiene derecho a buscarse algo, unos más y otros menos, porque nadie puede vivir con el sueldo que pagan. Eso es natural, todos lo comprendemos y nadie está en contra, pero hay algunos límites que deben respetarse, como por ejemplo, no perjudicar a los inversionistas extranjeros.

—¿Quién se ha atrevido aquí a perjudicar a un inversionista extranjero? ¿Quién? Dime el nombre.

—No, espérese, si el problema no es aquí en Gobernación.

—Ah, bueno.

—Pero se quiere que usted sepa la cuestión, por lo que al final le diré.

—Favor que me haces. Venga de ahí.

—La cosa empieza con la muerte del periodista aquel, González Rebollar, ¿se acuerda?, yo le estuve contando el día que almorzamos juntos. Resulta que...

Como había practicado con Hedges, la versión que presenté a Santiaguito salió más fluida, pero hablé con lentitud, demorándome a propósito para ver cuánto era capaz de resistir aquel abogaducho cienfueguero, descarado y sinvergüenza. Nada, compadre, al tipo se le olvidó lo que iba a hacer cuando supo de quién venía el recado, así que por mucho que arrastré las palabras, iba acercándome a la conclusión.

—...para mí es una incógnita absoluta cómo fue que Hedges se enteró. No sé si González Rebollar le dijo algo antes que lo mataran, no sé si él tendrá alguna fuente informativa dentro de la Aduana, pero lo supo y se molestó, Ministro, se molestó al extremo y habló con el embajador, y ha dicho que además lo conversará con el señor presidente, tan pronto se le presente la oportunidad; usted sabe que el presidente y él son amigos.

—Íntimos, compadre, íntimos.

—Y entonces, como en la Embajada sabían que yo había trabajado el caso del periodista, me llamaron y preguntaron si era cierto lo del contrabando y... ¡figúrese!, ¿qué iba a hacer?, tuve que decir que sí, y el emba..., perdón, el funcionario que me interrogaba, se puso lívido cuando ratifiqué la versión de Hedges. Ayer por la tarde me llamaron otra vez para pedirme que le contara a usted lo sucedido, porque según ellos, en el actual equipo de gobierno, Martínez Sáenz y usted son quienes mejor pueden comprender lo dañino que esto es para la inversión extranjera. Traté de precisar qué colaboración suya ellos solicitaban, y me respondieron que sólo deseaban que si el señor presidente le consulta, le pide opinión sobre este problema, le estarán muy agradecidos si usted expresa condenación y sugiere la sustitución

de Llaneras y, en fin, eso es lo que yo tenía que decirle, aunque si le queda alguna duda...

—Caballero, mira que hay gente animal en Cuba; pero, ¿se creería el Llaneras este que él es más bárbaro que nadie?, ¿que puede matarse a la gallina de los huevos de oro? ¡Qué clase de animal!

—Así mismo, Ministro.

—Mira, Velasco, yo creo que sería bueno que yo le informara este asunto a Fulgencio; que de antemano él sepa lo que...

—Un momentico. Rey, eso no es lo que se le pide.

No pensé lo que dije, se me fue, y al instante comprendí que aquella frasecita iba a definir la futura relación entre el Ministro y yo. Si el hombre se encabronaba porque lo había tratado como un simple peón, yo iba a pasarla muy mal; pero si se doblegaba, mi posición se robustecería de importante a inesperada manera. Por fortuna, la sumisión que tenía para los americanos, la extendía hasta sus representantes nacionales. Subió las cejas y abrió los ojos en moderado asombro, parpadeó y quedó confundido.

—Entonces..., ¿qué tú crees?

—Yo le sugiero, Ministro, que cuando le pregunten, cuando le pidan opinión, acceda a nuestra solicitud.

—Pero si lo que yo quiero precisamente es ayudarlos a ustedes.

Yo **era** la Embajada, yo **era** la CIA para Santiaguito Rey. En ese instante la sensación de poder se desplazó de hombre.

—Así nos ayudará, hablando cuando le pregunten.

—¿Y si no me preguntan?

—Si dentro de quince días no ha pasado nada, avíseme; yo averiguo y luego le respondo.

—Está bien, dile al embajador que estoy profundamente preocupado por semejante situación, que agradezco su valoración de que el presidente del Banco Nacional y yo somos quienes

podemos comprender el impacto de este fraude sobre el capital extranjero, y que todo lo que esté a mi alcance para lograr la democión de los responsables será hecho. ¡Qué clase de animal el Llaneras este, compadre! ¡En medio de las negociaciones para el Canal Vía Cuba! ¡Qué salvaje!

—Bueno, Ministro, por mi parte...

—No, hombre, no, vamos a almorzar juntos.

—Pero su compromiso...

—¡Qué compromiso ni un carajo! Es una orden.

—Que será cumplida, Ministro.

Esta vez fue en el Puerto de Sagua, con una paella fabulosa, plátanos chatinos, cerveza Hatuey y cascos de guayaba. De verdad que fue uno de los días más divertidos que viví en la tiranía.

Fue Victoria quien respondió, porque no escuché el timbre del teléfono. Creo que había estado durmiendo como los justos, sin soñar, inmóviles los ojos bajo los párpados, cuerpo flojo. Extraño descanso —para nosotros los injustos— que imponen los nervios cuando el organismo no resiste más. algo cercano a la muerte misma, inconsciencia total que impide escuchar el retumbar de un trueno, la voz que llama, sentir la sacudida de una mano en el hombro propio.

—...Leonardo, Leonardo, LEONARDO, ¡LEONARDO!

—¿Uuu?

—Oye, te llaman al teléfono.

—¿Ehh?

—Que te llaman por teléfono.

—¿Uuu?

—Chico, ¿tú te sientes mal?

Uno se da cuenta de la frase distinta, la que está fuera de situación, y esa es la que consigue hacerlo despertar. Supongo que para un jefe de Estado sea: “Comenzó la tercera guerra mundial”, para un prófugo: “Llegó la policía”, para una chica de diecisiete con el novio ausente: “Chicho vino y está en la sala”, pero aquella noche la preocupación por mi salud fue lo que hizo funcionar el interruptor.

—No, estoy bien, ¿Qué sucede?

—Te llaman por teléfono.

—Voy.

El ayudante de Salas Cañizares reclamaba mi inmediata presencia en el despacho del esbirro y, aunque estaba completamente despierto, decidí fingir lo contrario.

—No entiendo... ¿Quién habla?

—Capitán, le habla el teniente Vázquez, el ayudante del Brigadier General.

—Bueno, ¿qué quieres?

—El Brigadier General quiere que se persone cuanto antes en su despacho.

—¿Qué hora es?

—Las dos y treinta y cinco.

—¿De la tarde?

—No, de la mañana. Es de madrugada.

—¡Ñoj! ¿Qué pasó?

—Por teléfono no puedo.

—Es que estoy medio dormido.

—Ya me di cuenta, capitán.

—Voy para allá.

La situación con seguridad era muy desagradable porque Salas estaba eufórico, tenía su Thompson encima del buró y los ojos le brillaban con felicidad asesina. Sonreí y le extendí la mano.

—Vamos a ver, graduado de no sé dónde, qué calificación le das a mi forma de combatir la delincuencia.

—¿El alumno calificando al profesor?

Rio complacido. Vestía guayabera de hilo, pantalón de dril cien y zapatos de cordobán. Alguien le habría convencido de lo bien que sentaba a su rostro un par de espejuelos calobares Ray Ban y desde entonces, aunque fueran las cuatro de la mañana, no se los quitaba, salvo en los accesos de furia y las entrevistas de prensa. Cuando giraba su cabeza en cualquier sentido, el cuello mostraba una cadena de oro de gruesos eslabones, que armonizaba con la pulsera del reloj y el engarce de la tiránica amatista que ceñía su anular izquierdo. Los Cheos no se inventaron ahora.

Hacía dos años que yo no fumaba, pero nunca se me avivaban tanto los deseos de retomar el hábito como cuando visitaba al jefe de la Policía. Casi siempre tenía encendido un tabaco de maravilloso aroma y esta vez al humo se añadía el olor delicioso de un fuerte café servido por un ordenanza. Paladeé la infusión, tragué el buche y dilaté las fosas nasales rememorando mi vicioso y tabacalero pasado.

—Como a las nueve, Conrado me aviso que Vizoso citó a Luaces para mañana a las ocho de la mañana, para que le dé el dinero.

—¿Ah, sí?

—Lo mandé a preparar todo para matar a los dos chantajistas, si van los dos.

Me miró eufórico, esperando la reciprocidad de una cómplice diversión por mi parte. Supongo que hubiera sido muy feliz de frotarme yo las manos y reír a mandíbula batiente, pero hay cuestiones básicas en las que no se puede fingir más allá de un punto. Traté primero de hacer inexpresivo el rostro, luego levanté

la ceja izquierda, miré al techo y me rasqué la nariz aparentando escepticismo.

—A lo mejor se huelen algo y no van. Habría que saber si ellos no han notado algo extraño en estos dos días, si hoy cuando se acerquen al lugar no se percatan de la vigilancia...

—Ven acá, ¿tú eres amigo del león o mío? Bueno, vamos.

—¿Para...

—Claro, compadre, hay que llegar tres horas antes por lo menos. Ya la gente de Conrado está allá hace rato. ¿Quieres una Tónson?

—No, mejor pídamme un M-3.

Con Facundo al volante en un Cadillac negro chapa particular, en viaje relativamente tranquilo por la ausencia de tránsito, llegamos a la Avenida Tercera y calle 24 en Miramar. Nos bajamos y un civil se acercó vistiendo guayabera y... espejuelos calobares Ray Ban. Adivina, adivinador: claro, Conrado Carratalá. Una de las formas indirectas de guataquear es imitando el vestuario del jefe.

Según el Comandante, luego que estuvimos acomodados en el interior de una vivienda facilitada “gustosamente” por el dueño de una ferretería, todo estaba saliendo a pedir de boca. La entrega del dinero debía efectuarse a las ocho de la mañana, a la entrada de un pequeño edificio de apartamentos ubicado en la esquina de 26; el plan era que Luaces llegaría a las ocho menos cuarto portando un sobre manila con los treinta y cinco mil pesos, se pararía en el lugar indicado, al aproximarse los chantajistas les entregaría el sobre rogando que no lo extorsionaran más y entonces surgían dos variantes. Si Vizoso y su acompañante se retiraban con el dinero, Luaces entraría al edificio en lo que la policía abría fuego sobre los delincuentes; si luego de tomar el dinero se hacían acompañar en la

retirada por Luaces, había que seguirlos en auto hasta que liberaran al rehén y entonces se les liquidaría.

La segunda variante hacía preciso desplegar un gran operativo. Catorce autos policiales estaban distribuidos por el barrio, según los probables rumbos que los chantajistas podían tomar; sesentidós hombres en total se encontraban ubicados en azoteas, ventanas o jardines, siempre ocultos por un muro, una persiana o un arbusto tupido, una planta portátil de microondas crepitaba en la sala de la casa donde nos encontrábamos y, por último, una ambulancia dormía en el interior de un garaje cercano, dado el caso que algún policía resultase herido.

Carratalá afirmó que todas las posiciones se habían tomado con el máximo de discreción y silencio, valorando la probabilidad de que los malhechores tuvieran un puesto de observación cercano, alabó la disposición de los vecinos para cooperar y nos sentó en cómodas butacas desde donde podía verse a la perfección, aunque algo diagonalmente, la entrada del edificio marcado para la entrega del dinero.

Aquel comerciante al que ocupamos la casa, tenía una expresión de preocupación de esas que no se olvida. Figúrese que en aquella época, a la una de la mañana, tocaran en su puerta cinco o seis civiles armados que, pasándole una chapa bajo los ojos le “exhortaran” a cooperar facilitando su hogar para puesto de mando de una operación policial. Además, le imponían no encender las luces, no dejar que la esposa, hijos o sirvientes se levantaran de la cama, no hacer ruido, cerrar las cortinas y colar café cada una hora. Vaya, que el tipo estaba cagado.

La espera fue haciéndose silenciosa, empezó a amanecer y a medida que la luz del día iba ganando en intensidad, precisábanse mejor los detalles: Una calle flanqueada por espléndidos flamboyanes floridos en rojo pálido, amarillo y azul, de los que

algunos pétalos mustios reposaban sobre las aceras y el asfalto mismo; pocos autos embayados junto al contén, pues casi todas las residencias poseían garaje; silencio matinal tan espeso que sólo el trino de pájaros madrugadores y el lejano ronquido de ocasionales vehículos transitando por Quinta Avenida, prestaban sonido a las quietas imágenes del escenario. El entorno arquitectónico indicaba una asentada burguesía, pequeña y media, que construía una vivienda independiente o un edificio de pocos apartamentos, no más de seis, para vivir en el de los bajos, dar el penthouse a la hija recién casada y alquilar los otros cuatro a gente decente. Personas así no debían madrugar y las luces brillando tenuemente a aquella hora de la mañana pertenecían a los anchos portales, al dormitorio de los sirvientes o a la comfortable cocina donde ya empezaban a exprimirse las naranjas, colarse los cafés, hervirse las leches, abrirse los paquetes de cereales Kellog's, para luego, click, iluminar el comedor y desplegar almidonados manteles y servilletas sobre las mesas de caoba pulida, montar el servicio, cortar los trozos de mantequilla y ponerlos en sus platicos, esperar al panadero, y una hora después de levantarse ya la chica se había ganado once centavos y medio, y como trabajaba diez horas devengaría un peso con quince centavos al día, que por veintiséis días en el mes eran treinta pesos, casa y comida, ¡y muy contenta, sí señor!, porque peor era morir de hambre en un solar de Buenavista. Y así iba avanzando la luz y despertándose el barrio, mientras en algún lugar, quién sabe dónde, los hombres se vestían, enganchaban armas de sus cinturones, reían, hacían planes para gastar el dinero, tomaban tazas de café, ajenos por completo a que no les quedaban más de dos horas de vida; rotundos hijos de puta, no cabe la menor duda, delincuentes despreciables, pero qué sensación tan indigna la de esperar emboscado, como policía, juez

y dios infalible, negado a interrogar, probar, encausar y testimoniar, dispuesto sólo a apretar el gatillo y enterrar.

Alrededor de las seis y media empezó a reavivarse el interés. Salas se puso en pie, estiró el cuerpo y husmeó un rato; Carratalá lo imitó, encendieron tabacos y tornaron a sus asientos. Después Facundo mostró inquietud, luego yo: a las seis y cincuenta la microonda dio señales de vida.

—Punto 3 a Mando, punto 3 a Mando. Cambio.

—Aquí Mando —respondió Carratalá personalmente—. Adelante, punto 3.

—Carro sospechoso avanzando despacio por Tercera y 32, dos hombres dentro, maneja uno con uniforme de la Marina de Guerra. Chrysler 54, dos tonos, azul con el techo blanco, chapa particular 1, 6, 3, 7, 2, 9; repito 1, 6, 3, 7, 2, 9. Cambio.

Todos nos pusimos en pie, para acercarnos a las ventanas de la sala. No se veía auto alguno. Carratalá fue hacia el equipo y tomó el micrófono.

—Punto 2, punto 2, aquí el Mando. Cambio.

—Aquí punto 2, ordene. Cambio.

—¿Qué hizo el carro que reportó el punto 3? Cambio.

—Parqueó en 28, por Tercera, acera de la derecha viniendo de Marianao. Cambio.

Carratalá miró a Salas Cañizares. Era una oportunidad de capturarlos vivos, encausarlos, pero con pocas pruebas; aún no estaba allí Luaces, no habían tocado el dinero y un buen abogado podría sacarlos del aprieto. El jenízaro seguramente pensó todo aquello, ratificó en su mente la idea inicial del asesinato y luego giró hacia el Comandante.

—Dile que nos avise cualquier movimiento.

—Punto 2, punto 2, avísenos cualquier movimiento. Cambio.

—Están mirando hacia todos lados, revisando los edificios, ahora están mirando el Pontiac nuestro, ahora miran para acá: parece que apagaron el motor..., sí, apagaron el motor, están encendiendo cigarros, creo que no han notado nada extraño. Cambio.

—Bien, punto 2, cualquier cosa avisa. Punto 1, punto 1, aquí el Mando. Cambio.

—Aquí punto 1. Cambio,

—¿Ves el carro? Cambio.

—No, Mando, no lo veo desde esta posición. Cambio.

—A los tres puntos. Notifiquen cualquier cosa. Corto.

Salas agarró su Thomson, se acercó al ventanal y escrutó el jardín de la residencia en donde nos encontrábamos. Luego se dirigió a Carratalá.

—Oye, yo me voy para el jardín, que tiene muchos matojos y nadie puede ver de la calle para adentro. Quédate aquí con la planta y avísame cualquier cosa. Vamos, Facundo. Ahh..., vamos, Velasco.

Efectivamente, el borde del jardín y la acera era un tupido seto vivo más alto que nosotros, de modo que ni siquiera fue necesario agacharse o arrodillarse. Como la casa del ferretero hacía esquina a 26 y se ubicaba en la acera opuesta al edificio en que ocurriría la entrega de dinero, desde el lugar donde el seto hacía el ángulo de noventa grados podía apreciarse toda la Tercera Avenida hasta mediados de la calle 34, por lo que el Chrysler parqueado en 28 era visible.

La distancia de unos ochenta metros y la iluminación permitían discernir dos figuras sentadas en el asiento delantero, pero no las facciones de sus rostros. Aguardamos largos minutos en silencio y la tensión fue acrecentándose en mi interior: la frente y las manos me sudaban, debía hacer un esfuerzo para mantenerme quieto en el

lugar y un músculo del brazo, por la zona del tríceps más o menos, saltaba involuntariamente, señalando el conato de rebelión del sistema nervioso. Un sargento de Carratalá, también vestido de civil, salió por la puerta hasta nosotros.

—Permiso. Brigadier General.

—Diga.

—Luaces viene. Parqueó el carro en 24, como le indicaron y avanza hacia el edificio.

—Está bien. Puede retirarse.

Cambiamos de dirección la observación y vimos al burócrata malversador caminando rumbo al punto de entrega, con un abultado sobre amarillo tamaño legal en la mano derecha. Llevaba traje, camisa blanca sin corbata y daba la impresión de no haber cuidado tanto su apariencia personal como la mañana de la denuncia. El andar era nervioso, no rápido sino nervioso, es decir unos pasos apurados seguidos de vacilación y aminoramiento de la marcha. Salas lo notó.

—Este cabrón, ¿está apurado por llegar o no quiere llegar? — comentó divertido.

Reí porque la observación era justa, pero entonces el esbirro montó su Thompson. Lo hizo despacio para evitar bulla, pero aun así el aceitado deslizar de acero sobre acero, el conjunto de sonidos emitido por las diez o doce piezas que interactuaban, tuvo un tono lúgubre que me devolvió la seriedad. Monté mi M-3 con idéntica lentitud.

Luaces cruzó 26, llegó a la entrada del edificio y se paró en la puerta, de frente a la calle, sin saber qué hacer, patético en su indefensión, pasando el sobre de una a otra mano y mirando en todas direcciones. Mi reloj tenía las 7:35. Trasladé la vista al auto y noté, como única diferencia, una excepcional quietud en las dos figuras: minutos antes se observaban giros de cabeza, movimientos

de hombros; ahora no. Vizoso y su acompañante mirarían tensos a Luaces, escrutarían también aceras y calles, quien estuviera al volante chequearía la retaguardia por el espejo retrovisor, y la tensión me hizo pensar en voz alta.

—Esos no esperan hasta las ocho.

—Claro —contestó Salas Cañizares.

No habían transcurrido dos minutos cuando sentimos, como lejano susurro, el inconfundible motor de arranque de un Chrysler 54, y al instante, el auto avanzó despacio, muy despacio. Llegó frente al edificio y el hombre sentado a la derecha hizo señas a Luaces para que se acercara. El burócrata abrió los ojos, en duda ante el gesto, pero la mano del chantajista lo conminó de nuevo a andar hacia el carro.

Varios hechos ocurrieron al mismo tiempo. Salas dijo “Ah, coño, ¡así se nos van pal carajo!” y caminó hacia la verja del jardín: Luaces llegó hasta la ventanilla derecha del auto y de inmediato la mano se disparó hacia afuera arrebatándole el sobre: el chofer del Chrysler aceleró suave, todavía ignorante del cerco, iniciando la fuga ante un boquiabierto Luaces y, en tardía reacción de alguien cercano, sonaron los primeros tiros.

Salas Cañizares pisó la acera en los momentos que el auto doblaba para subir por 26, cuando la intrigada cara del chofer en fuga miraba hacia el lado opuesto como tratando de adivinar quién rayos disparaba. Con una agilidad sorprendente para su corpachón, el jefe de la Policía se echó la culata al hombro y disparó el cargador completo sobre los fugitivos. Recuperados de la sorpresa, decenas de hombres salían de sus escondites disparando o aprestándose a disparar, pero ya el chofer había comprendido, le plantó el pie al acelerador y el vehículo escapaba, a cien kilómetros por hora, rumbo a la Quinta Avenida. Corrí hasta un sitio adecuado, apunté el M-3 lo peor posible y solté unos diez

cartuchos. Cuando me viré vi a la Fiera tan frenética que no podía articular palabra, el cuerpo entero le temblaba de ira y miraba hacia todas partes buscando algo. Al fin, logró lanzar el grito.

—¡FACUNDO, COÑO, EL CARRO, FACUNDO, COÑO!

Se repetía aquello de “Mi reino por un caballo”. Un auto policial que había estado parqueado en Avenida Primera y 26, como parte del operativo, cruzó por nuestro lado en ardiente persecución, el artillero con medio cuerpo fuera, disparando ráfagas cortas de su Thompson. Con maravillosa eficacia, antes de veinte segundos, frenaba Facundo frente a su jefe y tan pronto ambos estuvimos dentro, salió a millón. Alcancé a ver con el rabo del ojo, cómo Carratalá emergía por la verja del jardín con su M-1 en la mano.

No voy a describir lo que hizo el chofer de Salas Cañizares en aquel viaje, simplemente no hay palabras. La microonda es inútil en una fuga loca como aquella; uno tiene que guiarse por las expresiones de sorpresa de la gente y la dirección en que miran, por el sonido de los disparos, por la seña que hace otro patrullero que avanza en la calle paralela y... por la intuición. Doblamos a la derecha en Séptima Avenida y vimos el Chrysler volando bajito a la altura de 37. Facundo clavó el pie en el piso y el poderoso motor del Cadillac rugió en su avasalladora marcha, pero delante nos salió otro carro policial que se anotó la presa, pues se acercó bien al auto en fuga, le disparó dos ráfagas largas y, al fin, el Chrysler aminoró la velocidad, hizo eses sobre el pavimento y en la esquina de 45 se incrustó contra un poste telefónico.

Ambos vehículos perseguidores, el que logró cortar la huida y el nuestro, se detuvieron a unos veinte metros del humeante y agujereado auto. Bajamos armas en mano y del amasijo retorcido salieron dos disparos que nos hicieron agachar. Fue como si adivinaran que no había rendición porque los aniquilarían de todas

formas. La Thompson de Salas y la del artillero policial rompieron fuego, acompañadas por las armas cortas de los demás, en tanto mi M-3 disparaba, sin ton ni son, lo más arriba posible. Antes de un minuto se añadieron dos patrulleros convencionales de la 15 estación, que bajaron en dirección contraria por Séptima y ya entonces fue una genuina lluvia de plomo lo que cayó sobre el carro. En determinado momento, Salas ordenó el alto al fuego con movimientos de mano.

Carratalá se nos había unido y, tal vez para congraciarse, corrió disparando hasta alcanzar aquel colador con ruedas. Junto a una ventanilla introdujo el M-1, disparó dos veces y luego hizo señas para indicar que no había peligro.

Anduvimos hasta el sitio. Facundo abrió la portezuela correspondiente al conductor del vehículo y con lentitud se deslizó hasta el asfalto un cadáver. Mario Enrique González Varona no vivió mucho más de treinta años y llevaba uniforme de marino —destrozado por los proyectiles y empapado en sangre— sobre un cuerpo que fue alto y desgarbado; tenía los verdes ojos perdidos en quién sabe qué recuerdo y debido a que toda su sangre había quedado en el interior del auto, otros jugos vitales escapaban suavemente, como reptiles, por los orificios abiertos en el tórax, el abdomen y las extremidades, haciendo charquitos fétidos en la negra superficie. Salas accionó la manija de la puerta trasera izquierda y haló, pero en vista que el segundo occiso no emergía por inercia, metió el brazo y tiró de Luis Andrés Vizoso Blanco. Su cráneo hizo un feo sonido al golpear la calle y quedó bocarriba, los pies aún dentro del coche, mostrando pelo largo y negro, entradas en las sienes y ojos castaños, que en la adormilada expresión mortal, acentuaban el achinamiento general de su rostro. El traje de oscuro casimir no revelaba los impactos y manchas de sangre con la misma nitidez que el blanco uniforme de su

compinche mariner, pero era visible el destrozo: cada uno tenía no menos de treinta y cinco o cuarenta perforaciones, de las cuales ocho o diez eran mortales.

Carratalá introdujo parte del cuerpo y tomó el sobre manila que, ahora enchumbado en sangre, reposaba en el piso del auto. De nuevo repitió el movimiento y extrajo dos fajos de billetes de a veinte empapados por completo, sacó su pañuelo y acometió la tarea de limpieza. Un policía, en abochornada repugnancia, empezó a vomitar bilis pestilentes junto al contén de la acera y el nuevo olor vino a sumarse al de la sangre, la pólvora, la gasolina que goteaba del agujereado tanque y el sudor de los vivos. Salas y Facundo rieron estrepitosamente mirando al asqueado subalterno y sus voces iniciaron los comentarios.

Encontré dentro del auto una Star española calibre .38, una Colt 45, tres cargadores vacíos y 22 casquillos de ambos calibres; calculé que otras ocho y diez vainas de proyectiles habrían quedado por la ruta de escape, así que no deben haber hecho más de treinta y dos, tal vez treinta y cinco disparos. Contra eso habíamos opuesto no menos de dos mil tiros. De león a mono y el simio con ambas manos atadas.

La fiera alzó sus ojos hasta abarcar todos los presentes. Sonreía de modo ligero, apenas una sutil demostración de su alegría interior, cuando tomó del bolsillo de la guerrera un tabaco, mordió el extremo bucal y escupió el trozo de capa.

—Bueno..., esto se acabó, caballeros —dijo en tono normal, sólo para los tres o cuatro que lo rodeábamos. Entonces, para el resto, a todo pecho—: LOS FELICITO, MUCHACHOS. GUAPO TODO EL MUNDO, ASÍ ES COMO HAY QUE PORTARSE SIEMPRE. AHORA, CALABAZA, CALABAZA, CADA UNO PARA SU CASA.

Retornamos al imponente Cadillac y salimos raudos por Séptima Avenida, pero por alguna razón Salas indicó a Facundo que aminorara la velocidad. El chofer obedeció y el gordo encendió el habano. Con la mirada perdida en la distancia y el brazo izquierdo sobre el respaldo del asiento. Salas se quitó los calobares, sacó un pañuelo y secó el sudor de su faz.

—¿Qué te pareció, Velasco?

—Muy bien operado el caso, Brigadier General.

—Una sola cosa me jode.

—¿Cuál?

—Que estos dos no fueran revolucionarios. Me divierto más cuando descojono a esos hijoeputas.

Zumbaba parejo el motor del auto y los flamboyanes desgranaban sus pétalos de colores cuando cruzamos frente a la Embajada de Haití, en la esquina de la calle 20. Entonces algo hizo que Salas Cañizares dijese: “Dale, Facundo”, e iniciamos el vuelo de retorno.

A medida que se avanzaba por la avenida del 10 de Octubre el tránsito iba adelgazando en vehículos, bocinazos y peatones, de ese perceptible modo que caracteriza los suburbios, respecto al centro de la ciudad. En La Palma uno tomaba la rama izquierda de la Y, dejaba tras de sí el paradero de la ruta 4, el castillo de Averhoff, la cantera, luego atravesaba el Calvario, y a los cinco minutos de rodar sobre la carretera de Batabanó, hallaba el poblado de Las Guásimas.

En su entrada, más bien ciento cincuenta metros antes de su entrada, un mal empedrado camino de tierra se fugaba del asfalto con pícara y misteriosa invitación. Quien se dejara ganar por el embrujo, durante doscientos metros debía avanzar despacio para

que los tumbos no le encajasen la cabeza en el techo, hasta hallar una encrucijada donde la magia doblaba a la izquierda. Nuevas torturas aguardaban a muelles y amortiguadores a lo largo de un kilómetro, pero usted se recreaba con aquellos almácigos y carolinas que verdeaban en las cercas de alambres de púas; con el canto y vuelo de mayitos, sinsontes, tomeguines y torcazas; con el maravilloso olor donde no puede precisarse cuánto es rocío en evaporación, cuánto polen llevado por la brisa, cuánto perfume de azucenas, cuánto aroma de tierra o de bosta animal.

Después de varios recovecos, una pequeña ascensión en el sendero se veía flanqueada por cercas de piedra gris y de pronto, en un reafirmar de izquierdas, a esa mano surgía una talanquera donde un rótulo descolorido por el tiempo anunciaba la finca El Carmen. De una casona situada cincuenta metros detrás de la entrada, un perro mocho se desprendía en veloz carrera acompañada de furiosos ladridos que se transformaban, antes de llegar al portón, en alegre cimbreo del cuerpo y levantamiento de belfos, para mostrar el maravilloso asombro de conocer un nuevo ser humano. Quien viese a Negro inicialmente quedaba atemorizado ante el rugiente bólido que se le encimaba, pero conocerlo era tratar al can más noble y dulce del mundo.

La primera vez, Pedro me esperaba sentado en un sillón del portal, así que aplacó a gritos al animal, avanzó hasta la entrada, levantó el lazo de alambre para que el portón girara sobre sus oxidadas bisagras y me invitó a que entrase el auto hasta el borde mismo del portal. El hombre rondaba los cincuenta, se presentó como el esposo de Lila, la dueña, y encajó ambas manos en los bolsillos traseros de su pantalón de montar; era la época en que “el hombre de la casa” atendía las transacciones en que participaba otro hombre. Explicó que recién habían construido una nueva

vivienda en el poblado y, como no tenían descendientes, deseaban alquilar la finca.

La residencia era increíble. Envuelta por fuera en arecas, buganvillas, jazmín de noche, hilán hilán, rosas, mariposas y claveles. Contaba de inicio con un portal, totalmente techado y de veinticinco metros de largo que en uno de sus extremos poseía... ¡una capilla!, completa compadre, con altar, imágenes, velas y los demás atributos litúrgicos que permitían al cura officiar una vez al año: el día de Nuestra Señora del Carmen. En la sala, de altísimo puntal rematado en las caobas y cedros del techo, cómodamente sentadas podían conversar veinte personas, mientras otras veinte bailaran un vals; había tres dormitorios inmensos, un comedor de proporciones equivalentes, una cocina descomunal, un baño completo y, en una prolongación trasera, dos cuartos pequeños construidos para la servidumbre. Las paredes de aquella fortaleza tenían un grosor no inferior a los treinta centímetros que, según el guía, eran “de cocó”; todas las ventanas estaban enrejadas y los pisos poseían mosaicos de fino dibujo y excelente calidad.

La habían fabricado en el centro de un terreno que no excedía el tercio de caballería, rodeado por cercas de piedra levantadas por esclavos, en lo que parecía ser una especie de parque dentro de una propiedad que, seguramente, en sus inicios fue inmensa. Había algún pasto, suficiente quizás para mantener un par de vacas o un caballo, pero la mayor parte del área la cubrían árboles de mango, mamoncillo, níspero, mamey colorado y de Santo Domingo, anón, naranja de China, chirimoya, limón, naranja agria, marañón y guanábana, amén de ciertas frutas exóticas, como la granada y el canistel. Al fondo había un abrevadero, un pozo con motor de gasolina y tanque de agua encima, un pequeño huerto y un depósito para guardar el palmiche que suministraban unas cuarenta palmas, por si se deseaba criar algunos cerdos. La propietaria había

conseguido, tal vez mezclando dinero e influencia, que llegara la luz eléctrica mediante hilos tendidos desde el cercano pueblo, así como que una compañía de gas embotellado llevara el combustible cuando se le solicitaba.

Me enamoré del sitio, hermosa, profunda e instantáneamente, con el deseo de posesión exclusiva con que se ansía la mujer amada. Pepe Luis tenía un dicho según el cual “el pollo que está pa’uno, solito viene y se ensarta” (innecesario aclarar a qué palabra ha requerido cambiarle una letra) y la verdad es que aquella vez resultó verídico. Yo, que jamás leía los anuncios clasificados, el domingo anterior había deslizado la vista sobre esa sección del periódico **El Mundo** y tropecé en la parte de fincas rústicas con:

Se alquila, a 20 min. ciudad. 1/3 cab. c/ árboles frutales, casa amplia, portal, sala, 3/4 grandes, 2/4 criados, luz, agua corriente de pozo, gas balón. \$50 mensuales. Sra. Martínez, 6-8523.

Lo leí un par de veces, un anuncio idéntico a decenas de otros, de modo que pasé a la plana deportiva. Pero por la tarde busqué el periódico y releí el anuncio. Por ahí empezó el misterio; luego el cerebro inició las justificaciones: “Es necesario buscar un lugar apartado que pueda servir de refugio en caso de necesidad, lo alquilo bajo nombre falso..., porque un día esto se jode y Pepe Luis tiene razón, a él y a mí salen a buscarnos... por batistianos; yo lo embarqué en la jodienda esta... ¡total!, en definitiva ya nosotros nos podemos morir pal carajo..., pero los muchachos no, coño, y ellos no tienen culpa...”

—¿Qué te pasa a ti hoy? Tienes la mirada perdida —dijo Victoria.

Una intuición que le zumba la berenjena. Uno engaña a la humanidad entera, pero a la madre y a la mujer...

Al otro día telefoneé, fijé la cita para el martes a las nueve de la mañana, recibí de la habanera prima de la señora Lila una explicación de cómo llegar al lugar, y el resto del lunes estuve pensando en las musarañas.

Habíamos caminado ya casi toda la finca, clavando los dientes de vez en vez en un mango rollizo y dulzón, o en una chirimoya exquisita, hábilmente desgajados por Pedro; marchábamos con los pantalones llenos de guisazos por andar entre la maleza, inspeccionando las cercas, aprendiendo a arrancar el motor del agua, prometiéndome en secreto colgar un día una hamaca allí, entre el aguacatero y la mata de cocos, o hacerle unas maracas a las niñas de aquellas güiras cimarronas, con esa sensación de descubrir el mundo campestre que acompaña a los metropolitanos en sus andares bucólicos, en tanto la voz del hombre llegaba en el mismo tono de sencillez e ingenuidad de sus anteriores expresiones descriptivas. Era una lástima tener que iniciar la farsa.

—Pedro, la verdad... me gusta la finca, pero no para vivir todo el tiempo. Yo soy abogado, tengo mi bufete en La Habana, papeleo y juicios casi todos los días, las hijas mías estudian allá, a mi hermano le pasa igual, vaya que... lo que es mudarme para aquí definitivamente, a mí no me conviene

—Ah, cará. Y yo que lo veía tan embullado.

—Y lo estoy, cómo no. Pero yo vendría aquí los fines de semana nada más, sábado y domingo. Si acaso en Nochebuena, en las vacaciones y eso, me pasaría más días; pero lo que es vivir fijo aquí, no. Esto lo quiero para descansar, para que los muchachos puedan correr y jugar sin miedo a que los arrolle una máquina, las hembras mías y los varones de mi hermano.

—Bueno y..., ¿entonces?

—Yo quiero alquilar, pero me preocupa que la finca está sola la semana entera, ¿no?, aparte que hay que traer alguna ropa,

vajilla para la mesa, vaya, los tarecos esos que las mujeres piden.

—Claro, claro.

—Este lugar es precioso, pero está apartado, no hay vecinos a la vista y yo tengo miedo que un día me lo roben todo...

—Usted se equivoca en eso. Perdone que lo corte, pero eso no pasa aquí. Esto es el campo, aquí la gente es decente, un muchacho puede cogerse unos mangos o tirarle piedras a los pájaros, pero robar..., ¡cuidadito con eso!

—Claro, claro. Pero yo quisiera, para mi tranquilidad, que alguien viviera en uno de esos cuartos del fondo, que duerma aquí y cuide la casa y chapee el patio de cuando en cuando y mantenga lleno el tanque de agua y que cuando llegue la gente del gas o de la luz esté aquí para pagarles. Si quiere que críe un puerquito, que a lo mejor yo mismo se lo compro, y que siembre algo para todos, incluyéndolos a usted y su mujer, porque si ahora viven en el pueblo no van a estar comprando cuatro tomatitos ni un par de boniatos si aquí está la tierra de ustedes...

—Ah..., ya comprendo.

—Pero una gente que sea de la zona, una persona decente que usted me recomiende y que no me vaya a cobrar muy caro..., vaya, yo le daría 20 ó 25 pesos al mes por el cuidado de la casa y lo que él siembre y críe lo compartimos, para que se busque algo más.

—El viejo Sabino.

—¿Ehh?

—El viejo Sabino es el hombre que a usted le hace falta. Mire. Sabino...

Las credenciales eran todo lo impecables que son siempre las del guajiro trabajador cubano. Viudo, pasado de los sesenta, con hijos que se le independizaron desde muchos años antes, pasando hambre, sin retiro o pensión y enamorado de la tierra. Quedamos en que el domingo siguiente estaría esperándonos a las ocho,

acompañado por su recomendado, para que nos conociéramos y tratáramos personalmente.

—¿Quiere ir al río?

—¿Por aquí hay un río?

—Está como a un kilómetro. Hay que atravesar esos potreros de allá atrás y cruzar dos, no, deja ver, tres cercas, pero si usted se embulla...

—Sí, cómo no. Vamos para allá.

Y brincamos las cercas, y atravesamos los potreros, mientras Negro espantaba los pajarillos, trataba de morder las elusivas mariposas o le ladraba a alguna vaquita flaca, en tanto Pedro indicaba linderos y tierras ajenas, hasta que llegamos a un recodo del Almendares que ocasionó el orgasmo inicial de aquel amor por la finquita, donde el espíritu tembló de alegría por vez primera en años y los ojos se aguaron inconteniblemente al abarcar la corriente estrecha, tan verde y dócil, las yagrumas y cañas bravas, creando en su baile con la brisa una sombra dinámica sobre el agua, escuchando en la distancia el ronquido fracasado y bajo del lugar, donde unas lajas quisieron hacer un salto y no pudieron con ganas que desapareciera aquel buen hombre y surgiera la primavera en cuerpo de mujer joven que, hermosa y desnuda, se lanzase al agua, nadara hasta aquel remanso y quedara esperando el amor físico de un viejo y feo policía tonto.

—¿Le gusta?

—Me gusta, Pedro, me gusta.

Desandamos el camino, nos sentamos en dos cómodos sillones de mimbre de la sala y tomando la mañana con Domecq, cerramos el trato al estilo antiguo. Le entregué seiscientos pesos que cubría un año de alquiler y como a los dos meses, un domingo cualquiera, Pedro me llevó el recibo con la firma, redondona y torpe, de su esposa Lila.

Estaba en mi despacho, examinando un caso con dos investigadores, cuando Pepe Luis entró. El muy jodedor hizo un guiño de ojos que sólo yo podía captar, sonrió y luego se cuadró sonando los tacones.

—Permiso, capitán.

—Diga, teniente.

Manolo y Arrinda giraron el cuello, observaron al recién llegado y se miraron a los ojos enarcando las cejas. Sabían de la amistad personal entre nosotros, así que les resultó chocante el formalismo, pero Pepe Luis insistía en mantener la distancia pública para evitarse solicitudes de mediación, sobre todo cuando era preciso sancionar a algún miembro de la Judicial.

—Tengo listo el informe del caso.

—Muy bien. Oye..., Manolo, ¿tú crees que pudiéramos reanudar esto dentro de media hora?

—Sí, capitán.

—¿Está bien, Arrinda?

—Sí, señor.

—Gracias, pueden retirarse.

Se pusieron de pie, hicieron un gesto de saludo al flaco y salieron, pero la puerta tenía recién instalado uno de esos brazos mecánicos que empujan automáticamente, con el muelle demasiado suave, y debieron transcurrir quince segundos para que la cerradura indicara con su chasquido el retorno a la privacidad.

—Venga de ahí.

—El acabóse.

—¿Cómo?

—Repleto aquello, mi socio, ¡repleto!

—Pero..., ¿cómo se enteró la gente?

—Yo no sé. Radio Bemba, quizás, ¡pero se enteraron, ¿sabes?!

—¿A qué hora llegaron?

—A las 7:45 de la mañana. Pero según unos maleteros, desde las tres había gente esperando en el andén. A eso de las siete la gente empezó a murmurar: “ya está al llegar, prepárense, caballeros”, pero no fue hasta las 7:40 que vimos la locomotora entrando en la estación. Entonces hubo un silencio del carajo, impresionante, Leonardo, por la vieja mía, nada más que se oía el escape del vapor y el chucu chucu de las ruedas, pero en las ventanillas de algunos vagones empezaron a asomarse caras y los familiares reconocían y empezaron los gritos: “Mira a Juan”, “Mira a Ramirito”, y fueron embullándose hasta que alguien gritó: “Viva Cuba libre”, y todo el mundo repitió: “Que viva”...

—Pero no me jodas...

—Eso no es nada. Empezaron a cantar el Himno Nacional y entonces Fidel se asomó por una ventanilla y aquello fue del carajo. Del carajo. Ya el tren se había detenido y empezaron a aparecer banderas cubanas; la gente se agolpaba en la ventanilla de Fidel para darle la mano, para gritarle qué sé yo qué. y entonces ¡lo sacaron por la ventanilla, Leonardo! y lo pasearon en hombros y él hablaba y se reía, pero yo estaba tan lejos que no pude oír. ¡Qué clase de alegría había allí, mi socio!

—¿Y la policía?

—Quietos, ni se movieron. Y había dos o tres con cara de querer gritar también.

—¿Y qué más?

—Figúrate. Las mujeres llorando y algunos hombres medio medio. Abrazándose todos, creo que hasta los que no se conocían se abrazaron. Los periodistas retratándolo todo y haciéndole preguntas a Fidel, y él respondiendo, pero había tanta bulla que no se le oía. Cuando ya se iba me pasó cerca y escuché que le decía a un periodista: “...libres, pero sin dar un átomo de nuestro honor”. ¿Te imaginas eso? Yo creo que desde el Machadato no había ido al

Presidio Modelo alguien que pensara en términos de honor. Y bueno..., ahí ya se iban. Ninguno de los del Moncada tuvo que cargar su maleta, había como cien carros afuera y se los llevaron a todos. Eran como las nueve cuando vine para acá.

—¿A quién viste de los desmadrados?

—Los dos fotógrafos del SIM, cada uno tiró cien planchas por lo menos. Dos tipos del Buró y tres de la Motorizada. Había como cuatro o cinco más, también de civil, con una cara de chivatos del carajo, pero no los conozco. Aparte, desde luego, de los quince o veinte de uniforme.

—¿Cómo notaste a los del Moncada?

—Chico, la verdad que están flacos, muy pálidos todos, salvo los mulatos; una ropita cobardita, menos Fidel que llevaba un traje bueno. La palidez creo que sea por la falta de sol, la flaqueza por comer poco y malo, la ropa porque casi todos son unos muertos de hambre..., pero son patriotas, tienen vergüenza, coño; se enfrentan a los hijoeputas como hay que hacerlo, no en esta mariconería de nosotros de la sonrisita por delante y la mierda que hacemos es secreta. ¡Secreta! Como si hiciéramos tanto. No le hemos metido un sopapo a una cotorra.

—¿Por qué a una cotorra?

—Porque es la que tiene los colores del 4 de Septiembre.

Setenta y dos horas más tarde, en el despacho del señor Ministro de Gobernación, estaba concluyendo el esbozo de la indagación, en tanto Santiaguito tomaba de una bandeja el high ball de Ballantine, sorbía un trago reclinándose en la cómoda silla giratoria, devolvía el vaso a su lugar y encendía un cigarrillo Salem.

—...y este nexa entre usted y yo pudiera servir para que nuestros amigos comunes sepan cuál es la perspectiva a corto

plazo que el Gobierno avizora para los delincuentes esos que atacaron al cuartel Moncada. ¿Pudiera darme sus ideas al respecto?

—Tú sabes cuál es mi opinión personal. Yo estuve en contra de la amnistía. El buen enemigo es el que está preso o muerto. Pero el General... se sintió presionado, hizo sus valoraciones y cedió. Dice que semejantes individuos no pueden constituir un reto para nuestro Gobierno y tal vez tenga razón. La perspectiva está en dependencia de lo que ellos hagan; hemos tenido un gesto de benevolencia y si lo comprenden se reintegrarán a la vida nacional para trabajar en paz; pero si el Fidelito este se cree que obtuvieron la libertad por la algarabía que formaron los cuatro comemierdas que berrearon a su favor y persiste en sus ideas, él y los verracos que le sigan serán aplastados, aniquilados, y la próxima vez no va a haber juicio ni condena, porque quiero que sepas que algunos oficiales del Ejército y la Policía han acatado la decisión del General por lealtad, pero el mismo Chaviano, el mismo Salas Cañizares, han dicho, donde tienen que decirlo, que si esos individuos vuelven a atacar un cuartel o una estación de policía, ellos se encargarán de que no se le respete la vida a nadie, así que ya tú sabes. La verdad es que ellos están aislados, no tienen apoyo ni del mismo Partido Ortodoxo y poco podrán hacer. A mí me preocupan más otros hechos, que no tienen relación con la gente del Moncada, sino con los auténticos. En febrero ocupamos quince armas automáticas y dos mil granadas en la calle Figueroa, en abril cogimos veinticinco fusiles M-1 y veinte mil tiros en Rabí, esquina a Enamorados. La suerte, que cuando los expertos fueron a comprobarlas, resultó que las granadas no explotaban, los fusiles estaban defectuosos, vaya, que los traficantes de armas de Miami le cogieron la plata a Prío y lo engañaron como a un bobo. Pero, Velasco, a mí me preocupa la libertad con que los auténticos se

mueven en Miami. Sabemos que compran armas, que las traen y las autoridades allá no hacen nada...

—¿Está seguro?

—Bueno..., yo no me he enterado de que...

—Usted no se ha enterado, Ministro, pero..., ¿por qué cree que las armas se ocupan?

—Nuestra policía es eficaz, hace pesquisas...

—Nuestra policía es una mierda, señor Ministro. Nuestra policía recibe claras indicaciones sobre cada cargamento, cuánto vale, de qué está compuesto, dónde está escondido y por eso ocupa las armas. ¿Usted cree que un pajarito viene al oído de Salas Cañizares y se lo cuenta todo?

—Ahh...

—Los traficantes cobran y ganan, los transportistas también, nosotros ocupamos las armas y podemos usar las que sirvan, porque no todas son inútiles, y Prío es el que pone el dinero.

—Ah...

—Pero no vamos a publicar eso en todos los diarios de la ciudad, ¿verdad?

—Claro, es que yo no sabía que...

—¿Usted ha oído al General criticar a los americanos por las actividades de los auténticos en Miami?

—Qué va, nunca.

—Entonces es mejor que retornemos a los del Moncada, porque ya esos demostraron que cuando se ponen a hacer algo, no nos enteramos hasta que empiezan a sonar los tiros. Ni ustedes ni nosotros. ¿O.K.?

—O.K.

El viernes a las 9 de la noche, en un apartamento situado en la calle A entre Línea y 11, nos reunimos George Payne, Timothy Weidman y el que estas tristes y mal trazadas líneas escribe. Payne llevaba tres años y diez meses fungiendo como oficial de la CIA bajo la cobertura diplomática y dirigiendo los trabajos de numerosas personas, tal vez decenas, para la Agencia; Weidman iba a sustituirlo y probablemente llevaban semanas involucrados en la transferencia de conocimientos y presentación de agentes que todo cambio de este tipo impone. Ellos se veían fatigados, pero a mí, las ojeras casi me llegaban a la comisura de los labios; ellos habían estado en sus trajines y emociones, pero a mí no me habían faltado sustos y corre corre.

Sonriente, Payne inició la entrevista presentando a Weidman e indicando que lo sustituiría, lo cual implicaba su retirada de la escena. Él no era demostrativo y me limité a deplorar la conclusión de nuestra buena relación; después giré el rostro hacia Weidman y le expresé el deseo de que nos entendiéramos tan bien como lo habíamos hecho Payne y yo. El nuevo asintió. Nada más.

Lo más importante que había sucedido entre la anterior y aquella entrevista fue la llegada a La Habana de los asaltantes del Moncada, liberados por presión popular, luego que una amnistía general dictada meses antes los excluyó, de manera que aquel resultó el tópico dominante. Dije que había enviado un operativo de la Judicial a presenciar el arribo del tren que los transportaba, conté las impresiones de Pepe Luis despojadas de la viveza y simpatía que rezumaban. Relaté lo expresable de la entrevista con Santiaguito y formulé una proposición.

—Escucha, George. Cuando concluí mi entrenamiento en Washington tuve una sesión final de trabajo con Hayes y March. De manera clara quedó expresado el deseo de observar la conducta futura de Fidel Castro y sus seguidores, entonces en prisión, ahora

libres. La constitución del BRAC, mi participación en su organización y el vínculo con Santiago Rey, hacen posible seguir de cerca a estos hombres y mantener a la Agencia informada; además cuento con el apoyo —relativamente débil, pero apoyo al fin y al cabo— del Ministro si surgen disputas con la gente del SIM o del Buró de Investigaciones. Mi pregunta es: ¿Se mantiene el deseo de observación?

—¿Qué tú crees?

—Yo no les quitaría los ojos de encima ni por un segundo.

—¿Por qué?

—No me interrogues ahora. Respóndeme primero.

Weidman no esperaba aquella introducción y se sorprendió, esperaba una actitud más deferente de los nativos, pero la sonrisa del experimentado oficial lo confundió y me enfocó de nuevo las pupilas, ahora más respetuosamente. Parecía un buen prospecto: mirada inteligente, reacciones controladas, observador y sereno, pero requería unos años de trajín en la calle que le hiciesen madurar los conocimientos académicos.

—Sí, se mantiene nuestro interés. Ahora dime por qué no les quitarías los ojos de encima.

—¿Francamente?

—Como siempre.

—Dame algo de beber. Usemos de pretexto tu despedida.

Payne se puso en pie, fue a la cocina y regresó con tres vasos, una botella de scotch y otra de Matusalén, porque en alguna oportunidad le rechacé una invitación al licor escocés, me preguntó mi preferencia y desde entonces tenía una del ron cubano para las ocasiones en que me correspondía informar. Sirvió para mí, luego para ellos y cuando el trago me descendía por el esófago ya tenía bien ordenadas las ideas y valorados los riesgos.

—Weidman, esta es la primera vez que me oirá expresarme, pero no llegue a conclusiones súbitas, espere a que se quede solo con Payne y ruéguele entonces que le explique lo que le parezca absurdo. Dicen que la primera impresión que da un hombre es la que condiciona nuestra actitud hacia él por el resto de la vida y, realmente, no quisiera impresionarle mal.

Weidman no esperaba aquella introducción y se sorprendió pero al fin sonrió, de verdad, con ganas; dijo: “O.K.”, e inmediatamente lo coloqué en mi bolsillo.

—George, estamos ante un lío. El tipo es joven, inteligente y simpático, pero eso lo tienen muchos que no llegan a constituir una dificultad para nadie. Además de esas características posee otras dos, las fundamentales a mi juicio: tiene principios y lucha por ellos, como primer punto; es líder natural, como segundo punto. La oposición que se le presenta está integrada, en su totalidad, por hombres corrompidos en el ejercicio del poder, carentes de otro principio político que no sea el anticomunismo y cuya principal ambición es hacerse ricos en el más corto tiempo posible. Hay otros hombres en el panorama que no se le van a oponer, los políticos desplazados del Gobierno, los industriales y comerciantes, los profesionales, aunque quizás tampoco lo apoyen, o lo respalden sólo hasta el punto que dicte su conveniencia. Pero los que eventualmente pudieran apoyarlo son millones, los que nada tienen, porque estos Robin Hoods del siglo XX cautivan a todos los muertos de hambre, recuerda a Arbenz en Guatemala. Según mis informes, el recibimiento del lunes 16 fue grandioso y se habían tomado todas las medidas para que no llegara el domingo, a fin de evitar eso precisamente. Bueno, pues miles de personas no fueron a trabajar el lunes para ir a verlo, como si fuera César retornando victorioso de Las Galias, en lugar del derrotado atacante de un cuartelito cubano. Quizás estoy pesimista, quizás

me equivoque, pero sugiero no quitarle los ojos de encima porque, además de mantenernos al tanto de lo que hace..., pero bueno, quizás miro demasiado lejos.

—Termina la idea.

—Además de mantenernos al tanto de lo que hace, tal vez debiésemos pretender influir en él. Supón por un momento, sólo por un momento, que tiene éxito en nuclear a un grupo de desesperados, toma Columbia, le reparte los fusiles al pueblo, como dijo que aspiraba a hacer de ocupar el Moncada, da un golpe de Estado y de la noche a la mañana nos encontramos con un gobierno en el poder al que los ciudadanos aman y respetan. Lo que en esa eventualidad debiera interesarnos es canalizar las energías de los nuevos hombres. ¿No roban?, magnífico; ¿no asesinan?, excelente; ¿preservan la democracia?, óptimo; ¿se ponen...

—Olvidas que entre la literatura ocupada a los atacantes del Moncada se halló propaganda comunista.

—Cierto, pero también había estampas religiosas en las billeteras de algunos y no por eso acusaron al Papa de querer derribar al régimen.

—Porque el Papa forma parte del régimen, pero Carlos Marx no.

—Recuerda la traducción que hice de **La historia me absolverá**. Se trata de idealismo social, que si lo encauzamos bien nos conviene enormemente, porque nos dará un respiro realmente democrático en lo que sus propugnadores maduran y comprenden la imposibilidad de materializar esos sueños; que haya escuelas, trabajo, medicinas para los enfermos, nadie que esté en su sano juicio se opondrá a eso y de ahí el arraigo popular con que cuenta.

—¿Cuál es tu proposición concreta?

—Vamos a observarlo y, si surge la posibilidad, abrimos una puerta con ese Movimiento.

—Como estrategia... no debe descartarse. Te prometo elevar la idea a los superiores.

—O.K. Con eso quedo tranquilo.

Y el sábado por la tarde.

—Ernesto, viejo, lo que traigo es un mundo, ¡un mundo, mi hermano!

Araceli, la esposa de Pepe Luis, tenía un patiecito con lavadero detrás de la cocina, en el humildísimo apartamento alquilado que les servía de hogar. El de la vecina poseía un diseño similar, de manera que la pared que separaba la común área, destinada a las tendederas, sólo frenaba las miradas, porque las voces se deslizaban de una a otra vivienda con impunidad absoluta. Entre el calor tropical y el que ocasionaba las hornillas, la temperatura de las cocinas se hacía insoportable, por lo que ambas amas de casa tenían la costumbre de preparar los alimentos con la puerta que daba al patio, abierta, para que corriera algo de aire.

El marido de la vecina trabajaba en la Aduana, era gritón, indiscreto, almorzaba en casa todos los días y acostumbraba a meterse en la cocina para contarle a su Remigia lo más relevante que había sucedido por la mañana en la oficina. Por lo regular, las aventuras de un oficinista aduanal no contenían emociones más violentas que los chismes recolectados acerca de un juego de siló devenido riña entre estibadores, una lingada de sacos dejados caer cerca de alguien o el marinero sorprendido bajando a tierra algún

contrabando sin importancia, así que Araceli escuchaba divertida, pero no concedía importancia al anecdótico.

Un día, sin embargo, el individuo contó a su esposa que, al parecer, habían botado al Director de la Aduana, porque esa mañana el cesanteado llegó al despacho, se reunió en privado con sus incondicionales, luego recogió sus efectos personales y se marchó. Los “guatacas” inmediatos entraron en un estado de pánico colectivo, los empleados de menor jerarquía cuchicheaban entre sí y poco a poco se fue filtrando la noticia: “botaron a Llaneras”.

Esa noche, cuando iban a acostarse, mientras quitaba la sobrecama, Araceli conversaba con Pepe Luis.

—Como siempre es la cosa, te ponen un papel de periódico mojado de este tamaño y se llevan dos onzas del peso; no, si yo le he dicho a ese hombre que me pese bien la carne o no compro más ahí, ¡partida de sinvergüenzas!; como el otro día, que le compré naranjas a un carretillero de la Lonja del Comercio, a tres por diez quilos, y le digo: “deme cuarenta quilos”, y me echa 11 naranjas, dígole: “¿usted se cree que yo soy boba?”, y me echó la otra, porque en esa zona de la Lonja y la Aduana lo que hay son fieras, ¡fieras! Ahh..., ¿tú sabes que dice Orestes que botaron al Director de la Aduana?

—¿CÓMO?

—Muchacho, ¿qué te pasa?

—¿QUE DICE ORESTES?

—Que botaron al Director de la Aduana.

—Espérate, Araceli, siéntate. Hazme el cuento despacio.

Mi teléfono sonó a las once y cinco, descolgué y el flaco me contó la buena nueva. Nos pusimos contentos, pero con moderación, porque el que vive de ilusiones muere de desengaños. A la mañana siguiente, desde mi despacho y por el directo,

llamamos al número que en la guía de teléfonos aparecía asignado al señor Director de la Aduana de La Habana.

—Despacho.

—Con Llaneras.

—Esto..., ¿de parte de quién?

—Del senador Blanco Coutín.

—Oiga, senador..., el señor Llaneras no se encuentra.

—¿A qué hora estará?

—Bueno.... yo no sé.

—¿Cómo que no sabe?

—¡Ay, dios!, es que...

—¿Es que qué, joven?

—Vaya, que él se marchó ayer y...

—¡Ah, cará! ¿Usted es la secretaria?

—Sí.

—¿Y no sabe de Llaneras?

—La verdad es que yo no sé cuándo él vuelva...

—Abur, niña.

La cosa pintaba bien. Santiago Rey no estaba en Gobernación ni en su bufete, tampoco pude localizar a un corredor de Aduana que me debía favores y Pepe Luis no tuvo mejor suerte con un agente naviero que, por sus labores, podía conocer la verdad.

Estábamos comentando nuestra impotencia cuando avisaron por la extensión que un mensajero traía un sobre para el capitán Velasco que sólo entregaría en mis manos. Ordené que lo condujesen hasta mi oficina y, siguiendo una rutina implantada en aras de la integridad de la epidermis, Pepe Luis se sentó en mi silla y me situé —Colt en mano— junto al lado de la puerta de acceso que la hoja ocultaba al abrirse. Tocaron suavemente, mi compañero gritó: “Adelante”, e hizo su entrada un hombre cercano a los sesenta con un arrugado traje beige y un maletín de cuero en

la mano izquierda, que avanzó sonriente hasta situarse frente a Pepe Luis. Guardé el revolver en la sobaquera.

—¿El capitán Velasco?

—Es ese señor que está detrás de usted.

El mensajero giró sobre sí mismo con la expresión entre sorprendida y apenada de la gente que nada sabe sobre el mundo de las fieras.

—Señor capitán, le traigo un sobre del señor Hedges.

—Ahh... Bien, démelo.

—¿Podiera enseñarme alguna identificación? El señor Hedges pidió que me asegurara...

Saqué la billetera, tomé la licencia de conducción de uno de sus compartimentos y la alargué al sonriente correo. Leyó el nombre, miró la foto, levantó los ojos hasta mi cara y me devolvió la licencia. Entonces trató infructuosamente de abrir el maletín sin apoyarlo, sonrió apenado, lo colocó sobre el buró y zafó ambas trabillas. Dentro venía toda una colección de sobres, blancos algunos, azulosos otros, los manila en su característico carmelita tenue, poniendo de manifiesto que este correo era de verdad correo. Sacó uno blanco y me lo extendió sin notar el suave movimiento de Pepe Luis al soltar el cabo de su Savage.

—Gracias.

—De nada. Hasta luego, capitán.

—Hasta luego.

Cuando cerró la puerta tras sí, rasgué el nombre y saqué un cheque al portador, girado contra el National City Bank, por valor de cinco mil pesos. Lo puse ante los ojos de mi compañero.

—¡COÑO!

—Significa que Llaneras ha sido destituido. No hay que llamar a nadie más.

—Verdad que sí.

—Coge.

—¿Qué?

—Cógelo, es para ti. Compra un carro usado del 52 o del 53, pero que esté bueno y regálale el cacharro tuyo a quien te parezca. Alquila un apartamento mejor en un barrio alejado, si es posible en Santos Suárez; compra muebles, múdate y guarda lo que sobre.

La bronca duró alrededor de cuarenta minutos. Que si yo me creía que él era un descarado, que a él no le hacía falta nada, que si yo era comemierda o me estaba corrompiendo, pero al final lo convencí con argumentos de seguridad familiar y disciplina revolucionaria.

—Pero, Leonardo, ¿cómo justifico esos gastos?

—Ay, no jodas, flaco. A ver, ¿cómo se te ocurriría justificarlos?

—Bueno..., como todo el que hace marañas en este país: diciendo que me saqué la lotería.

—Ya está. Una persona te agradeció un favor regalándote un billete entero y salió premiado en cinco mil pesos. El lunes que viene llegas aquí por la mañana, loco de alegría, haciéndole el cuento a todo el mundo y convidando por la tarde a beber en la barra de Pancho. Elige un número premiado con esa cantidad en la lista oficial, por si alguien quisiera chequear, y dilo sin temor a quien pregunte.

—Pero...

—Pero nada, viejo, ¿o vamos a empezar otra vez?

Llamé por cuarta vez al despacho de Santiago Rey y lo capturé finalmente. Me limité a invitarlo a almorzar en el Prilas, aceptó y casi llegamos juntos al lugar; él con chofer y guardaespaldas, yo manejando mi auto. Era un maravilloso mediodía de junio, cálido pero no caliente, en que las olas del mar pulían despacio los arrecifes allí, en Primera entre C y D. Menos de un año hacía de la

ampliación del Malecón, que antes llegaba sólo hasta la Avenida de los Presidentes y ahora se extendía hasta el Torreón de la Chorrera. Cuando avanzábamos por la acera, el Ministro respiró hondo.

—¡Qué rico es el olor a mar! Yo soy cienfueguero, ¿sabes?, y me crié oliendo el mar. Cuando estoy días sin llenarme los pulmones de este aroma..., siento que me falta algo.

—Tiene razón, doctor.

—Ven acá, ¿cuándo vas a comprarte un carro decente?

—Cuando este ya no aguante más. Pero entonces me compraré otro de uso, porque en el giro mío debe llamarse la atención lo menos posible. No puede uno vestirse demasiado elegante, pero tampoco andar en harapos; no se puede tener un carro lujoso, ni andar en guagua. El asunto es pasar inadvertido el mayor tiempo posible.

—Ahh...

Santiaguito era uno de los tantos que sólo juzgaba por las apariencias. La carrocería de mi auto pertenecía a un Chevrolet de 1950, pero el motor era de un Mercury 1954, al igual que la transmisión y el diferencial; tenía multiplicada la corona, dos carburadores especiales y cien kilos de sobrepeso soldados bajo el maletero, de modo que si algún día hacía falta moverse rápido, la gente iba a sorprenderse con el cacharrito.

El restaurant era de reciente inauguración, poseía decoración sobria y elegante, lo frecuentaban pocas personas debido a sus precios, y la comida tenía excelente calidad. Casi no conversamos durante la ingestión de los alimentos, pero al concluir con el pudín diplomático lancé la primera piedra.

—Dicen que Llaneras ya no está en la Aduana.

El Ministro sonrió, limpió algo de grasa de sus labios con la alba servilleta, apuró el resto del vino y de nuevo sonrió.

—Estaba esperando ese comentario desde antier.

—Hace rato también que nosotros estamos esperando algún comentario suyo al respecto.

—Como tú dijiste, Hedges habló con el General, se quejó que el contrabando de telas estaba jodiéndole la producción de su textilera. Le dio datos, todo lo que me contaste del español ese..., ¿cómo se llama?

—Balceiro.

—Ese mismo. Lo del periodista, la puta, Olayón... Por ahí fue que yo me enteré. Fulgencio me llamó pidiendo que trasladara a Olayón para otro puerto y comprendí que Llaneras estaba frito. Entonces, el domingo, salimos a pescar en el yate Anselmo Alliegro, Andrés Domingo, Silito, el Presidente y yo, y cuando estábamos curricaneando le dije a Fulgencio que al cumplir sus instrucciones de trasladar a Olayón me habían llegado comentarios de un serio contrabando por el puerto de La Habana, que me parecía que eso no era conveniente para el país y que si él quería yo le informaba. ¡Mira qué clase de mujer, Velasco!

—Sí, Ministro, está buenísima, pero usted decía que...

—¡No! No, Fulgencio me dijo que no hacía falta, que él estaba enterado y dictaría instrucciones al respecto y cambió la conversación, pero Silito había escuchado algo y luego, en un aparte, me dijo que no se figuraba cómo el General le iba a decir a Llaneras que estaba botado, porque el tipo había pagado un cuarto de millón de pesos por el cargo.

—¿Un cuarto de millón?

—Eso dice Silito. Puede pagarse una cantidad así por un puesto de ese nivel para recuperarla en un año y luego multiplicarla por dos o por tres en dos o tres años más, pero Llaneras al parecer quería buscarse un millón todos los años y por eso se desaforó.

—Comprendo.

—Dile al embajador que, siempre, en lo que esté a mi alcance, pueden contar conmigo.

—¡Hombre, Ministro! Eso él lo sabe, no hay que decírselo.

—¿Seguro?

—Segurísimo, compadre. Gracias por su colaboración.

Después de despedirme fui a un teléfono público, avisé a Pepe Luis que lo recogería en cinco minutos y juntos nos encaminamos al bufete del doctor Miró Nogueras, el abogado de María Luisa Pereda. El hombre no sentía la predilección por la Habana Vieja de otros jurisconsultos famosos y para sus oficinas alquiló magníficos salones en el edificio de la Ambar Motors, en 23 esquina a Infanta. La secretaria, en voz muy baja para no enterar a otros que aguardaban, trató de convencernos de que sin cita previa era imposible ver a su jefe, luego expuso que ignoraba la hora de su regreso y, por último, nos indicó que tomáramos asiento en una esquina alejada, en tanto ella desaparecía tras una puerta. Cuando retornó antes del minuto, el resto de la clientela debió sentirse incómoda al ver que los últimos en arribar habían logrado acceso primero.

Miró Nogueras había husmeado algo y se le notaba en la excelente y cálida bienvenida que nos dispensó. Era ese tipo de hombre comediante que mientras más seguridad y confianza aparenta, más inseguro y frágil está. Impecable en vestuario y agudezas, el criminalista nos sirvió un café exquisito que confundió su aroma con el agua de colonia que en generosas cantidades perfumaba el traje de dril cien. El capitalismo es pródigo en la formación de esos brillantes alquilonos jurídicos, que por suficientes miles de pesos defienden con igual pasión al inocente de una contravención sin importancia y al culpable de asesinato.

—...y la chiquita dijo: “Se acabó el mundo. Se la devoró el tipo”, y no me quedó otro remedio que soltar la carcajada.

Sonreímos no por compromiso, sino porque la anécdota era realmente simpática. El probado método de desarmar al oponente mediante la risa, magistralmente aplicado. Le dejamos hablar, siguió empleándose a fondo con todo éxito, pero sus bromas perdieron calidad a medida que comprendió la táctica; hizo un esfuerzo final durante otro par de minutos al cabo de los cuales asumió aires de Perry Mason para decir:

—Bueno muchachos, digan qué puedo hacer por ustedes.

—Botaron a Llaneras —dije yo, como lo más natural del mundo, y él enarcó las cejas en signo de ignorancia, pero demoró unas fracciones de segundos más de lo que hubiera resultado normal.

—¿Llaneras? ¿Quién es Llaneras?

—Llaneras es un señor que hasta ayer fue Director de la Aduana del Puerto, ese bello puerto que se inicia ahí a tus espaldas, detrás del Morro.

—Ahh.

No hizo la siguiente pregunta obligada. Usted, yo, cualquier persona hubiese inquirido: “Y eso, ¿en qué me concierne?”, pero un criminalista hábil nunca hace lo que los demás.

—Además, Miró, este señor Llaneras tenía... relaciones de negocios con Manuel Balceiro, que como recordarás está detenido bajo la acusación de haber asesinado a un periodista llamado González Rebollar y herido a una clienta tuya: María Luisa Pereda.

—Ah, relaciones de negocios con Balceiro. Ya caigo.

—¿Ya caes?

—Sí.

—Da la casualidad que a Balceiro le defiende tu socio de bufete, Castéllez Govín. ¿Vuelves a caer?

—¿Qué quiere decir ese “vuelves a caer”, Velasco? No me gusta tu tono.

—No, no, no. Que haya paz, mucha paz, que haya paz, trabajo y progreso. Tú dijiste horita: “ya caigo”, yo te pregunto ahora: “¿vuelves a caer?”, sólo para saber si recuerdas que Castéllez Govín defiende a Balceiro.

—Sí, lo recuerdo.

—Entonces, cuando nos enteramos de algunas cuestiones que podían salir a la luz pública, complicando sobremanera el tratamiento de este eminente bufete en el caso del español, Pepe Luis me dijo: “Vamos a darle una mano a Miró y Castéllez, que son gente buena”, y yo..., verraco que soy, me dejé convencer, vengo para acá y tú me dices que no te gusta mi tono.

—No pierdas la tabla, Velasco.

—¿Qué tabla? Si estoy hablando tranquilito, serenito, para que todo salga bien clarito en la grabadorita. Y para decirte que si tú y tu socio tienen interés en... digamos... aminorar ciertas importantes pérdidas de prestigio profesional que dentro de poco habrán de sucederles, mi colega y yo tendremos sumo gusto en conversar con ustedes, en terreno neutral, ni en estas oficinas ni en las nuestras, para poder expresarnos con entera confianza. Y cómo tú sabes la forma de localizarme, sólo me resta desearte que pases muy buenas tardes, mi querido Miró. Vamos, Pepe Luis.

En tres repugnantes sesiones repletas de cinismo, componendas, amenazas y concesiones, cuyo resultado fue un arreglo complejo donde todas las partes ganaron algo, celebramos las negociaciones. Nuestros propósitos eran satisfacer la pura y simple venganza que ansiaba la viuda, lograr una condena del español y fletar de Cuba a la gallega prostituta. La otra parte, desde luego, luchaba por lo contrario, pero todas sus esperanzas naufragaban si se hacía público el escándalo del contrabando y el

chantaje, añadiendo nuevos elementos, como la premeditación, al complicado caso de su defendido. Miró Noguera y Castélliz Govín creían estar silenciándonos, porque ignoraban la prohibición de hacer público el escándalo aduanal. Hubo que destruir evidencias tomar nuevas declaraciones, romper las viejas y acallar testigos, a fin de que en las vistas del juicio incoado, María Luisa declarara que la mañana de los hechos el español se presentó en su hogar sin previo aviso y, haciendo uso de la llave que poseía, la encontró en conversación con González Rebollar; como existían celos entre ambos, se inició una riña en que el periodista dominó por superior fortaleza física. No contento con ello y hallándose el español en el suelo, quien resultó occiso se encaminó a la cocina en busca de un cuchillo proclamando que mataría a Balceiro, por lo que este se puso en pie, marchó hasta el cuarto y se apoderó de un revólver que un año antes había obsequiado a María Luisa e hizo dos disparos, uno de los cuales hirió a la mujer de modo accidental y el otro dio en el blanco.

Pamplinas. En realidad la discusión fue por el chantaje. Balceiro se indignó por la desfachatez del periodista y le disparó a mansalva. Según María Luisa expresó en la conversación privada que sostuvo con nosotros, todavía González Rebollar tuvo fuerzas para avanzar hasta el español y forcejear con él por la posesión del arma, oportunidad en que se escapó el segundo disparo que la hirió y entonces sintió que... se orinaba. Balceiro se dio a la fuga y el chantajista, en último gesto de cortesía caballeresca, la ayudó a bajar las escaleras, detuvo un taxi y la envió para el hospital.

Al final, María Luisa abandonó el país dos días después de concluido el juicio, Balceiro fue declarado culpable de homicidio con atenuantes y sancionado a seis años de prisión (de los que sólo cumplió quince meses porque le compró el indulto a Batista, vía Silito Tabernilla, en cien mil pesos) y Llaneras marchó a Panamá,

donde aseguraban que logró contactos en la Zona del Canal, que le permitieron operar exitosamente un negocio de importación y exportación. ¡Arrea!

Uno se amargaba la existencia, comía mal, dormía poco, cogía úlceras, desatendía los hijos, dejaba espiritual y materialmente sola a la mujer con demasiada frecuencia, presenciaba espectáculos sangrientos y se la jugaba de cuando en cuando, para que todo siguiera en la misma mierda.

La formal constitución del BRAC levantó una tormenta de protestas. El texto del Decreto publicado en la Gaceta Oficial tuvo escasas modificaciones, todas de redacción, respecto al borrador que Santiago Rey había distribuido para las secretas conversaciones iniciales. Revelado el carácter brutalmente represivo de la nueva entidad, los comunistas no pudieron expresar público rechazo por estar proscritos, pero no escapó a otros sectores opositores que bajo el rótulo de conspiradores marxistas, la tiranía quedaba facultada a reprimirlos en todas las facetas de la vida social. Salvo voceros pagados del régimen y órganos de la ultraderecha como el **Diario de la Marina**, la prensa hizo un enjuiciamiento virulento y negativo del nuevo Buró.

El paladín que salió en su defensa fue, desde luego, el Ministro de Gobernación. Concedió entrevistas, compareció en la televisión, habló en actos, siempre repitiendo un sonsonete monótono sobre los peligros del comunismo y tratando de convencer a todos que, después de Superman, nadie lucharía mejor contra el avance de las hordas rojas que el general Fulgencio Batista y Zaldívar, apoyado por sus valientes y dignos cruzados del BRAC.

—No esperaba tanta escandalera —me dijo una tarde, cuando ultimábamos detalles organizativos en su bufete.

—Ya se calmarán —respondí.

—La algarabía que se ha formado es como si el BRAC tuviera cien mil hombres dando palos por la calle. Total, son del SIM, la Policía, el Ejército y la Guardia Rural los que le suenan el cuero a la gente.

—Y debemos aspirar a que así siga siendo.

—¿Cómo?

—Mire, Ministro, a nosotros nos interesa que el BRAC sea un organismo eminentemente técnico, especializado, al margen del rejuego político democrático que debe existir en el país. El BRAC se tiene que ocupar única y exclusivamente del comunismo y los comunistas, hoy que es presidente Batista, mañana que pudiera serlo usted y pasado mañana que pudieran gobernar otros.

Santiaguito me observaba con gran atención, todo oídos desde que sugerí la posibilidad que ocupara la primera magistratura, pensando tal vez que la CIA estaba valorándolo como sucesor del tirano. Había sido una magnífica idea de Ernesto, basada en mi inspiración de decirle al Ministro que él y el presidente del Banco Nacional de Cuba eran admirados en la Embajada, a fin de que resultara todavía más maleable y llevara a la práctica la mayor parte de mis recomendaciones. Alentado por la reacción del hombre, viéndole bailar en la mirada las ansias del poder, continué por el rumbo que mi jefe había indicado.

—En el BRAC quizás haya que dar unos cuantos palos, pero los menos posibles. Tendremos que tener armas, autos, cuerpo de guardia y personal que limpie las armas, maneje los carros y pase noches sin dormir en la carpeta, pero más que todo, el BRAC tiene que ser un órgano de contrainteligencia. El SIM, con nombre equivocado, no desempeña ese papel y la mayoría de sus efectivos son matones que visten de uniforme, portan pistola y alardean demasiado. Así no es, ni puede ser, un aparato de seguridad.

—Tú no me irás a decir que la cosa es de ponerse abrigos y sombreros, como en las películas.

—Pues sí, señor. Para Cuba, sustituya el abrigo y el sombrero por la guayabera o la camisita de mangas cortas con una gorra de pelotero en la cabeza y se irá acercando a la idea. Hay que buscar mecánicos, albañiles, carpinteros, oficinistas, gente que viva entre los obreros, y pagarles veinte pesos al mes para que una vez cada dos o tres semanas, visiten un lugar que les indiquemos y nos digan quién en su círculo de amistades y relaciones habla de que la clase obrera debía tomar el poder, o que los americanos son unos degenerados, que los capitalistas viven del sudor de los trabajadores o cualquiera otra de las ideas comunistas. Y entonces decirle a ese agente nuestro que se acerque al que así se exprese, le manifieste simpatía, le pida saber más sobre esas ideas, porque le parecen muy buenas. Nuestra línea principal de trabajo debe ser infiltrar gente en el movimiento comunista, pero no para ir a prender al que simpatice con ellos o sea miembro del Partido, sino para conocerlo, formar un expediente, saber dónde vive, trabaja y estudia, con quiénes se reúne, y tener todo bien clasificado y ordenado en un gran archivo, ese debe ser el núcleo del BRAC, un gran archivo con datos de todos los comunistas, filocomunistas, anarquistas y simpatizantes de cualquiera de esas tendencias. Porque si un día empiezan a moverse, a conspirar, a preparar algo de importancia, le echamos el guante a todos en tres horas, aunque sean mil, cinco mil, o diez mil, si hemos hecho bien nuestro trabajo, con la colaboración del SIM y la Policía, en tres horas los prendemos a todos.

—La verdad es que...

—Eso es así, Ministro. La represión excelente es invisible, se alimenta y duerme durante meses y años, nadie sabe que existe, pero cuando el amo chasquea los dedos salta como un resorte,

neutraliza el peligro y vuelve a su mundo subterráneo para iniciar un nuevo ciclo.

—Está bien, pero nosotros necesitamos reprimir no sólo a los comunistas. Los comunistas más nunca tumban a Batista. Nosotros necesitamos infiltrarnos entre los ortodoxos, los fidelistas, los auténticos...

—¡Santiago!, por favor, un hombre de tu agudeza —dije estrenando el tú con el abogadito.

—¿Eh? —exclamó confuso.

—¿Quién es el jefe del BRAC?

—Yo, desde luego.

—Un político hábil no se crea enemigos innecesarios, por una parte. Por la otra, cuando dices “nosotros”, estás pensando en este gobierno; cuando yo digo “nosotros”, estoy pensando en la Agencia y la Embajada. A ti, en lo personal, te refuerza las posibilidades futuras dar a la conducción del BRAC una tónica única y exclusivamente anticomunista, te coloca por encima de rivalidades entre no comunistas, porque los auténticos, los ortodoxos, los fidelistas, lo que quieren es llegar al jamón, viejo, no llegar al comunismo. La vida da muchas vueltas y el compromiso de un hombre con aspiraciones no debe obstaculizar, sino favorecer un premierato, la vicepresidencia, tal vez inclusive la presidencia del país.

—La vicepresidencia es mierda.

—Pero la presidencia no.

—¡Yo no pienso en eso, compadre!

—Pues tienes que ir pensando.

—¿Tú crees que... la Embajada...

Levanté una mano deteniendo su pregunta, cerré los ojos y negué con la cabeza. Abrí los párpados para encontrar la confundida mirada del Ministro.

—Nada sé, nada digo. Sólo tengo sospechas por los rumores que oigo, pero no pongas la carreta delante de los bueyes. Primero hay que complacer a los “nosotros” en que yo pienso y ellos desean un enfoque en la conducción del BRAC como el que más o menos te he delineado. Sí, vamos a tener una fachadita con uniformes, chapas y patrulleros, pero sin mucha ostentación. Vamos a radicar ese grupo donde tú digas, en Columbia si te parece bien para La Habana, en cuarteles del Ejército en las capitales provinciales, para que haya una sede oficial donde dirigir correspondencia, archivar documentos, fotografiar arrestados y toda esa bobería, pero la sustancia debemos organizarla como he dicho. Hazme caso, Santiago, que no te vas a arrepentir.

—Es que... el General ha dicho que el BRAC debe tener un papel importante en abortar conspiraciones y Tabernilla... bueno, tú viste cómo se puso aquel día diciendo que si iba a ser la cosa de darle “botellas” a la gente...

—Comprendo.

—Si organizamos esto de la forma que tú quieres, no va a haber mucha acción.

—Aparente. Oculta, sí.

—¡Pero lo aparente es lo que sale en los periódicos, Velasco! Es por lo que felicitan a la gente.

—Vamos a hacer una cosa. Yo preparo un diagnóstico y pronóstico técnico acerca del tema, tú se lo das al presidente y le dices que ha sido confeccionado a partir de sugerencias del experto que la CIA asignó al BRAC. Contendrá lo que hemos conversado y una proposición de crear el centro de entrenamiento que la Agencia desea y del que te hablé aquella vez en el restaurant. Eso sí, mecanografío yo el borrador, tú añades lo que creas y vuelvo a mecanografiar personalmente la versión definitiva. Nada más que va a haber una copia, la de la Agencia, y debes pedirle al

presidente que sea restrictivo en cualquier consulta, para que no se difunda el contenido. Si él lo aprueba, no deberás preocuparte más.

—Está bien, métele mano.

Durante tres noches Ernesto y yo laboramos fatigosamente en la redacción del documento. Había que sopesar diez veces cada palabra, valorar sus implicaciones, qué puertas abría y qué puertas cerraba, en qué comprometía y de qué liberaba. Lo forjamos casi letra a letra y tomó cinco hojas a un solo espacio.

Santiaguito se limitó a sustituir algunos calificativos, introducir un par de comas y añadir un párrafo adulatorio al comienzo, de manera que Ernesto se frotó las manos cuando comencé a mecanografiar la versión final en original y una copia. Habíamos adquirido para la ocasión dos Underwood similares, bajo nombre falso, en Casteleiro y Vizoso. Un especialista del Partido cambió todos los tipos de una hacia la otra, por lo que ambas podrían emplearse durante algunos meses corriendo pocos riesgos de identificación. Desde luego, antes del año habría que destruirlas y comprar otras dos de una marca diferente, a las que se les repetiría el proceso.

Al fondo de la barbería, en el pulcro cuarto que servía de dormitorio a Ernesto, de pie ante una cómoda sobre la que reposaba la máquina, lentamente fui mecanografiando las hojas en la evitación de errores que demanda un documento de primer nivel. La número 3 fue la fatal; cuando concluía el último párrafo machaqué una x en lugar de una c, así que saqué el juego, monté otro nuevo e inicié la reelaboración, pero a mitad de camino le di a la n en lugar de la m y solté un coño. Eran las diez de la noche, me dolían los pies y los hombros, tenía hambre y calor, pero había que concluir. Puse las nuevas hojas en el rodillo, avancé despacio y el

tercer intento quedó impecable. A las once y quince concluimos una revisión exhaustiva, luego de la cual Ernesto fotografió los originales de las cinco hojas. Metimos todo en un sobre que guardé en el maletín, partí rumbo a casa y al llegar encontré a Victoria celosa y agresiva: “¿Así que te volviste a pelar? y llegas a las doce y media de la noche. ¡Estoy más cansada ya!”

En realidad, el documento era técnicamente correcto, postulaba la especialización y explicaba por qué convenía. No había alusión alguna a los aspectos políticos que sirvieron de carnada para Santiago Rey, tampoco negaba la posibilidad de reprimir con violencia, pero dejaba claras las aspiraciones de la Agencia en cuanto al ámbito nacional. El nuevo oficial de la CIA me felicitó por la preparación del trabajo, luego de leer una traducción elaborada para su consumo, presillada a la copia que, con toda seguridad, iría para los archivos de Langley.

Cuando salí de la entrevista con el yanqui fui para el bar del restaurant Monseigneur, porque me sentía bordeando la esquizofrenia ante ese perenne e imprescindible cambio de posiciones mentales que el trabajo secreto impone. Pedí Matusalén doble a la roca y traté de desconectar mirando gente y oyendo la suave música indirecta, pero la imagen que asaltaba mi mente era la de estar caminando por la cuerda floja tendida sobre un abismo insondable.

Decidí tomar una semana de descanso para que mis pobres hijas disfrutaran algo de sus vacaciones veraniegas. A Pepe Luis le habían sobrado unos dos mil pesos del dinero de Hedges y con eso amueblamos la casona de la finca El Carmen. El flaco estaba arrebatado con el lugar y aceptó mantener el secreto para sorprender a mujeres e hijos. Pedimos autorización, inventamos

supuestas pesquerías de truchas en Mayajigua y en la mañana de un sábado dos autos, cargados de descendientes, matriarcas y patriarcas, se encontraron junto al paradero de la ruta 4.

—Ehh..., mira Vicky. Ahí está parqueando Pepe Luis con Araceli y los muchachos.

—Verdad. Para, para, vamos a saludar.

Ambos habíamos acordado decir que visitaríamos la finca de un amigo, para justificar algún equipaje, por lo que iniciamos una función de “¡mira qué casualidad!”, “ocurrírsenos a los dos al mismo tiempo”, pero ellas se pusieron gatas da inmediato. Abordamos los autos y supongo que a él le habrán interrogado igual que a mí.

—¡Qué se traen ustedes!

—¿Qué nos traemos de qué, Vicky?

—Esa casualidad y la risita que tienen.

—Ay, vieja, déjate de beberías.

Cuando llegamos fue el acabóse. Los muchachos, hijos de concreto y asfalto, no supieron de inicio qué hacer, miraban los árboles, la hierba y el alegre perro sin acabar de decidirse entre correr, jugar o trepar a un árbol. Hubo necesidad de una rápida explicación en el oído de sus madres (es una sorpresa, esto lo alquilamos para pasar aquí los fines de semana y las vacaciones: ese viejito que viene ahí cuida esto, se llama Sabino y cree que el flaco y yo somos abogados y hermanos) porque nuestro anciano guardián se acercaba, sombrero en mano, sonrisa desdentada a pleno sol, para saludar a quienes consideraba señorones habaneros.

Come es natural, a lo bueno los seres humanos nos adaptamos de inmediato. Ya el lunes por la mañana los tres varones de Pepe Luis y mis dos hembras componían dos tremebundas bandas mixtas de corsarios y piratas que se atacaban, escondían y corrían a todo tren por las inmediaciones de la vivienda, experimentando la

forma de derribar un mango a pedradas, boquiabiertos ante una araña “pelúa”, echando tanto maíz a las gallinas que las embuchaban, sudorosos, tostados de sol, riendo siempre. Las madres habían colocado, a su gusto, cazuelas y sartenes, sillones y butacas, camas y gaveteros; cocinaban con tomates y ajíes recién arrancados de las matas, freían huevos puestos dos horas antes, asaban en el horno piezas del cerdo sacrificado la mañana del sábado, y todo sabía distinto: fresco, jugoso, ajeno a latas y glucomatos, lo cual pagábamos el flaco y yo trabajando como animales, porque aquellas dos señoras se anticiparon a la liberación de la mujer y dijeron que “¡qué va!, que aquella casa era demasiado grande y todo el mundo tenía que participar en su limpieza”, entendiéndose por todo el mundo a los dos adultos de sexo masculino, de manera que tuvimos que deshollinar, amarrando una escoba de palmiche en la punta de una caña brava larguísima, barrer miles de metros cuadrados, trapear los mismos miles de metros, dar pulimento a los novedosos muebles, lavar las ventanas por fuera y por dentro, pero eso sí, con una botella de ron siempre a mano, pellizcando tostones, chicharrones o un muslito de pollo empanizado, haciendo cuentos, voceándole a los muchachos que se limpiaran bien los zapatos antes de entrar; en fin, divirtiéndonos como jamás antes.

El mismo sábado por la mañana, luego de que sacrificó y limpió el cerdo, autorizamos a Sabino para que pasara en su hogar los nueve días que pensábamos estar en la finca. Poseíamos libertad de acción y palabra, gritábamos por gusto, poníamos el radio alto, andábamos en shorts, en compensación por la tensa vida dejada atrás.

Llenar el tanque de agua nos divertía, porque el motor de gasolina era un banquete. Viejo y renqueante, se arrancaba con trabajo luego de hacer girar innumerables veces una rueda lateral

que servía de “cranque”, en tanto se ponía la mano sobre el carburador para regular la admisión de combustible. Cuando al fin funcionaba, hacía explosiones irregulares, carentes de todo ritmo BAN-ban-ban-BAN-BAN-BAN-ban-BAN-ban-ban, que lo caracterizaban como un auténtico fenómeno de la combustión interna. Entonces se colocaba una correa de transmisión que iba de la polea de la bomba de agua a la del motor, regábase pez rubia en ella, y se unía a las arrítmicas explosiones, el sonido de los herrajes de la bomba en un plínquiti-pláncata - plínquiti-pláncata, todo lo cual había que soportar durante un par de horas, hasta que se llenaba el tanque de concreto fundido encima de la caseta del pozo, de unos dos mil galones de capacidad. La primera vez que echamos a andar aquello, las mujeres salieron de la casa corriendo asustadas a averiguar qué desgracia se había abatido sobre la hermosa finca, y los muchachos vinieron a todo galope para conocer la novedad. Usted sabe cómo es el galope ese. Corren diciendo tacatán, tacatán, en tanto se golpean las caderas con las manos.

De noche, nos sentábamos en el portal del frente después de la comida y hacíamos cuentos, los niños de sus correrías, las mujeres de sus experiencias culinarias o de sus andanzas por los linderos de la finquita, los hombres de aquellos aspectos que nos concernían; todos al mismo tiempo en ocasiones, por turnos otras, y a mí me parecía tan curioso oír al flaco diciendo que mañana teníamos que encaramarnos en sillas para limpiar los canelones de la lámpara de cristal colgada en el centro de la sala, en tanto Araceli y Vicky intercambiaban tenues sonrisas; tan extraño ver a las niñas vistiendo pitusas, acostadas bocabajo sobre los mosaicos, haciendo historias a los tres silenciosos varones en inauguración de trucos femeninos; tan raro mirar un reflejo de luz en los ojos del perro echado a mis pies o las luciérnagas que encendían una esquina del

portal, que me parecía aquel un mundo distinto, un planeta diferente, o al menos una Isla aún no descubierta en que hubiésemos ido a recalar por obra de algún Merlín maravilloso.

Entonces, con la digestión en marcha, los muchachos iban durmiéndose sobre el piso, extenuados, y para que el frío del mosaico no les ocasionara resfrío, a medida que se rendían los cargábamos hasta sus camas, en medio de protestas incoherentes de “yo no quiero acostarme, yo no estoy dormido, anda papi”, hasta que el último sobreviviente se rendía a Morfeo, y los adultos, inmersos en la magia, reflexionábamos sobre la vida y el mundo.

—Uno se hunde en esa existencia —comentaba Pepe Luis una noche— sin entender que está renunciando a instantes de maravilla, porque mirar esa luna vale más que ver el show de Tropicana, que siempre son la misma gente meneando los mismos fondillos, pero vestidos con trapos diferentes; y no es igual tomarse este café oliendo lirios y mariposas, que respirando el petróleo quemado por una General Motors.

—Porque es que aceptar algo siempre significa renunciar a algo —dijo Victoria con el sillón reclinado hacia atrás, sus pies encaramados en mis muslos, las manos tras la nuca y la mirada en el estrellado cielo.

—¿Cómo es eso? —preguntó el flaco.

—Aceptas vivir en la ciudad; renuncias a vivir en el campo; aceptas estudiar medicina, renuncias a tu tiempo libre; aceptas luchar por un ideal, renuncias a tu individualidad, como le ocurrió a Martí.

Se hizo silencio. Cada quien digería el razonamiento según la agudeza o intuición propios y me parecía ver los cerebros analizando aquellos bloques de conceptos, colocándolos en determinada forma y empezando a añadir bloques propios.

—Es verdad —dijo Araceli—, no se puede ser gran deportista y gran borracho a la vez, madre ejemplar y puta, asesino y santo. Uno escoge, lo que pasa es que siempre valora cómo se desenvolverá la vida por el camino seleccionado y no medita cómo se desarrollará aquello a lo cual renunció. Entonces un día pasa esto, te sales del carril, saboreas lo que renunciaste y ves que no es malo, o que es bueno, o tal vez que es mucho mejor de lo que tienes.

La pausa fue larga, deliciosa, con el canto de los grillos penetrando los extrañados oídos y el peculiar aroma de la hierba cuando empieza a bañarse de rocío, filtrándose por las fosas nasales. Pepe Luis encendió un cigarrillo.

—Lo que pasa es que sabes todas las facetas malas de tu especialidad —dijo expulsando el humo—, pero ignoras las de otras profesiones o hábitos de vida porque no los has vivido. Entonces..., uno idealiza.

—El campo es bello —dije— cuando es así, a treinta minutos de la capital, con dos carros en la puerta, luz eléctrica y agua corriente. Cuando uno no viene a arar la tierra, ni a cortar y alzar caña, ni a chapear marabú.

—Descendiste, capi, descendiste —me reprochó Araceli—, creía que estábamos acercándonos a algo... más general, al conflicto entre vida simple y complicada, sana o enfermiza, agitada o plácida.

—Comprometida o no comprometida —añadió Victoria.

—No existe vida sin compromiso —refutó Pepe Luis—. No comprometerse es una forma de compromiso.

—Cierto —concedió mi mujer—, mejor debí decir arriesgadamente comprometida o seguramente neutral.

—Yo no sé, de verdad que no —dijo Araceli retomando la palabra—, porque todos esos conceptos son relativos. Lo simple y

lo complicado, por ejemplo. Bueno sí, yo adoro lo simple de esta vida, esta finquita para mí es un paraíso, pero si un hijo mío coge poliomielitis, que Dios no lo quiera, quiero la mejor atención para él, que le salven la vida metiéndolo en un pulmón de hierro, que es lo último que han inventado, y eso es un aparato complicado. Entonces, para una cosa quiero lo simple, para otra lo complicado, y no tomo posición definida, no soy consecuente con un principio.

—Mira, Ara, los principios hay que seleccionarlos —respondió Victoria—. El primero que yo escogería es el de no hacer tonterías, porque sería tonto que si tengo la posibilidad de recurrir a un adelanto de la ciencia para salvar la vida de un hijo, no lo haga porque el aparato es un complicado tareco y yo he dicho que prefiero lo simple. No planteaste bien el problema. Las disyuntivas no son entre vida simple o complicada, sana o enfermiza y..., ¿qué otra cosa dijiste?

—Agitada o plácida.

—Anjá. Son entre vida útil o inútil, justa o injusta. Punto. Se acabaron las disyuntivas. Hay que escoger entre una vida útil y justa o una inútil e injusta. Puede haber un guajiro viviendo en un lugar como este que rehuya el trabajo, no siembre su tierra, se gaste el dinero en aguardiente y juego de gallos, mientras un negrito que limpia zapatos de la mañana a la noche en los Cuatro Caminos ahorra cada quilo para alimentar y educar a sus hijos. Luego..., ¿algo es justo y útil?, lo hago, sea simple o complejo, agitado o plácido, arriesgado o no. Pero si es injusto e inútil no muevo un dedo.

—¿Puede haber vidas justas e inútiles? —pregunté.

Pepe Luis me observó un instante, estuvo a punto de reírse, pero sacudió la cabeza y quedó reflexionando más allá del primer impulso.

—Yo creo que sí —dijo Victoria—. Millones de personas viven vidas justas que son inútiles. No transmitieron sus valores a hijos porque no pudieron tenerlos, nada inventaron o descubrieron, nunca salvaron una vida, y sin embargo fueron buenos, leales, decentes...

—Ibas bien, pero te despistaste —cortó Araceli—. En ese ejemplo que dieron de bondad, lealtad y decencia está la utilidad. No, no puede haber vidas justas e inútiles.

—Estoy de acuerdo —sentenció el flaco—, aunque a veces uno conoce a algunos tipos...

Reímos los dos con ganas, en la reforzada hilaridad del ron. El perro se puso en pie asustado por el súbito escándalo y al comprobar que nada sucedía estiró los músculos del cuerpo, primero las patas delanteras, luego las traseras, bostezó y de nuevo se echó al piso.

Varió el tema, cambiamos de posición en los asientos, continuó la vida de nueve seres humanos bajo un mismo techo, cinco durmiendo su inocencia, cuatro paladeando amor, vida e ideas, mientras la luna vestía de plata aquella dulce noche cubana.

El brillante Cadillac negro giró a la Izquierda y enfiló la entrada sur del Palacio Presidencial. De inmediato, un obeso sargento levantó su mano izquierda ordenando el alto, en tanto, la derecha se apoyaba en mecánico gesto sobre la funda de cuero que guardaba la reglamentaria Colt .45. Los dos soldados que manejaban la ametralladora calibre .30, situada tras unos sacos de arena, enfocaron sus miradas sobre el auto, al tiempo que un segundo teniente salía del zaguán.

El oficial avanzó hasta situarse al lado del chofer, mientras sus ojos buscaban en papeles presillados sobre una tablilla el número

de chapa del auto y los nombres de quienes estaban autorizados a penetrar en el edificio. Habiéndolo encontrado todo, observó primero al chofer y al guardaespaldas, que ocupaba el asiento delantero, y entonces pasó la vista a la parte posterior. Miró mi identificación y cuando reconoció a Santiago Rey, su mano derecha viajó con desgano hasta la corta visera del casco, en mecánica cortesía de quien —viendo todos los días al hombre más importante— no concedía demasiada trascendencia a un ministro de Gobierno. Es algo que le sucede a algunos sirvientes, escoltas y ayudantes: de tanto roce con el número uno, empiezan a creer que ellos son el dos.

Cuando sus ademanes ocasionaron que se abriera la verja de hierro, pasamos al patio interior y descendimos del vehículo. En forma automática abotoné el saco, halé los puños de la camisa bajo las mangas y ajusté el nudo de la corbata, mientras trataba de captar la mayor cifra posible de detalles sobre aquel lugar donde por primera vez ponía los pies, pero ya Santiaguito caminaba hacia una entrada y hube de seguirle a paso largo. Tomamos un elevador operado por un hombre sonriente de impoluto vestuario blanco, que nos llevó hasta el tercer piso. Allí aguardaba un no menos impecable teniente de navío de la Marina en uniforme de gala, que nos condujo por el pasillo hasta una puerta que daba paso a un recibidor, nos cedió la entrada y luego cerró, abandonándonos en el sitio.

Rey, habituado al lugar y sus costumbres, tomó asiento sin muchos miramientos en una silla estilo algún Luis francés y encendió un cigarrillo Salem, en tanto yo enmascaraba el nerviosismo observando un tapiz y unos candelabros que eran verdaderas joyas de arte. Lo que había apreciado en el sitio hasta aquel momento era realmente suntuoso, desde el brillo perfecto del bronce pulido en el elevador, hasta las maravillosas lámparas de

cristal que colgaban de los techos; todo reluciente, sin una partícula de polvo, envuelto en tenues aromatizantes que deleitaban el olfato, mientras los oídos apenas captaban los suaves murmullos que caracterizan los lugares exclusivos, pero surgió la primera imperfección al entrar Silito Tabernilla por una puerta secundaria.

—Coño, Santiaguito, mi hermano, ¿cómo tú estás, mulato?

El Ministro se puso de pie sonriendo y ambos intercambiaron el abrazo de rigor con las no menos obligatorias palmadas en la espalda. El hijo de Tabernilla no rebasaba los treinta y cinco años, pero ya estaba acumulando grasa en los flancos y se le notaba bajo los laterales de la excelente guerrera.

—Bien, Silito, bien, ¿y tu chico?

—De lo mejor.

—¿Y tu padre?

—El viejo está entero, no le duelen ni los callos

—¡Cuánto me alegro!

—Este señor..., ¿es el capitán Velasco?

Su mirada tuvo un toque de respeto e interés que resultaba inusitado para una persona tan subalterna como era yo respecto al ayudante personal del presidente de la República, hijo del jefe del Ejército y coronel. Para Silito, como para todos los integrantes del primer escalón de mando, un capitán de Pollera era algo no mucho más elevado que un jefe de sección de cualquier ministerio, el secretario de un juzgado o un sargento político de barrio, gente a la que se trata a través de otro, a quienes no se ve, conoce o aprecia porque su poder es minúsculo y, en definitiva, siempre deben obedecer. Por eso era significativa la deferencia en el tono de voz, lo espontáneo de la sonrisa, la mirada escrutadora y el evidente interés de agradar. “Ya el tipo sabe que soy de la CIA”, pensé.

—Servidor de usted, coronel. Y a sus órdenes.

—Mucho gusto. ¿Tú sabes que tu cara me resulta conocida?

—Bueno, hemos coincidido dos o tres veces en el despacho del Brigadier General.

—¡Ah, carajo! Claro que sí, ahora me acuerdo. Oye, Santiaguito..., van a tener que esperar un ratico, a que termine una conferencia. La tarde ha estado complicada.

—No hay problema.

—Ahora tienen que perdonarme...

—No tengas pena, viejo.

—Horita nos vemos.

El mequetrefe se retiró por donde mismo entró y al instante apareció un criado a indagar qué deseábamos. Ordenamos pasteles de pollo y café que consumimos en el silencio y concentración que los manjares exquisitos imponen, pero cuando fue retirado el servicio, Rey comentó recientes hechos insurreccionales, criticando acerbamente a los enemigos del régimen. Le escuchaba interesado porque algunas cuestiones no habían sido publicadas en la prensa, cuando de pronto me pareció que no hablaba para mí, sino para quien pudiera estar oyendo. Su lenguaje era demasiado panfletario y ardoroso, incongruente con conversaciones previas, como la de sus posibles aspiraciones presidenciales, para que estuviese dirigido a mis oídos. Era interesante notar que el hombrecito tuviera tales actitudes en el interior de Palacio, semejante interés en reforzar su condición de batistiano fiel por la sospecha de que nos grababan la conversación. Después de todo, los abrazos y palmadas en la espalda no eran tan genuinos como a primera vista parecía.

Transcurrieron treinta minutos y el diálogo languideció. Santiaguito tomó una Life que reposaba sobre la mesa de centro y yo caminé hacia la ventana, para observar tras el cristal de las persianas la gradual difuminación de los colores a medida que caía

la tarde. Recordé como, cuarenta y ocho horas antes, el Ministro de Gobernación me había notificado la discusión del documento sobre la futura conducción del BRAC para aquel día, hora y lugar con Fulgencio Batista en persona. Profundamente preocupado, con Ernesto examiné en detalle las alternativas y trazamos el peor escenario posible: la posibilidad de que el tirano ordenara convertir el BRAC en centro de tortura y muerte. Tomadas las decisiones sobre qué hacer en tal caso, fuimos valorando situaciones menos extremas hasta imaginar que aceptase la propuesta en su forma íntegra. Después tuve una sesión parecida con Weidman, pero el oficial norteamericano no tenía inquietudes por los aspectos nacionales e insistía en la necesidad de lograr que Batista colaborara para la construcción de la escuela, sin revelar su transformación en centro continental a mediano plazo. Era como estar en el suelo atado de pies y manos, en tanto un caballo hala por los brazos hacia el norte y otro por las piernas en dirección opuesta. Lo normal es que uno resulte descuartizado y cada caballo quede en libertad de ir donde mejor le plazca. Vi gente caminando por el parque y el estómago ronroneó indicando que cuando uno está apendejado, no debe comer pasteles de pollo, por muy succulentos y presidenciales que sean.

De nuevo se abrió la puerta secundaria y entró el tirano. Rey se levantó inmediatamente y retorné junto a él, mientras Batista avanzaba hasta nosotros seguido de Silito. En tanto estrechaba su mano, aprecié que era unos centímetros menor de estatura que yo, de corpulencia sólida sin gordura excesiva, con escasas canas plateando entre el negro y lacio cabello. Vestía traje de dril blanco y corbata azul, sonreía por hábito político y los achinados ojos absorbían detalles a suma velocidad, moviéndolos de un rostro a otro en tanto ocurría el intercambio de saludos y mi presentación. La voz era grave y estaba exenta del engolamiento que la

transformaba al pronunciar discursos, pero sus proverbiales omisiones de dicción en las eses, zetas y otras consonantes intermedias, se hacían más notables en aquella intimidad de una reunión con incondicionales. “Siéntense, señores”, indicó, mientras él mismo asumía esa postura y cruzaba la pierna izquierda sobre la derecha, mostrando el lustroso calzado y las finas medias importadas. Santiaguito y yo obedecimos, pero Silito hubo de situarse detrás de Batista sosteniendo en sus manos un pequeño estuche negro y una carpeta de documentos.

—Dame el papel, Silito —dijo el déspota, por lo cual, su ayudante abrió la carpeta, extrajo la propuesta que con tanto trabajo hube de mecanografiar y la entregó a su amo. Batista llevó la mano derecha a un bolsillo interior del saco, extrajo los lentes de la funda y se los colocó devolviendo al mismo bolsillo el estuche. Evidentemente releía, pues la primera página hubo de saltarla, de la segunda, tercera y cuarta leyó fragmentos y la última tampoco mereció su atención. Fueron unos seis o siete minutos de silencio.

Todo ese período de tiempo lo observé, viajando atrás con la memoria, poniendo en la pantalla del cerebro aquel sargentico joven que saltó a la primera plana de los periódicos en septiembre de 1933, primero como uno más en el molote de rebeldes golpistas retratados, luego entre cuatro o cinco de los cabecillas, más adelante solo; gráficas constancias de su habilidad de maniobra y maestría en el oportunismo político. A pesar de la inmadurez y el desinterés que me acompañaban al abandonar la adolescencia, percibí entonces que por un momento, grandes capas populares vieron en Batista a una de ellos: un humilde, de pobre origen, en arrastrao que sabía lo que era comer tierra e iba a darle una mano desde el Poder, a los que nada tenían. Y fue una equivocación casi selectiva, diría yo, porque sucedieron los ascensos, condecoraciones y recepciones, se incrementaban los entorchados

dorados del uniforme de gala, paladeábanse nuevas y deliciosas carnes bien aderezadas, caldos increíbles, dulces insospechados, no era lo mismo andar en un De Salle que en un tranvía, tomar champagne que pru oriental, recibir órdenes que darlas, y el humilde fue olvidando su origen primero, abochornándose después, maldiciéndolo al final, y trató de labrarse un futuro maravilloso que compensara el accidentado comienzo de su existencia. Eso, claro, no podía hacerse con un sueldo de general, había que politiquear, prometer mucho y cumplir lo menos posible, decirle que sí siempre al embajador americano, inaugurar una escuelita por aquí y un hospitalito por allá, salir en los periódicos a diario, lograr una postulación primero y la presidencia después, llegar a la cúspide, porque ahí sí que la cogioca es inmensa, ahí sí que cualquiera se busca diez o veinte millones de dólares en cuatro años, y a quien se atreviese en medio de ese plan, hay que comprarlo o hay que aplastarlo; primero por las buenas, pero si no entiende debe contarse con gente capaz de encarcelar o matar si es preciso. Y cuando todo lo logró, la gran fortuna, la suprema magistratura, el aniquilamiento de sus enemigos, terminó el primer período presidencial calmado, creyendo en su realización, y se retiró; primero a Kuquine, la hermosa finca de recreo cerca de La Habana, después a Daytona para ver siempre las calles llenas de gente rubia que, por respeto a los millones, le sonreían como si él también fuese rubio. Pero no contó con la ignorancia de sí mismo, aquel malestar de no tener a quien dar órdenes, salvo criados y guardaespaldas, no ser consultado en grandes cuestiones de la República, no conceder entrevistas de prensa, no recibir a embajadores y ministros, senadores y representantes, no otorgar indultos ni dictar ejecuciones. Era exasperante dedicar el tiempo exclusivamente a revisar catálogos buscando ampliar la colección propia de objetos napoleónicos, pasear en el yate, promediar en las

discusiones entre hijos, acompañar la mujer a la joyería, mierda, todo eso era mierda, y le crecía el deseo de respirar los olores de la Tierra, galopar en una sabana, comerse un macho asado en púa, ver dos mil soldados cuadrados en atención ante él, veinte mil partidarios gritando en un mitin, cien “guatacas” desviviéndose por ganar un favor suyo. Hasta que un día informó a la atónita familia “nos vamos para Cuba” y regresó, de qué forma, conspirando desde el primer día, porque sabía que por el voto popular nunca más volvería a ser presidente. Lincoln le había enseñado la lección, en una biografía que no llegó a concluir, con la frase de “se puede engañar a todo el pueblo parte del tiempo, a parte del pueblo todo el tiempo, pero nunca es posible engañar a todo el pueblo durante todo el tiempo”. Quedó rumiando la idea luego de la lectura y concedió la razón al libertador de esclavos. Era un personaje histórico al que a medias Batista admiraba por ser descendiente de negros, y a medias odiaba por la honestidad personal de que hizo gala. Pero tenía la razón. Por ello había que moldear el golpe de Estado, luego asegurarse unas elecciones desde el poder que lavaran la afrenta ante el rostro de los gobiernos del mundo, y entonces actuar como gobernante legítimo, aplicando las mismas fórmulas, construir una escuelita por aquí y un hospitalito por allá, decirle siempre sí al embajador americano, prometer mucho y cumplir lo menos posible, ah..., y al que se atravesase en el medio...

—Oiga, Velasco..., usted sabe que Rafael me ha hablado bien de usted y Santiaguito también.

Puse la expresión del comemierda turbado por semejante honor, pero nada pregunté. Batista me observó los ojos por un instante y devolvió el documento a Silito. Entonces se quitó los espejuelos y repitió en sentido inverso todos los movimientos que antes había hecho para extraerlos.

—Le concedo el Mérito Policiaco de primer grado —anunció, y extendió una mano en la cual su ayudante colocó el pequeño estuche negro ya abierto. Miró la condecoración por un instante, cerró la caja y alargó el brazo para que yo la tomara.

—Este es un honor inmerecido, General.

—Lo asciendo a comandante, además.

—La verdad..., no sé qué decir.

—Déjeme entonces hablar a mí. A mí me gusta la libertad, la democracia y a esos valores tan grandes los amenaza el comunismo. Yo no tengo que demostrar que soy anticomunista, porque nadie en América Latina ha luchado más contra el comunismo. Yo quiero dar otro paso en esa lucha, porque las ideas de MacCarthy me han convencido, porque mi gran amigo, el embajador Gardner, me ha hablado mucho de esto; entonces ordeno crear el BRAC para ver si acabamos de aniquilar en Cuba ese cáncer y cuando echa a andar una cosa, se aparece usted con este papelito y la puñetería de que tiene que ser un cuerpo técnico de alta especialización que no detenga, que no interrogue, que actúe en clandestinidad y silencio y que abra una escuelita para formar agentes. Entonces, como usted es el hombre que la CIA ha asignado para asesorarnos en esto, yo quiero que me explique cuál es el enfoque, si esto es una nueva táctica o qué carajo, porque la verdad es que no comprendo tanta mano floja y tanta guanajería, porque si los comunistas estuvieran en el poder y nosotros fuéramos los conspiradores, nos la arrancaban sin contemplaciones, sin tanto silencio ni un carajo.

Asentí, incliné la cabeza y observé la alfombra en lo que seleccionaba una buena respuesta. En la privacidad de un grupo cerrado y propio, los jefes casi siempre dicen en forma clara y concisa lo que quieren conocer, sin rodeos innecesarios, porque les

importa un pito herir la susceptibilidad de alguien presente. Medité demasiado tiempo, y Batista presionó.

—¿Y bien, señor?

—General, Dulles dijo en una ocasión que es importante no confundir la lucha contra el comunismo y la lucha contra otros enemigos políticos.

—Ahora somos más sabios por tan brillante pensamiento, ¿pero pudiera hacer el favor de responder lo que le pregunté?

El comienzo no había podido ser peor. Santiaguito carraspeó y Silito sonrió abiertamente. Me sentí todavía más inseguro, si es que ello era posible.

—Disculpe, señor Presidente. El asunto no es nueva técnica, sino el refinamiento de la que siempre ha aplicado la CIA en sus nexos de colaboración con gobiernos amigos. Dicho en la menor cantidad posible de palabras, se trata de aplicar el método comunista contra el comunismo.

—A ver, a ver, explique.

—¿Cómo actúan ellos cuando están proscritos? En silencio absoluto, socavando los pilares de la sociedad por debajo, clandestina y subterráneamente, reclutando gente e instruyéndolas a que sigan comportándose como si no hubieran abrazado las ideas marxistas. Sí, mantienen un grupo de cuadros profesionales que da la cara de resultar imprescindible una negociación o un diálogo, pero la gran masa de afiliados permanece anónima, sin planilla, carné o fotografía, mezclada entre el resto de la gente, recibiendo instrucciones y actuando en secreto. Bien, eso mismo es lo que hay que hacerles a ellos. El BRAC debe poseer un grupito de “cuadros profesionales” que seremos los conocidos, una sede en cualquier parte, carros patrulleros y teléfonos. Pero estamos proponiéndole que además posea otra sede especial, oculta en un lugar remoto, donde se clasifique y almacene toda la información obtenida, que

tenga agentes infiltrados entre tabaqueros, azucareros, portuarios, guagüeros y similares caldos de cultivo; en fin, lo que dice el documento, pero además, le sugerimos que durante el máximo de tiempo posible no le toquemos ni un pelo de la cabeza a los comunistas que logremos detectar, para que no sospechen del grado de penetración que vamos logrando. Actuar sólo cuando podemos neutralizarlos por completo, cuando tengamos localizadas todas las cabezas de la Hidra...

—¿De quién?

—Es una figura mitológica; un monstruo de siete cabezas.

—Ahh...

—...cuando no tengan posibilidad de retoñar en parte alguna. Por eso hablamos de no detener, no interrogar, actuar en rigurosa clandestinidad y..., en cuanto a la escuelita, permítame decirle que ahí está la más grande prueba de confianza que puede darse.

—¿Por qué?

—Señores, con permiso —y así diciendo, me levanté, avancé sobre el dictador y me incliné sobre su oído. “En esa escuela, señor Presidente, el Gobierno norteamericano planea formar a todos los oficiales latinoamericanos que combatirán el comunismo en el continente. El BRAC es el óvulo de la futura lucha anticomunista en Latinoamérica, la escuela será la incubadora y usted recogerá el fruto político de todo ello. Si alguien sabe que he dicho esto, me cuesta el puesto en la Agencia.”

Cuando me erguí y retorné al asiento, los rostros de Santiago Rey y Silito revelaban un profundo encabronamiento, pero los ojos de Batista denotaban la abstracción característica de la mente que valora todos los ángulos de una información inesperada. Estaba jugándome el todo por el todo, pero Ernesto analizó que desobedecer a los yanquis en cuanto a la perspectiva de la escuela poseía dos aspectos muy favorables. Primero, creaba confianza en

quien revelaba planes secretos de un gobierno extranjero y, en segundo lugar, demostraba mayor lealtad al tirano que a la CIA.

—General, he debido cometer una profunda grosería con dos de sus más fieles correligionarios. Le ruego explique a ellos que no había alternativa.

Batista miró a ambos y no se dejó engañar por la veloz compostura de las expresiones. Sonrió y volvió a observarme.

—Velasco hizo lo que debía; discúlpenlo. De modo que así es la cosa.

—Así mismo, Presidente.

—Y..., ¿cuándo comenzaría esa parte del plan?

—Bueno..., primero la construcción, un año cuando menos, después una experiencia inicial con gente nuestra y luego, poco a poco, el otro personal. Como usted comprenderá, cuando nos seleccionaron deben haber considerado innumerables aspectos, pero el primero, indefectiblemente, tiene que haber sido la estabilidad de nuestro régimen, el prestigio del Jefe de Gobierno...

—Claro. Bueno, esa parte ya la comprendo. Vamos a ver la otra, ¿qué papel jugará el BRAC con el resto de los enemigos?

—Sólo aquel que venga impuesto por las circunstancias. Si en nuestra labor tropezamos con una información vinculada a la gestión insurreccional de los fidelistas, los ortodoxos, los auténticos o cualquier otro grupo, se la trasladamos al SIM, o al Buró de Investigaciones o a la Policía, según corresponda. No debemos meternos en eso, General, porque nos apartamos del objetivo principal, nos daría una notoriedad indeseable y... en última instancia, porque no es necesario mientras tengamos al frente de la Policía y del Ejército hombres como Salas Cañizares, el general Tabernilla, Cantillo, Ríos Chaviano y muchos subordinados de ellos que están actuando con gran eficacia.

El tirano me observó un instante. Después se puso de pie y caminó hasta la ventana en que minutos antes yo había estado, distraído rumió algo, y retornó a mi lado. Por cortesía, de inmediato Rey y yo nos pusimos en pie.

—Bueno, vamos a hacer un pacto —dijo, y la última palabra la pronunció “pato”, por lo que de momento quedé en el aire, tratando de adivinar en qué jerga significaba algo especial el bonito plumífero.

—Santiaguito: arranca la cosa como recomienda el comandante en cuanto a la parte de la escuela; busca también una casa aislada, compra los equipos que hagan falta y recluta informantes. Pero también quiero hombres de uniforme patrullando con un letrero bien grande en la puerta del carro que diga BRAC. Esa parte participará con la policía reprimiendo manifestaciones, sean de los niñitos vivebién de la Universidad, o de los ortodoxos o de quién sea. Que den tolete, ocupen armas y fichen gente. El BRAC va a tener dos caras, y voy a explicar por qué. Si este Buró trabaja en clandestinaje absoluto, como quiere Velasco, va a crear problemas, porque el cubano es muy suspicaz y la gente va a empezar a preguntar: “bueno, ¿y el BRAC este qué hace?, porque no se mete con nadie”, lo que nos crearía dificultades en el sentido de que mientras los demás Cuerpos dan leña y prenden gente, este va a parecer —como dice Pancho— una cueva de botelleros o pendejos. Por otro lado, mi idea cuando concebí el BRAC era dirigirlo específicamente contra los comunistas, que se especialice en esa lucha, y me parece muy interesante lo que explicaba Velasco de emplear los métodos comunistas para luchar contra el comunismo. Él tiene razón en eso de trabajar en silencio hasta tenerlos controlados, y fíjate Velasco, hay que ficharlos a todos para aplastarlos de un solo janazo, porque si queda uno, uno solito, ese empieza otra vez a nuclear gente, y para cogerlos mansitos a

todos hace falta el silencio, que ni se imaginen que estamos detrás de ellos. Por eso digo lo de las dos caras: la más importante es la anticomunista, la otra hace falta para evitar fricciones, hacer creer que no hacemos distinciones entre nuestros enemigos... y también para ayudar a meter en cintura a unos cuantos degenerados que conspiran contra este Gobierno. ¿Está claro?

—Sí, General —respondió al instante el ministro de Gobernación, en tanto yo asentía con un movimiento de cabeza. Del lobo un pelo y de las dos caras quedaba claramente definida la que me correspondía.

—Quiero un informe cada seis meses del adelanto que se vaya alcanzando en la infiltración del cabroncito Partido Comunista, la gente que dirige el Comité Central, los comités de provincia, inclusive los de barrio, porque Lázaro Peña y Blas Roca saben que los seguimos a todas partes, de manera que tienen que estar operando a través de testaferros. Son unos bichos, aprovechan los lugares donde se reúne mucha gente para dar las órdenes: los conciertos, las fiestas, los velorios, donde uno no puede chequear a todo el que entra y sale, por eso quiero reforzar ese frente, para saber lo que hacen y cortarle las siete cabezas al animal ese que dijo Velasco.

—Sí, General —repitió Santiaguito en la euforia de ver ampliado su poder y satisfecho al tirano.

—Oye, Velasco —y así diciendo, el sátrapa me echó el brazo sobre los hombros e inició la marcha hasta detenernos en una esquina alejada del salón donde no podían escucharnos los otros dos participantes—, tú empezaste conmigo el 10 de Marzo y no es hasta hoy que vengó a conocerte, pero así es la vida, uno no puede tratar personalmente a todo el mundo.

—Cierto, señor Presidente.

—Pero me gusta tu forma de ser y has probado tu condición de batistiano fiel. Como tienes las relaciones que tienes con la CIA y la Embajada, puedes enterarte de cuestiones —como esta de la escuela— que son de mi interés y pueden no llegarme por otra vía, porque la partida de cabrones que tengo en la Embajada cubana en Washington se pasan la vida bebiendo y jodiendo en lugar de relacionarse y tener las orejas bien abiertas, así que yo quiero pedirte que cuando haya algo que tú creas que debo saber, algo que tenga valor político donde no puedan haber intermediarios, llama a Silito y le dices que quieres verme. ¿Está bien?

—Claro que sí, General. Yo no soy muy demostrativo y tampoco me gusta la guataquería, pero creo que si alguien de verdad puede beneficiar a Cuba es usted y por eso mi primera obligación es con usted.

—Así se habla, carajo. Bueno..., ven acá, ¿cuánto tú ganas?

—No, yo..., vaya, el sueldo de capitán que son 135 pesos y 300 más que me pasa la CIA, porque en la Judicial no hay busca. Por eso fue que le dije al oído lo que se proyecta con la escuela para el futuro, porque por cualquier indiscreción la Agencia me da de baja sin apelación y yo... más que todo vivo de ese ingreso.

—Te comprendo. Mira..., déjale a Silito el nombre y los demás datos personales de tu mujer y yo le voy a resolver seis o siete nombramientos en organismos diferentes para que te entren cuatrocientos o quinientos más al mes, porque tú te lo mereces.

—Muchas gracias, señor Presidente.

—Y mañana llégate por la Ambar Motors y escoge un carro, que yo te lo regalo.

—Usted podrá contar conmigo siempre, General.

Retornamos junto a Silito y Rey, ocurrieron las despedidas de rigor, cuando Batista se retiró, dejé al secretario los datos de Victoria y luego el Ministro y yo abandonamos Palacio. En el

regreso hasta Gobernación, Santiaguito se mostró mohíno, de modo que antes de separarnos lo alejé del chofer y el guardaespaldas.

—No te vayas a creer que soy un malagradecido, Santiago. Sé que la orden y el ascenso te los debo a ti, como la oportunidad misma de conocer a Batista y lo que en el futuro eso pueda representarme. Pero lo que le dije al oído no puede saberlo nadie más que él.

—No, si yo no estoy molesto.

—Ay, no jodas, se te ve el encabronamiento a la legua.

—Coño, es que tú has actuado como si Silito y yo fuéramos dos muchachos.

—Hay cuestiones que sólo puede saberlas él. Recuerda que me justificó.

—Sí, está bien.

—Yo no quiero que un detalle vaya a entorpecer nuestras relaciones de trabajo y amistad, de verdad que no, sobre todo cuando lo dicho nada tiene que ver contigo o con Silito, y por eso te ruego que olvides el incidente. Palabra de honor que no había alternativa.

—Bueno..., está bien. En definitiva..., ¡qué carajo!

Varios días después le envié de regalo la más preciosa cigarrera de oro y plata que había en Le Trianon al astronómico costo de doscientos cincuenta pesos, con lo cual el agravio quedó atenuado. Pero esa noche, manejando rumbo a casa, las ideas se atropellaban en caótico remolino: “¿Hasta dónde tendrá que llegar la mierda esta? Ahora soy chivato directo de Batista; mi mujer botellera, apareciendo en las nóminas de la tiranía, y además, cada seis meses tengo que informar el grado de penetración que he logrado en el movimiento comunista. ¡Yo no sé cómo cono voy a salir de este rollo! ¿Cómo despliego una red de informantes, y además,

protejo y oculto a los camaradas? Suponiendo que lograrse ambas cosas, me botarían del BRAC porque no alcanzo los objetivos para los que se creó el Buró, digo, si no descubren la realidad porque en este caso me acuestan en un camino y me pasan por arriba una aplanadora de diez toneladas. Por otro lado, tengo que lograr la construcción rápida de la escuela, que es por lo que me presiona Weidman, asumir su dirección y empezar los cursos o de lo contrario se van a encabronar los americanos. Y ojalá que el asesino hijoeputa este no comente lo de la escuela y se filtre mi ‘indiscreción’ porque la CIA me pondrá en remojo. Y Ernesto de lo más fresco. ‘¡No te preocupes, tú no estás solo, otros compañeros están meditando cómo hacerlo conciliar todo!’, ¡qué bien se nada fuera del agua! La roja, freno. Suena bonito ese oleaje rompiendo en los arrecifes. Y ese cabrón ahí, encaramado en el muro con su pita y anzuelo cogiendo fresco. Como lo envidio. ¿Por qué será que hay gente que puede disfrutar tanto y otros casi nunca? Bueno, yo disfruto a mis hijas, a mi mujer. La verde, voy. Hay que cambiar las bujías. ¡Qué carajo cambiar bujías si el degenerado me regaló un carro nuevo! Pero este no lo vendo, lo guardo para usarlo a veces, porque el trabajo va a requerir que en ocasiones use otro auto, y como a lo mejor de cuando en cuando deba ponerme uniforme y grados, también debo tener un sitio para cambiarme de ropa sin ir a la casa. Tendré que alquilar un apartamento, con la fachada que será un nido de amores clandestinos. Para tarros estoy yo. Pues mira que no es mala idea. Hay que valorar el uso de un enlace con Ernesto, porque si esto sigue recalentándose no podré estar yendo a menudo a la barbería, y si esta persona puede ser una mujer de confianza absoluta, tenemos la perfecta fachada del tarro para vernos con frecuencia en un apartamento. Tengo que hablar eso con Ernesto. La roja. Qué cansado estoy. Y los pasteles me cayeron como una bomba. Es el

puñetero susto que me afecta el estómago, los pasteles no tienen culpa. Bueno, la verdad que cualquiera que se vea metido en esta jodedera se asusta. Mira ese verraco como dobla en U; je, un bitongo imberbe al que papá le regaló ese Lincoln y Gobernación le vendió la cartera sin que tenga edad para manejar. No, si este país está hecho un relajo. La verde. Y ahí dicen que los americanos van a construir un hotel grande con casino y cabaret, un bayú elegante. Están comprando los pedazos que todavía no eran de ellos. Se acabó la guerra de Corea, pero en Nicaro y Moa siguen invirtiendo, hacen fábricas, partirán la isla al medio para construir el canal. Me imagino eso, una gran base de Guantánamo en el centro del país, miles de putas, contrabando por la libre, la destimbalación total. Yo no le digo nada a Ernesto para que no piense que me estoy rajando, pero la verdad es que a veces me desanimo. Coño, porque es que esta gente está más fuerte cada día, y la oposición está dividida, y Fidel ahora se fue para México, dice que vuelve, pero, ¿quién sabe?, nada más que quedan los muchachos de la FEU. Pero a Batista no se le tumba con ladrillitos en las manifestaciones del 27 de noviembre, mucho menos al imperialismo. Sé que la lucha es larga, pero me parece que yo no veo el triunfo, eso yo no lo veo...”

Al siguiente día saqué de Ambar Motors un bello Chevrolet Bel Air del año 1956, tal vez el mejor auto económico producido en el decenio de los años cincuenta. En octubre o noviembre comenzaban a recibirse los modelos norteamericanos para el siguiente año, lanzados por Detroit en septiembre, y en el primer golpe de vista me lució de atrevida suavidad aquel color azul oscuro que retaba al consumidor desde su plataforma giratoria. Alrededor de las 4 de la tarde salí de la agencia manejándolo, respirando la singular mezcla de olores que emiten las cabinas de los carros nuevos, entrelazando cuero con goma, plástico y

esmalte, y como constituía una muestra del cuestionable éxito obtenido en la entrevista con el dictador, decidí sorprender a Ernesto.

Comprobé la ausencia de chequeo y me encaminé al Cerro. Crucé frente a la barbería, verifiqué la inexistencia de la señal de peligro, hice otra ronda y parqueé ante su puerta. Entré sin poder dominar la sonrisa del triunfador, saludé y aguardé sentado a que Ernesto concluyera el pelado de un negro alto que argumentaba la inevitable victoria del “Almendares” en la próxima serie invernal de la liga profesional. Lo primero que noté fue la seriedad de mi compañero, quien habitualmente escuchaba a los clientes con una expresión divertida, azuzándolos un poco con cualquier comentario antagónico o pregunta escéptica para sazonar la conversación. Aquel día estaba hermético, intercalando en forma automática algunos jum, anjá y no me digas, que parecían más el fruto de las buenas costumbres que de cierto interés, genuino o fingido, en el tópico. Le vi reprimir dos bostezos y sus pasos entre el sillón y la repisa de los utensilios eran lentos, como si le dominara el cansancio.

El cliente pagó, abandonó el lugar y el maestro me indicó con un movimiento de la mano que debía sentarme en el sillón. Colocó el paño sobre el torso, lo anudó al cuello y comenzó a pasar el peine por el lado izquierdo de mi cabeza.

—¿Y esta visita intempestiva, señor capitán?

—Por favor, señor barbero, en lo sucesivo llámeme comandante.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Aquella reflejada en el espejo era su verdadera sonrisa, la que mostraba en los momentos de real satisfacción, cuando las

cuestiones marchaban a pedir de boca. Quise continuar alegrándolo.

—Además, debo informarle que el flamante auto que puede usted ver si se acerca a la ventana, es un regalo de la persona con quien ayer me entrevisté.

Detuvo los recién comenzados cortes de la tijera, me observó los ojos y caminó hasta el sitio indicado. Regresó con la sonrisa ampliada, pero a paso inusualmente lento.

—¿De verdad, Aries?

—Por completo. Afíncate que voy.

Le referí todo con lujo de detalles, porque ningún cliente se presentó a demandar los servicios de Ernesto. Durante el relato pareció más animado, inclusive disfrutando el crecimiento de aquella intriga que él mismo había bordado utilizándome de aguja, pero al terminar me despojó del paño y sin cepillar el cuello se dejó caer en la silla más cercana, en tanto frotaba su brazo izquierdo con la mano derecha.

—¿Te duele el brazo?

—Un poco; parece que fue un mal gesto. Caramba, qué interesante esa interviú, qué prometedora.

—A mí lo que me preocupa es cómo reconciliar intereses tan diferentes.

—No te preocupes tanto. La preocupación es la actividad mental más inútil y desgastadora. Prever sí, reflexionar también, meditar es lo más elevado, pero preocuparse es perjudicial.

—Bueno, explica eso de meditar.

—Meditar para mí es cerrar los ojos, desplegar todos los elementos de un sistema, valorar su conducta actual y, basado en ello, proyectar la conducta futura de cada elemento y, por consiguiente, del sistema.

—Bueno, y... ¿qué te da eso en lo nuestro?

El gigante cerró los ojos, se recostó al espaldar de la silla y pensé que iba a escuchar algo singular. De pronto, la mano derecha de Ernesto viajó al pecho y la boca se abrió en busca de aire antes que el rostro quedara transformado en una impresionante mueca de dolor y el cuerpo comenzara a caer en mi dirección. De haberse derrumbado en sentido opuesto habría golpeado el suelo directamente, porque yo estaba estupefacto, bloqueado por completo, incapaz de pensar o actuar, pero como venía en mi dirección alcé las manos en gesto instintivo, detuve el desplome y rompí la inercia. Le acosté en el suelo, puse sus brazos paralelos al cuerpo y desabotoné la blanca bata. De rodillas, coloqué los dedos índice y medio sobre la arteria carótida y no sentí el flujo sanguíneo. Desconocía entonces los métodos actuales de resurrección cardiopulmonar: la respiración boca a boca y presiones sucesivas sobre el esternón.

Observé el rostro y creí apreciar un movimiento reflejo en los párpados. Me levanté, con el cabo del Colt rompí una esquina del espejo, tomé del suelo un fragmento pequeño y lo puse delante de las fosas nasales de Ernesto. El pedazo se empañó indicando un mínimo de respiración, lo cual implicaba posibilidad de salvación si recibía rápida atención médica. Recordé uno de sus consejos: mientras más seria la crisis, mayor serenidad; quité la vista del cuerpo y fui alzándome despacio hasta quedar de pie, bastante sereno, razonando en bloques pequeños: “Tiene un colapso. Está cerca de la muerte, o muerto ya. Fachada y leyenda permiten que le preste auxilio. Es mi barbero hace catorce años. No me comprometo llevarlo a un hospital. ¿Debo registrarlo? No, es demasiado capaz para tener algo comprometedor encima. ¿Debo registrar este salón y el cuarto de atrás? Tampoco, si tiene algún escondite con materiales demoraría días hallarlo. Vámonos, Ernesto.”

Parado detrás de su cabeza, lo alcé por las axilas y avancé de espaldas hasta la puerta. Enderecé algo su cuerpo recostándolo a la pared, me agaché y lo coloqué sobre los hombros, descendí el escalón que me separaba de la acera y con dos pasos llegué a la puerta delantera del Chevy, pero no podía sacar las llaves y abrir la portezuela con Ernesto encima. Me acerqué a la pared exterior y descargué el exánime cuerpo con suavidad, hasta acostarlo sobre la acera. Abrí el auto a tiempo que un vecino llegaba trotando a mi lado.

—¿Qué le pasa a Ernesto, compadre?

—Se desmayó. Ayúdame a acostarlo en el asiento de atrás.

—Sí, cómo no.

Antes del minuto estuve sentado tras el volante y convencí al vecino para que cerrara la barbería, en tanto yo trabajosamente sacaba del bolsillo de Ernesto sus llaves y las deslizaba en uno de mis propios bolsillos. Arranqué el auto y salí en busca de la Calzada del Cerro.

Los carros nuevos, aclaran los fabricantes, no están en capacidad de acercarse a sus cotas máximas antes de recorrer quinientos o mil kilómetros, pero al tomar la avenida clavé el pie en el acelerador, oprimí el claxon y con chirrido de neumáticos enrumbé hacia la Quinta Covadonga. Antes de cuarenta segundos estaba en la entrada preguntando al portero por el cuerpo de guardia y, recibidas las indicaciones, de nuevo aceleré hasta el lugar indicado.

Dos enfermeros, alertados desde la puerta o por la insistencia del claxon, se encargaron de sacar a Ernesto, colocarlo sobre una camilla con ruedas e ingresarlo al edificio. Pisándole los talones entré por la puerta de batientes donde me detuvo un guardajurado de la institución; le empujé, comencé a buscar la chapa en el

bolsillo del saco y entonces comprendí lo innecesario de llamar la atención.

—Disculpe, policía.

—No hay problema; es que ahí está prohibida la entrada. Horita los doctores le dirán. Siéntese en ese banco, si quiere.

Casi de inmediato una enfermera salió —tablilla en mano— indagando quién había traído el caso de urgencia, así que levanté la mano.

—El nombre del paciente, señor.

—Ernesto.

—Ernesto, ¿qué?

—Pues..., no sé. Él es mi barbero desde hace unos años, pero ignoro su apellido.

—Lugar de residencia.

—Tampoco lo sé. Su barbería está en la calle Santa Teresa. Me acababa de pelar cuando, de pronto, cayó al suelo.

Concluyó de tomar mis señas personales, se retiró y transcurrieron unos quince minutos antes que un médico canoso, entre cuarenta y cinco y cincuenta años de edad, entrara al saloncito de espera sosteniendo en las manos la misma tablilla. Leí en sus ojos la realidad.

—¿Señor Velasco?

—Servidor.

—El señor Ernesto..., falleció. No pudimos hacer nada.

El corazón se sobresaltó y sentí cierta debilidad en las rodillas, pero había que encubrir toda reacción desproporcionada respecto a la fachada.

—Qué pena. Era muy buen barbero, ¿Fue un colapso cardiaco?

—Preferimos llamarlo infarto; pero sí, parece que ello ocasionó el deceso. La autopsia dirá.

—Comprendo.

—¿Quién se encargará de recoger el cadáver?

—Ah, yo no sé. No puedo ocuparme de eso. Busquen ustedes a los familiares.

—No, nosotros avisamos a la estación de Policía para que ellos se encarguen.

—Ahh..., ¿y si no aparece nadie?

—No sé. Lo llevarán para la morgue y de ahí..., ¿quién sabe?, tal vez vaya a la escuela de Medicina, para que los estudiantes practiquen, o lo entierren en alguna fosa común del cementerio. Con la gente sin familiares uno nunca sabe.

—Bueno, yo me voy, porque eso no es problema mío. Hasta luego y gracias, doctor.

Abordé el auto, manejé hasta alejarme algunas cuadras del hospital y en alguna esquina parqué. Tuve dos arcadas, pero sólo expulsé saliva. Respiré hondo, recosté la cabeza al asiento y cerré los ojos. “Le explotó el corazón, le reventó. Qué vida, coño. Qué muerte. El hombre más cojonú del mundo, el más cojonú y el más inteligente y el más comunista. ¿Cómo no me di cuenta?, ¿cómo no arranqué para la clínica con él a tiempo? Estaba partido del dolor y no me di cuenta. Qué imbécil soy, qué maricón soy, preocupándome por mí, por cubrirme yo, sin pensar en lo que podía estar ocurriéndole a él. Leonardo Velasco: eres una gran plasta de pestilente mierda.”

Abrí los párpados y observé una bodega en la esquina cercana. Descendí del auto, caminé hasta ella y entre olores a chorizo y bacalao eché una moneda en su teléfono público, para discar el número memorizado durante tantos años y al que por primera vez llamaba.

—Oigo.

—Con Manolo.

—Es el que habla.

—Soy Aries.

Hubo un instante de silencio, el tiempo necesario para que en el cerebro de alguien desconocido el seudónimo llegara a una neurona específica.

—Dígame.

—El fígaro murió.

Otro silencio, más extenso, probablemente debido a que no había neurona alguna preparada para recibir semejante noticia.

—¿Cuándo?

—Hará... media hora, tal vez una hora, no sé bien. Tuvo un infarto cardíaco.

—Coño.

—Está en el cuerpo de guardia de la Quinta Covadonga, porque un cliente lo llevó para allá. Dicen que si ningún familiar reclama sus restos, lo mandarán para la escuela de Medicina, o lo pondrán en una fosa común.

—Me encargaré de eso. Gracias.

—De nada. Ah, tengo sus llaves.

—Aries... comprendo su pena. Ninguno jamás podrá sustituirlo, porque nadie pela como él.

—Cierto.

—Cuídese mucho, compadre, que pronto iremos a una reunión de la logia. Yo le avisaré. No conserve las llaves, no hacen falta.

—Entendido. Abur.

—Hasta pronto.

Notas

[1] Banco para el Fomento Agrícola e Industrial de Cuba. (*N. del E.*)<<

[2] Banco para el Desarrollo Económico y Social. (*N. del E.*)<<

Este libro ha sido procesado en el Combinado del Libro “Alfredo López”,
terminado en el mes de Noviembre de 1989 “Año 31 de la Revolución”,
Ciudad de la Habana, 109-03.

FAUNA NOCTURNA

retoma momentos de la azarosa vida de Leonarco Velasco, agente de la Policía Judicial del régimen de Batista y a la vez infiltrado por el Partido Socialista Popular en la CIA en la turbulenta década del 50.

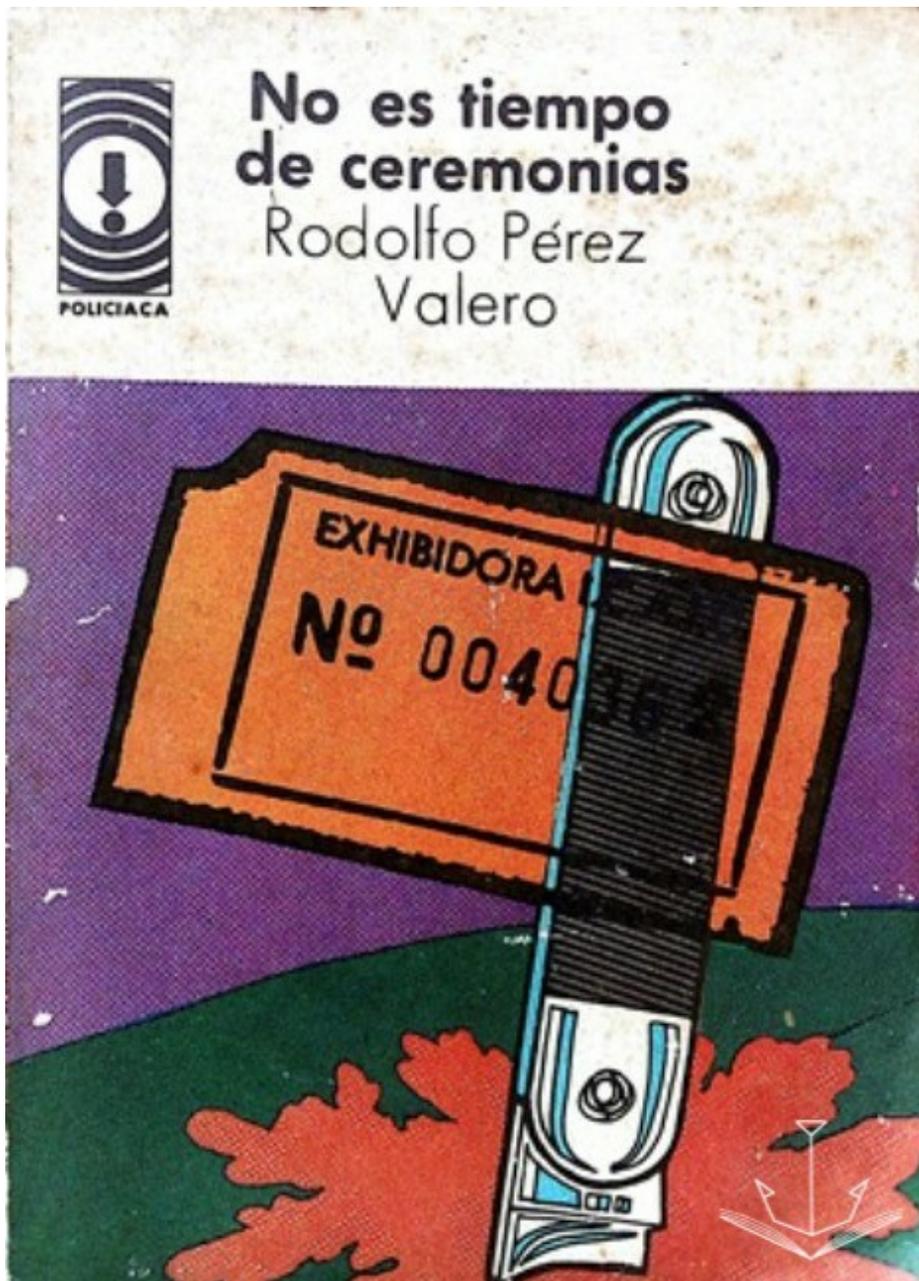
El asesinato del Redactor Jefe del periódico **El Crisol**, y la designación de Velasco para crear el Buró de Represión de Actividades Comunistas (BRAC), sirven de base argumental para tejer una interesante trama novelesca donde se entrelaza lo estrictamente policial con el panorama de corrupción política y moral de la época, en el que la actividad de nuestro agente constituye un símbolo de la labor de muchos hombres que, dentro de aquella sociedad en ruinas, decidieron luchar contra la injusticia.

Esta es la tercera novela de Javier Morán, donde continúa la línea policial y de contraespionaje de sus dos primeras: **Preludio a la noche**, 1983 y **Medianoche enemiga**, 1985.



COLECCION RADAR

***TÍTULOS
DIGITALIZADOS***



Con **No es tiempo de ceremonias**, su joven autor se incorporó al creciente número de escritores cubanos del género. Se trata de una novela en que el héroe no es aquel que, con un golpe genial, soluciona el enigma, tan frecuente en este tipo de literatura. Con fantasía legítima y buena dosis de imaginación, la trama agarra al lector por sus peripecias: los investigadores, apoyados en el pueblo —gran personaje— resuelven al fin la serie de incógnitos

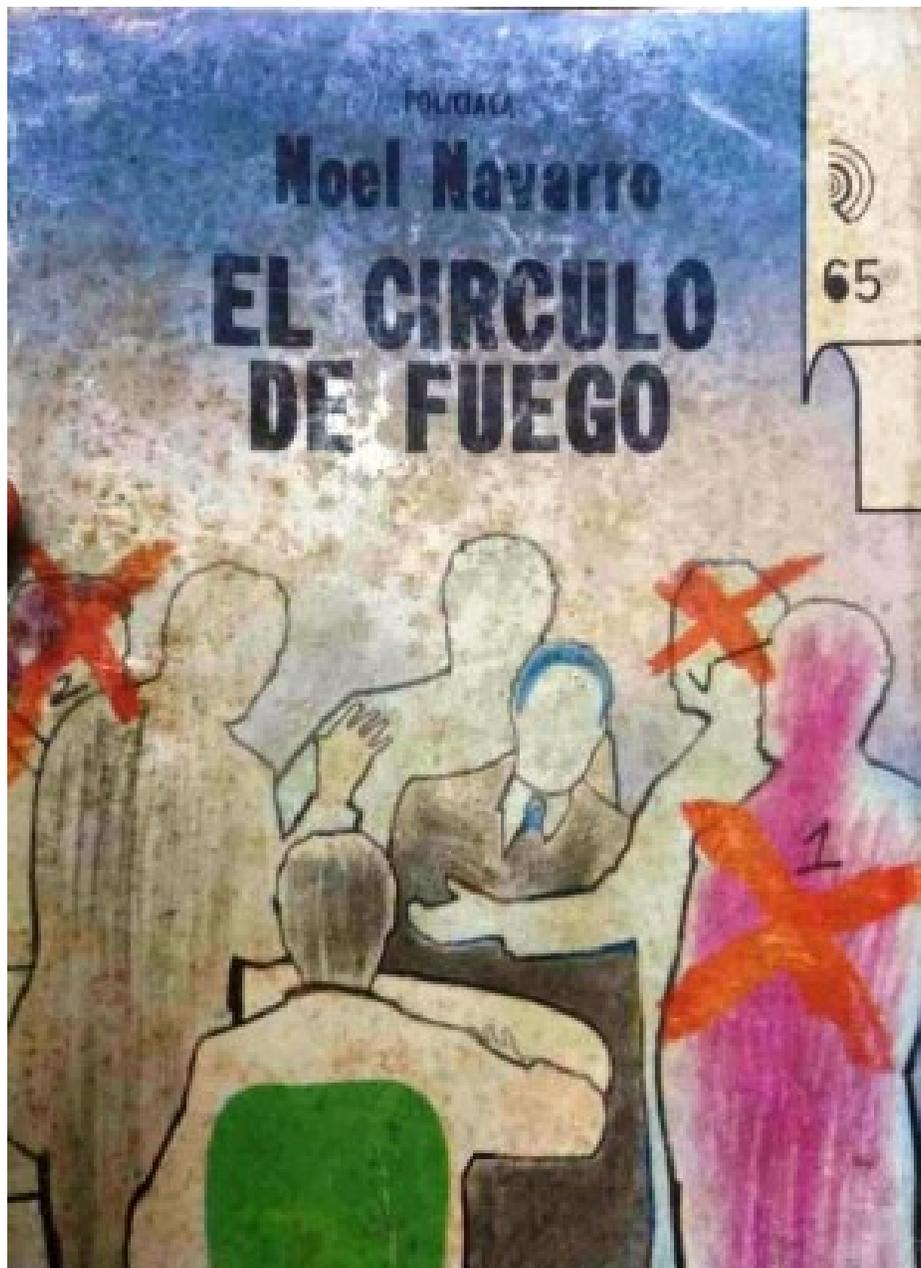
que conducen al culpable. Con la presente novela, su joven autor se incorporó al creciente número de escritores cubanos del género.



Preludio para un asesinato se desarrolla en La Habana, en los primeros años de la década del 60. El asesinato de Dalton Cutter —un extranjero dedicado a los negocios en nuestra capital— hace recaer sospechas sobre los miembros de dos «respetables» familias burguesas con las que mantenía estrechos vínculos. Los agentes encargados de la investigación del caso tienen ante sí un

abanico de posibles culpables del crimen, dadas las características personales de Cutter, quien, aparte de sus múltiples actividades mercantiles, vivía inmerso en complicados trajines donjuanescos. El autor a través de un acertado empleo del suspense, logra una novela que contará con la favorable acogida de los lectores.

***TÍTULO POR
DIGITALIZAR***



En la capital de un país subdesarrollado se celebra una conferencia internacional en la que se debaten problemas candentes de la actualidad mundial. Un grupo de diez hombres decide tomar de rehenes a varias de las personalidades asistentes, para exigir, en cambio, una fortísima suma de dinero. Cuando parece que todo marcha bien, irrumpe, dentro y fuera del marco del secuestro, una mano asesina que pone en jaque a

las autoridades locales y concentra en aquella ciudad la atención mundial. En medio de esa atmósfera de violencia aparece el detective Neftalí Carrasco, activo y minucioso, para darle, al fin, solución a la tragedia que allí se desarrolla.